Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

LA REINA MARGARITA.

Drama histórico en seis actos, imitado del que escribió en frances Mr. Alejandro Dumas, con el título de La Reina Margot.

POR DON LUIS OLONA.

Representado por primera vez en el teatro de la Cruz el 16 *de febrero de* 1848

PERSONAJES.	ACTORES.
…RIQUE, *rey de Navarra*.	D. *Francisco Lumbreras*.
…RLOS IX, *rey de Francia*.	D. *Jose Tamayo*.
… Duque de Alenzon.	D. *Pedro Sanchez*.
…IBAL DE COCONAS.	D. *Vicente Caltañazor*.
… Conde de Lamole.	D. *José Revilla*.
…NATO.	D. *José Aznar*.
…MUY.	D. *José Garcia*.
… gobernador de Vincennes.	D. *Enrique Lopez*.
… Huriere, *posadero*.	D. *Manuel Jimenez*.
… Almirante Coligni.	D. *Luis Rada*.
C…BOCHE, *verdugo de Paris*.	D. *Félix Diez*.
…. de Nancey.	D. *José Alverá*.
…REINA MARGARITA.	Doña *Joaquina Baus*.
… reina Catalina de Medicis.	Doña *Concepcion Samaniego*.
… duquesa de Nevers.	Doña *Josefa Noriega*.
M…E. DE SAUVE.	Doña *Catalina Flores*.
…RTA, *nodriza del rey Carlos*.	Doña *Maria Bardan*.
G…ONA, *doncella de Margarita*.	Doña *Matilde Tabela*.
…IETA, *idem de la duquesa*.	Doña *Josefa Azcona*.
… JUEZ.	D. *Hilario Peña*.
Un carcelero.	D. *Benito Flores*.
Un hugonote.	D. *Mariano Serrano*.
Un paje.	D. *Marcelino Lumbreras*.
Un notario.	D. *Pelegrin Ros*.
Un embozado.	D. *N. N.*

Hugonotes.—Soldados del rey Cárlos IX.—Pages.—Embozados.—Gente del pueblo.—Agentes de justicia.—Caballeros.—Cortesanos.—Alabarderos.

ACTO PRIMERO.

PERSONAJES EN ESTE ACTO.

El rey Carlos IX.
El rey Enrique de Navarra.
La reina Catalina de Medicis.
La reina Margarita.
La duquesa de Nevers.
El almirante Coligni.
La Mole.
Coconas.
Lahuriere.
Renato.
M. de Narcey.
M. de Demuy.
Caboche.
Gregorio.
Un embozado.
Un hugonote.
Soldados.
Caballeros.
Hugonotes.
Gente del pueblo.

La accion en París el 24 de agosto de 1572.

El teatro representa una plazuela de París. A la izquierda del público la posada de Lahuriere con un cuarto practicable en el piso bajo y otro en el primer piso. A la derecha el palacio del almirante Coligni con balcon practicable. Al fondo la casa de Mme. de Sauve: en cada lado de esta casa una calle dando frente al público y perdiéndose á lo lejos. En la posada una muestra con un letrero «á la buena estrella,» y debajo una gallina asada, pintada toscamente. Es de noche.

17

ESCENA PRIMERA.

Caboche, *sentado junto á una mesa en el piso bajo de la taberna. Lahuriere en pie sirviéndole vino.*

Lahu. Bebeos ese vino y despachad cuanto antes.
Cab. Cuando haya concluido.
Lahu. Es que...
Cab. Disponeos á traerme otro jarro.
Lahu. Como quien no dice nada! Otro jarro! Pensais que no tengo otra cosa que hacer mas que estar sirviendoos á vuestro antojo?
Cab. No eres por ventura posadero?
Lahu. Si, mas á las diez de la noche no puedo abrir mi puerta si no á los que vienen á hospedarse en mi casa y no á...
Cab. A los que quieren saborear tu vino! Bien. Pronto concluyo. (*bebe.*)
Lahu. (*asomándose á la puerta de la calle y mirando á la casa del almirante.*) Qué demonios sucede? Será cosa de tener que guardar de nuevo mi daga y mi espada de dos filos? (*ap.*)
Cab. (*desde su sitio.*) Eh! Posadero! Mas vino!
Lahu. El infierno os confunda! No os he dicho que es tarde, y que tengo precision de estar solo?
Cab. Y yo te repito que traigas mas vino. Soy un fiel vasallo de S. M. Cárlos IX, y quiero brindar por él y por las bodas de su hermana la princesa Margarita. Estos dias están consagrados á celebrarlas y yo...
Lahu. Y tú estás apurando mi paciencia.... (*irritado.*)
Cab. Cuenta con lo que haces.
Lahu. Agradece á que otros negocios mas graves llaman mi atencion. De lo contrario...
Cab. Qué! No me dejarias salir vivo de tu casa! (*riendo.*)
Lahu. Tal vez.
Cab. Con tal que luego se encargase maese Caboche de tu cabeza...
Lahu. El verdugo de Paris!
Cab. No le conoces, eh?
Lahu. Ni lo deseo.
Cab. Pues es todo un hombre, que asi sabe su oficio como se bebe este vaso de vino. (*bebiéndolo.*) Vaya, otro jarro y te dejo en paz.
Lahu. Acabemos. (*dándolo.*)
Cab. Gracias. (*Lahuriere vuelve á la puerta de la calle, Caboche sigue bebiendo solo.*)

ESCENA II.

Caboche, *dentro bebiendo.* Lahuriere *á la puerta de la calle.* Renato *seguido de cuatro embozados viene por la izquierda.*

Ren. (*se adelanta á los cuatro embozados y mira á un lado y otro de la escena.*) No hay nadie.
Lahu. (*desde la puerta.*) No me engaño. M. Renato, M. Renato. (*en voz baja llamándole.*)
Ren. (*Reparando en Lahuriere.*) Eres tú? Qué quieres?
Lahu. (*bajando un poco á la escena y señalando la casa del almirante.*) No sabeis quién está ahi enfrente?
Ren. En casa del almirante?
Lahu. Si, en casa del almirante.
Ren. Acaba. Quién?
Lahu. El rey Carlos IX.
Ren. Lo sabia.
Lahu. Qué viene á hacer en casa de ese Ante-Cristo?
Ren. Por mi nombre! A darle el beso de Judas... (*con misterio.*) Importa mucho que el almirante no sospeche la menor cosa: es el alma de todos esos condenados hugonotes y dispone hoy de diez mil espadas cuando menos.
Lahu. Luego nada ha cambiado á pesar de esa visita...
Ren. Nada.
Lahu. Y... es como se quedó para esta noche...
Ren. Sin falta.
Lahu. A qué hora?
Ren. No se sabe. Pero al darse la señal.
Lahu. Y qué señal será esa?
Ren. El toque de rebato en San German L'Auxerrois.
Lahu. Cuál es la divisa de los nuestros?
Ren. La cruz de Lorena.
Lahu. Y el santo?
Ren. Guisa y Calés.
Lahu. Bien. Por mi parte estoy dispuesto para el festin.
Ren. Lo espero.
Lahu. Y vos que sois el alquimista mas hábil, el astrólogo mas profundo de estos tiempos, vos que todo lo preveeis, y que ademas estais de continuo en palacio al lado de la reina Catalina de Médicis y de su hijo nuestro monarca Carlos IX... augurais bien de nuestra empresa?
Ren. Si.
Lahu. Y cómo os hallais aqui á estas horas? Venis siguiendo al rey?
Ren. No.
Lahu. Ya sabeis que siempre os he servido con lealtad, que siempre he sido digno de vuestra confianza.
Ren. Has visto entrar á alguien en esa casa? (*señalando la del fondo.*)
Lahu. En la de Mme. de Sauve? Diantre! El único que la frecuentaba se ha casado hoy con la princesa Margarita.
Ren. Y no ha vuelto á ver á Mme. de Sauve?
Lahu. Os prometí vigilar.... y he vigilado. El rey Enrique de Navarra estubo anoche ahi dentro.
Ren. Eres un servidor fiel.
Lahu. Pero yo no comprendo... Veamos. Si ese maldito Bearnés es enemigo de la corte, por qué le han casado con la princesa? Para conquistar su amistad?
Ren. Imbécil!
Lahu. Maese Renato...
Ren. Le han casado para que venga á Paris, para que los suyos acudan tambien á festejar las bodas, para que nuestra católica ciudad y el palacio del Louvre, en fin, se llenen de hugonotes y...
Lahu. Y... (*haciendo la señal de herir.*)
Ren. A todos.
Lahu. Qué gran princesa es la reina Catalina de Médicis!
Ren. Di mejor, qué buen rey es su hijo nuestro monarca Carlos IX.
Lahu. Pero.... Sabeis que el tal Enrique de Navarra es un traidor por todos conceptos? Viene á casarse con la dama mas hermosa de

Francia, y sin embargo, se dedica á galantear á otra mujer. A Mme. de Sauve, una camarista de la reina madre, una cualquiera comparada con...

REN. Ya te he dicho que eres un imbécil. Preferirias que la reina Margarita se hubiese enamorado de su esposo para que este se librase por ella de la suerte que á todos los hugonotes aguarda?

LAHU. Ah! Con que esos amores del Bearnés...

REN. Son otro nuevo lazo. La princesa Margarita herida por los celos y por el desvio de Enrique, solo querrá vengar su amor propio ultrajado, y para ello bastará una prueba que va á tener aqui mismo dentro de pocos instantes.

LAHU. Aqui? Cómo!

REN. Merced á un plan concebido por mi y aprobado por la reina Catalina. Esto te esplica mi presencia en estos sitios. Se trata de hacer público en la corte el escándalo de la desunion de los dos desposados.

LAHU. Qué misterio... (*un embozado que ha estado de observacion en la esquina se acerca á Renato y le habla al oido.*)

REN. (*al embozado.*) Ocultaos. (*á Lahuriere.*) Entremos en tu casa.

LAHU. Ocurre algo?

REN. Chssssst. Mira. (*señalándole á la calle opuesta.*)

ESCENA III.

Dichos, ENRIQUE DE NAVARRA; *despues* MARGARITA *y la* DUQUESA DE NEVERS.

(La escena ha quedado sola. Caboche se ha quedado dormido en la mesa junto al jarro de vino. Lahuriere y René junto á la puerta de la posada, por la parte de adentro observando la calle, los embozados en el otro lado ocultos tambien. Enrique viene embozado hasta los ojos mira á uno y otro lado con recelo, llama á la puerta de la casa de Mme. de Sauve y la puerta se abre entrando él por ella. Al mismo tiempo salen como siguiéndole la reina Margarita y la duquesa de Nevers cubiertas con largos mantos. Lo ven entrar y se detienen.)

MAR. Era verdad!

DUQ. Ya ves que no ha mentido el secreto y misterioso billete que te lo anunciaba; ya ves que ese reyezuelo de Navarra ha prometido en efecto á Mme. de Sauve sacrificarle su primera noche de boda con tal de que le perdonase lo que él llama su infidelidad forzada!

MAR. Si, y á no haberme decidido á verlo yo misma.

DUQ. Creo que esto te causa algun sentimiento! Me harás creer que tú, la perla mas brillante de la corona de Francia, te llegaste á enamorar del Bearnés? Por Dios, querida mia, que si es cierto no te lo perdonaré nunca.

MAR. No, no. Tranquilízate. Pero... tú conoces que semejante humillacion...

DUQ. Pobre Margarita! Ya sabes cuan caras nos hacemos pagar nosotras esta clase de ofensas. Vaya, volvámonos á palacio. No valia el tal reyezuelo la pena de habernos hecho cometer esta calaverada; mas ya que no hay otro remedio, evitemos el ser descubiertas. Recuerda que hemos visto cerca de aqui la litera de tu hermano, y que por consiguiente debe hallarse en alguna casa inmediata .. Marchemos. (*Renato ha hablado en voz baja con Lahuriere que se queda observando y velando el sueño de Caboche.*)

MAR. Si, si, vámonos. (*Renato sale de la posada y detiene con su presencia á las dos jóvenes.*)

REN. Perdonad.

MAR. (*retrocediendo.*) Ah!

DUQ. Abrid paso, caballero.

REN. Perdonad, repito, pero me es imposible. Una comision especial...

DUQ. (*Los cuatro embozados se van acercando por detras de las dos.*) Y con qué derecho osais detenernos?

REN. Permitidme, nobles señoras, que tenga el honor de acompañaros al Louvre y de conduciros á las habitaciones de S. M. la reina madre!

MAR. (Cielos!)

DUQ. Falta que sepais quiénes somos, y que ademas os deis á conocer.

REN. (*hipócritamente.*) Ignoro, ilustres damas, á quienes tengo el honor de hablar; y por otra parte, me está prohibido el revelaros mi nombre. Pero la orden que se me ha dado es terminante, y me es fuerza cumplirla.

DUQ. Caballero! (*con indignacion.*)

MAR. (*bajo, deteniéndola.*) Oh! no, que no nos descubran!

DUQ. (*idem á Margarita.*) Y qué importa? No conoces que este es un lazo infernal que nos han tendido?

REN. Señoras... mi encargo es urgente, y si gustais...

DUQ. Os he dicho que nos abrais paso si teneis en algo vuestra cabeza.

REN. Ola! (*los embozados se presentan ante las dos jóvenes.*)

DUQ. *y* MAR. Oh!!

REN. Como la noche está tan avanzada, quiero daros una buena escolta hasta llegar al Louvre.

DUQ. Lo veremos.

MAR. (Qué haces?)

DUQ. (*dirijiéndose á la puerta de la posada.*) Abrid. Socorro! (*empuja la puerta y entra seguida de Margarita.*)

LAHU. (*deteniendo en la silla á Caboche que se despierta.*) Estate quieto!

REN. Prudencia! Prudencia.

CAB. (*á Lahuriere.*) Qué demonio vais á hacer con esa dama? (*dando un empujon á Lahuriere, lanzándose á la calle y sacando un puñal.*) Son cinco! Mejor.

REN. (*á los embozados.*) Apoderaos de él.

CAB. Por el alma de mi padre! (*defendiéndose.*)

LAHU. Ya es nuestro! (*asiéndole por detrás.*)

CAB. Traidor! (*Caboche se tapa la cara con una de sus manos.*)

LAHU. Descubridle el rostro.

CAB. Favor! (*luchando con ellos.*)

REN. Matadle si no calla.

ESCENA IV.

Dichos, COCONAS *que llega desenvainando su espada; despues* LAMOLE.

COC. Quietos, bellacos!

LAHU. (*á los que tienen preso á Caboche.*) Esto es serio! (*metiéndose precipitadamente en su casa y cerrando la puerta.*)

CAB. (*salvándose merced á Coconás.*) Gracias. Pero salvemos á esas damas.

REN. Atrás! (*á Caboche y Lamole.*)

MAR. Amparadme! (*á Lamole.*)
COC. Hasta morir, señora.
LAM (*saliendo.*) Qué veo! Unas damas en peligro. (*riñendo con los cinco.*)
CAB. (*que se ha apoderado de la espada de uno.*) A ellos!
LAM. A ellos, vive Dios! (*los van haciendo retroceder hasta la calle de la derecha del público. Al llegar á ella los embozados y Renato huyen.*)
MAR. (*rápidamente á la duquesa.*) Nosotras por aqui. (*huyen las dos precipitadamente por la parte izquierda del público.*)
COC. y CAB. Mueran! (*sin cuidarse mas que de combatir á los embozados.*)
LAM. (*solo.*) Señoras... Cielos! dónde están? Y este brazalete que se le ha caido á la que yo defendia. (*mirando al suelo y recojiendo un brazalete de Margarita*) Veamos á la luz de este farol.. Las armas reales de Navarra! Estoy soñando? Oh! Veamos si puedo alcanzarlas y descubrir.. (*vase por la izquierda corriendo. Salen Caboche y Coconás envainando sus espadas.*)
COC. Huyeron esos miserables, pero... aquellas damas...
CAB. Oh! permitidme que os manifieste mi eterno reconocimiento!
COC. Por qué?
CAB. No me habeis salvado la vida? No habeis impedido que me cosieran á estocadas?
COC. Porque defendiais á esas damas? Bah! Ademas, lo que yo he hecho es una bagatela y entre caballeros...
CAB. Es que... vos no me conoceis... y en otro caso tal vez no os habriais tomado la molestia de librarme de la muerte!
COC. Cómo! (*examinándolo.*) Noto en efecto que vuestro trage es humilde. Sin embargo, por mucha distancia que haya de vos á mi, estaba en el deber de socorreros.
CAB. Aunque esa distancia fuese la de un caballero á la del verdugo de Paris?
COC. (*retrocediendo.*) El verdugo?
CAB. Lo veis..? Mi solo nombre os causa horror!
COC. A mi?
CAB. Adios, caballero.
COC. Qué diantre! Espera. Aunque fueses el mismo diablo, esta noche te has portado como un cumplido hombre de honor, y no mereces que yo te humille ahora. Dame la mano.
CAB. Señor...
COC. Dame esa mano, voto á Belcebú... (*Caboche la alarga tímidamente.*)
COC. Asi. (*estrechándola.*)
CAB. (*de rodillas y besando la mano de Coconás con tierno reconocimiento.*) Ah! Es la primera que he estrechado! Señor! Señor!
COC. Eh! Levanta.
CAB. Oh! disponed de mi vida... de mi brazo...
COC. De tu brazo? Gracias. No pienso por ahora que tenga que hacer nada conmigo. Vaya. Toma este bolsillo y echa un trago á mi salud. Adios.
CAB. Tanta merced...
COC. Adios, adios.
CAB. El os bendiga.

ESCENA V.

COCONAS *solo. Despues* ENRIQUE DE NAVARRA *y luego* LAMOLE.

COC. Pues... para ser la vez primera que llego á Paris, no he tenido mal recibimiento que digamos. Hace un cuarto de hora que he entrado en la ciudad; y me encuentro con el verdugo.
LAM. (*saliendo por la izquierda.*) Imposible el alcanzarlas.
(Entretanto se abre la puerta de Mme. de Sauve y sale por ella Enrique embozado como entró, marchándose por la izquierda sin que Lamole lo note y con las mismas precauciones. La puerta vuelve á cerrarse.)
En fin, pensemos antes de todo en descansar. Ola! He aqui una posada que se anuncia muy bien. «*A la buena estrella*» (*leyendo la muestra.*) Ademas, estos sitios, segun me han informado, están próximos al Louvre y me acomodaria... (*entretanto Lamole ha llegado por detrás y se detiene tambien á leer la muestra.*)
LAM. «A la buena estrella.» No es mala muestra, á fé mia. Luego el Louvre está cerca y me conviene alojarme aqui.
COC. (*volviéndose.*) Eh? Vais á alojaros aqui? diablo..! Me parece, caballero, que teneis la misma simpatia que yo por esta posada.
LAM. No lo niego. La muestra me ha seducido.
COC Y á mi tambien.
LAM. Pues eso acaba de decidirme.
COC. Gracias por la confianza que manifestais á mi opinion, caballero...
LAM. El conde Jose de Lerac de Lamole, servidor vuestro, y vos?
COC. El conde Anibal de Coconás, que tiene el honor de ofreceros...
LAM. Acabais de llegar á Paris segun veo! Yo tambien.
COC. Invitado para las fiestas de la boda de la princesa Margarita...
LAM. Lo mismo que yo...
COC. De veras? Pues ea... Pasemos adelante... Vos primero.
LAM. Oh! no, no. No lo consentiré.
COC. Entonces entremos los dos juntos... del brazo.
LAM. Que me place. (*ván á entrar. Se encuentran con la puerta cerrada.*) Pero es inútil: está cerrada á piedra y lodo la puerta...
COC. (*llamando.*) Eh! Posadero! bellaco!

ESCENA VI.

Dichos, LAHURIERE *á la puerta.*

LAHU. Qué se ofrece á vuesas mercedes?
LAM. Queremos... cenar y dormir en tu posada.
LAHU. Lo siento en el alma, señores; pero no hay mas que un cuarto disponible y... temo que no os convenga.
LAM. Bien, nos iremos á otra parte.
COC. No, no. Haced vos lo que gusteis, Mr. de Lamole, pero yo me quedo aqui de todos modos. Estoy algo cansado, y asi me alojaré en ese cuarto ya que vos no...
LAHU. Se me olvidaba deciros que si no sois mas que uno solo, no puedo alojaros.
LAM. Diablo! Habráse visto animal como este! Conque hace poco éramos los dos mucha gente, y ahora no te basta con que se quede uno. Qué! No querrias por ventura alojarnos, tunante?
LAHU. Si me lo preguntais en ese tono.... os diré que no.
LAM. Y por qué?
LAHU. Yo tengo mis razones.

COC. No os parece lo mejor, Mr. de Lamole, que matemos á este desvergonzado?

LAM. (*riendo.*) Y de qué nos serviria?

LAHU. (*tranquilamente.*) Se conoce, señores, que ambos llegais de provincia.

COC. Por qué?

LAHU. Porque en Paris ha pasado la moda de matar á los posaderos que se niegan á alquilar sus habitaciones. A quien se mata ahora es á los grandes señores y no al pueblo. Testigo el señor Almirante que recibió ayer un famoso tiro de arcabuz... Asi pues... debo advertiros que si alzais la voz demasiado, llamaré á los vecinos... y... pero no dareis lugar á ello.

COC. Creo que este tuno se burla de nosotros.

LAHU. (*friamente.*) Gregorio! (*llamando adentro.*) Mi arcabuz.

COC. Villano (*á Lamole.*) Diablo! No os abrasais de ira, Mr. de Lamole?

LAM. No. Porque en tanto que los dos no abrasemos... la cena se enfriará! Vaya! (*á Lahuriere.*) Dime, buen amigo: en cuanto sueles alquilar ese cuarto?

LAHU. En medio escudo diario.

LAM. Pues... toma ocho escudos por otros tantos dias. Falta algo mas?

LAHU. Nada á fé mia. Y pues teneis tan buenos modales... Entrad, señores.

COC. (*á Lamole.*) Como! Transigis...

LAM. Qué hemos de hacer? Todas las posadas estarán llenas de caballeros atraidos á Paris por las fiestas de la boda, y por la próxima guerra de Flandes, y... Seria muy probable que en toda la noche no encontrásemos donde alojarnos.

COC. Diantre! Que sangre fria teneis, Mr. de Lamole. (*entran los tres en el piso bajo de la posada.*)

LAM. Pues os juro que á pesar de todo, ese tuno ha de andar con cuidado... Si su cocina es mala, si sus camas son duras, si su vino no tiene tres años de botella, y si su criado no es vivo como el viento... nos veremos las caras. (*Lahuriere dá algunas órdenes á un criado de la posada.*) Y... decidme, que os parece Paris?

COC. Nada alegre por cierto; desde que he llegado solo he visto figuras tristes y rostros barbudos y macilentos.

LAM. Consistirá en que los buenos parisienses temen á la tormenta. No veis que negro está el cielo y que cargada la atmósfera?

COC. Si. Pero... hablando de otra cosa. Cuando me encontré con vos... hablábais del Louvre, sinó me engaño.

LAM. En efecto.... tengo que ir á él....

COC. Pues si os parece, en tanto nos preparan la cena nos dirigiremos allá!

LAM. Creo que la cena debe ser lo primero.

COC. Diablo! El caso es que mis instrucciones son terminantes. Estar en Paris el domingo 24 de agosto y presentarme inmediatamente en el Louvre.

LAM. Entonces no insisto; por otra parte, como dice Plutarco, es bueno acostumbrar el alma á los pesares y el estómago al hambre. *Ton de pastera.*

COC. Calle! Sabeis griego? (*riendo.*)

LAM. Si. Gracias á mi antiguo preceptor.

COC. Diablo! Conde, vuestra fortuna es segura. Hareis versos con el rey Cárlos IX, y hablareis griego con la reina Margarita.

LAM. Sin contar que podré hablar tambien gascon con el rey de Navarra. Vamos?

COC. Cuando gusteis. (*á Lahuriere.*) Ah! ven aqui tú! Cómo te llamas?

LAHU. Lahuriere.

COC. Pues bien, Lahuriere, indícanos el camino mas corto para llegar al Louvre.

LAHU. No hay cosa mas fácil. Seguid esa calle hasta la iglesia de S. German L' Auxerrois; cuando llegueis á ella tomad la derecha y os hallareis en frente del Louvre.

LAM. Gracias. (*se agarran los dos del brazo y se van por la calle de la izquierda.*)

COC. Hasta luego.

ESCENA VIII.

LAHURIERE, *solo.*

LAH. Hum! Estos dos caballeros me son muy sospechosos! Sin duda... si... son dos hugonotes. Los traidores se han vuelto tan insolentes con el matrimonio de su condenado Bearnés... Seria bueno que hubiesen venido dos hugonotes á mi casa.... precisamente el dia mismo de S. Bartolomé! Avisaré á Maese Renato? Para qué? Yo mismo...

ESCENA IX.

LAHURIERE, MR. DE NANCEY, *el* REY CARLOS IX, *el* ALMIRANTE, DEMUY, *comitiva del rey y del almirante.*

(Se abre la puerta de la casa del almirante y salen todos: delante Nancey dirijiéndose á la boca calle de la izquierda y gritando en voz alta:)

NAN. La litera del rey!

LAHU. (*asomando á la puerta la cabeza.*) Ah! El rey Carlos IX! Sale de casa del almirante Coligni...! Dios le dé la prudencia del basilisco y la fuerza del leon!

REY. (*saliendo apoyado en el brazo izquierdo del almirante que trae el derecho vendado. Al almirante.*) Te felicito por tu mejoria. Por lo demás... Ya puedes estar tranquilo, amigo mio! Qué diantre! Al dar la mano de mi hermana Margarita á mi primo Enrique, se entiende que contraigo una alianza muy parecida con todos los hugonotes del reino... Asi pues, todos los hugonotes son ahora hermanos mios.

ALM. Señor, yo no dudo de las intenciones de V. M., pero... la reina Catalina...

REY. Coligni... (*bajo.*) Yo no diré esto á nadie mas que á ti... pero... te lo digo. Mi madre es una díscola. Con ella no hay paz posible... Ya se vé... Esos católicos italianos no saben otra cosa mas que esterminar... Todo lo contrario que yo... No solo quiero pacificar el reino, sino dar el poder á los... porque los otros... lo conozco, no son tan buenos servidores. En fin... Quieres que te hable con toda franqueza? Desconfio de todos cuantos me rodean.... escepto de ti y de mi cuñado de Navarra. De ese buen Enrique tu discípulo... y no digo tu hijo, porque ese nombre me pertenece á mi solo, y no quiero que tengas otro hijo mas que yo.

ALM. Tanta honra... Señor... Pero V. M. tiene

en torno suyo bravos capitanes y consejeros prudentes...

REY. No... Dios me perdone...! Te digo que no tengo á nadie sino á tí; á tí, que eres valiente como Julio César, y sabio como Platon. Asi es que... Lo confieso, al acercarse el momento de emprender la guerra de Flandes... no sé que partido tomar, si detenerte á mi lado como consejero, ó enviarte allá como general... Pero, si tú me aconsejas, quién combatirá... Y... si tú combates, quién me aconsejará entonces?

ALM. Señor, lo primero es vencer. El consejo vendrá despues de la victoria.

REY. Es esa tu opinion? Pues bien, la seguiré al pié de la letra, y por lo tanto tú partirás mañana para Flandes y yo para Amboise.

ALM. V. M. deja á Paris?

REY. Si, estoy cansado de todo este ruido y de todas estas fiestas... Yo no soy un hombre de accion; al contrario, me gusta la soledad, y... lo confieso, no he nacido para ser rey sino para poeta. Oh! Ese titulo es el único que ambiciono. Asi pues, ya he escrito á Rousard para que venga á reunirse conmigo en Amboise, y alli los dos... lejos del bullicio, lejos del mundo, lejos de los intrigantes, y bajo la sombra de aquellos frondosos árboles, sentados á la orilla de los arroyos y al susurro de sus aguas... hablaremos de las cosas de Dios... única compensacion que hay en este mundo por las cosas de los hombres.

ALM. No puedo ménos, señor, de aplaudir una resolucion semejante; pero me permitirá V. M. que antes de su partida le pida un acto de justicia, y al mismo tiempo de saludable política?

REY. Habla, Coligni, habla.

ALM. Un acto que dará una nueva garantia á la religion reformada?

REY. Habla... ó mas bien, ¿quieres mis poderes para cumplir ese acto?

ALM. Señor... el ejemplo será mas grande dándolo V. M. misma.

REY. Entonces, dime lo que hay que hacer.

ALM. (*haciendo una seña á un jóven que deja la multitud y que se adelanta.*) Permítame V. M. que le presente á M. Demuy de S. Fal...

DEM. (*una rodilla en tierra.*) Señor, justicia!

REY. Ah! Vos sois el hijo del capitan Demuy, traidoramente asesinado por Francisco Renato, el....

DEM. Si, señor.

REY. Levantaos, caballero. Se hará rigorosa justicia. (*le dá á besar su mano.*)

TODOS. Viva el rey!

REY. Gracias, buenos amigos, gracias. Pero no debeis gritar viva el rey... sino... viva el almirante.

ALGUNOS. Viva el almirante!

REY. Eso es. Adios, Coligni, Adios; desde este momento nos pertenecemos el uno al otro en cuerpo y alma. (*abrazándole.*) Adios.

ALM. (*queriendo acompañar al rey á la litera.*) Permítame V. M...

REY. Oh! no, no.

ALM. Mas...

REY. Quédate. Yo lo quiero. (*con un gesto decisivo.*)

(El almirante se detiene en efecto. Los pages vuelven la litera para que suba el rey, de modo que el público vea bien á la reina Catalina, oculta en el fondo de ella, y en ademan de observarlo todo. El rey sube á la litera.)

ALM. El cielo guarde á V. M.

REY. (*asomándose por la ventana.*) Gracias, querido Coligni. (*volviéndose á su madre al mismo tiempo que se lo lleven los pages y que el almirante se vuelve á su casa.*) Conque... Estais satisfecha de mi, madre mia? Qué tal he representado mi papel?

CAT. Perfectamente. (*vanse los pages llevando la litera, los guardias y la comitiva.*)

ESCENA X.

LAHURIERE *en su puerta. El* ALMIRANTE, DEMUY *y caballeros en la suya.*

ALM. Te has convencido, Demuy?

DEM. Si, señor Almirante, creo que habla de buena fé.

ALM. Oh! Te respondo de él como de mi propio.

UN HUGONOTE. Señor Almirante... Sois demasiado noble y franco para ser precavido. Olvidais el carácter del monarca?

DEM. Y... seguis aconsejándonos que seamos siempre fieles al rey Enrique de Navarra?

ALM. Si, porque Enrique es digno de todos los tronos del mundo, y es el jefe qué puede hacer á los hugonotes fuertes y libres, y la religion reformada, grande y duradera.

DEM. Entonces... suyo es mi brazo y suya la espada que ciño.

ALM. Adios, Demuy. Mañana antes de que yo parta para Flandes, ven á darme un abrazo.

DEM. No faltaré.

ALM. (*á su comitiva.*) Señores...

DEM. (*al Almirante y á los demas.*) Hasta mañana.

ALM. Hasta mañana (*Demuy se vá. El Almirante y los suyos entran en la casa.*)

ESCENA XI.

LAHURIERE, *despues* COCONAS, *despues* LAMOLE.

LAHU. (*desde su puerta.*) Cómo conspiran esos hugonotes! Si, porque estoy seguro que el Almirante y los suyos... Pero afortunadamente lleg el tiempo de echar por tierra todos sus infernales proyectos. (*Coconás dándole un golpecit en la espalda.*)

COC. Y la cena, holgazan?

LAHU. (*con indiferencia.*) La cena? Ya os habia olvidado.

COC. Cómo? Y lo confiesas?

LAHU. Cuando sepais la causa...

COC. Y cuál ha sido?

LAHU. S. M. Carlos IX que acaba de pasar po aqui.

COC. El rey! Diablo! Siento no haberle visto! Con que el rey ha pasado por esta calle?

LAHU. Si. Salió de casa del Almirante.

COC. Qué! El rey á ido á visitar á ese pagano?

LAHU. (Bravo! Este es de los nuestros.) Gregorio! Gregorio! Sirve al instante á este caballer Despacha. (*entrando en la posada.*)

COC. Ola! Qué eficacia tan imprevista! (*entrand tambien. El criado pone velozmente la mesa, y co loca en ella un plato, etc. etc.*) Y de qué se trata

LAHU. De una tortilla de carne. Por no hacer esperar demasiado...

COC. En buen hora. (*sentándose á la mesa.*)

LAM. (*saliendo por la calle izquierda y aparte.*) Qu

aventura! Estoy tan conmovido... Conde, amigo. *(entrando en la posada y viendo á Coconás dispuesto á cenar.)* No solo dice Plutarco que es preciso acostumbrar el alma á los pesares y el estómago al hambre, sino que en otro pasage dice tambien que aquel que tiene algo debe dar al que no tiene nada... Quereis por el amor de Plutarco, partir conmigo vuestra cena?

Coc. Diablo! Con mucho gusto! *(ofreciéndole una silla.)* Pero no me digisteis por el camino que esperábais cenar con el rey de Navarra?

Lam. Traia cierto mensage para él.

Lahu. (Ah! este es un hugonote!)

Coc. Pues qué ha pasado...

Lam. Ay Conde! yo mismo no lo sé! Si supierais... que encantadora aparicion... que...

Coc. Una aparicion?

Lam. Imaginaos que por mediacion de un jóven capitan de la religion reformada, me habia introducido hasta la gran galeria de palacio... donde con gran sorpresa mia no encontré á nadie. Alli me dejó solo mi obsequioso introductor... y de repente se abre una puerta y me encuentro cara á cara con una mujer.. tan noble, tan graciosa, tan resplandeciente de hermosura... que me pareció ver la sombra de la bella Diana de Poitiers, que segun creen algunos suele aparecerse en el Louvre.

oc. Y era...

am. Era... La reina Margarita de Navarra.

oc. Diablo! Sois muy afortunado, Conde; siempre es preferible una persona en cuerpo y alma á todas las sombras posibles.

am. Teneis razon. Asi fué que al reconocer en ella á la dama que...

oc. Cómo! Qué dama es esa? Vos no me habiais contado...

am. *(reponiéndose.)* Quise decir á la dama, cuyos encantos son proverbiales en Francia.... (Imprudente... iba á revelarle todo lo que ha pasado...! Ah! es que mi corazon me arrastra á pesar mio!)

c. Qué murmurais? No os gusta nuestra cena? Qué diablo! Seguid la narracion. Al ver á la reina... le digisteis...

m. Ni una palabra. Saqué la carta que yo llevaba para su esposo... se la entregué, y... con a mas linda mano del mundo, con los mas deicados dedos que he visto en mi vida... tibia un con el calor de mi pecho, la deslizó entre u jubon de terciopelo.

:. Diablo! Con qué fuego contais las cosas, compañero.

n. Como las siento... Y vos? Despachásteis tambien vuestros asuntos?

:. Amigo mio, no todos tienen como vos la forma de ser favorecidos por apariciones femeinas! Yo he encontrado simplemente á un aleman muy amable por cierto para ser aleman, l cual reconociendo en mi á un buen católico, ne condujo á la presencia de Monseñor Enrique, duque de Guisa, para quien yo traia asimismo un mensage. Eh? Qué haces tú aqui? *(á ahuriere que se ha acercado.)* Nos estabas escuchando?

u. *(con la mano en su gorra.)* Si señores, os escucho... pero tan solo para serviros.

Ola! Parece que el nombre de Guisa te ha echo humilde y obsequioso! Crees acaso que mi brazo sea menos pesado que el del Duque para castigar á los bellacos?

Lahu. No, señor Conde, pero es menos largo. Por otra parte, no debeis estrañar mi alto respeto hácia su nombre, porque el gran Enrique es nuestro ídolo, el ídolo de los parisienses.

Lam. Y... de qué Enrique hablais?

Lahu. Pardiez! Yo no conozco mas que uno.

Lam. Es que yo conozco á varios, y hay entre ellos uno del que os aconsejo sériamente que no hableis mal en vuestra vida.

Lahu. Y... quién es ese?

Lam. S. M. el rey Enrique de Navarra.

Lahu. No le conozco!

Lam. *(levantándose.)* Miserable!

Coc. *(deteniéndole.)* Cómo? Qué haceis?...

Lam. Levantarme de la mesa. No quiero cenar mas.

Coc. Lo siento. Contaba con esperar en vuestra compañia el momento de volver al Louvre.....

Lam. Qué! Vais á volver al Louvre?

(Renato vuelve á aparecer por la calle de la izquierda embozado, se acerca con precaucion á la puerta de la posada, hace una seña á Lahuriere y este sale á la puerta donde los dos hablan en secreto.)

Coc. Si.

Lam. Y yo tambien.

Coc. A qué hora?

Lam. Estoy citado á las doce.

Coc. Y yo.

Lam. Calle! Sabeis que hay una estraña influencia en nuestros destinos? De dónde venis, vengo.... vais á donde yo voy....

Coc. Pues en ese caso apuremos esta botella, y cuando sea hora nos iremos juntos al Louvre.

Lam. Esperad.... Con quién habla tan secretamente nuestro huésped? *(mirando á Lahuriere y á Renato á la puerta.)*

Coc. *(mira tambien.)* Eh? voto al diablo... Juraria que al volver del Louvre habia visto rondar á ese embozado por estos contornos. Y qué acalorada debe ser la conversacion. Eh! La Huriere, estás por ventura hablando de politica?

Lahu. *(sorprendido y haciendo un gesto terrible de impaciencia.)* Por mi nombre!!

Coc. *(al notarlo se levanta y sale á la puerta en direccion de Lahuriere.)* Qué te dá? Tienes el diablo en el cuerpo?

Lahu. *(asiendo repentinamente la mano de Coconás y en voz baja.)* Silencio! Silencio por vuestra vida!

Coc. Qué significa..? *(sorprendido.)*

Lahu. Alejad de aqui á vuestro amigo sin perder un instante. Es preciso que os hablemos este caballero y yo.

Coc. Diablo! Luego esto es serio!

Ren. No puede serlo mas.

Lam. *(desde dentro.)* Y bien, conde, que hacemos?

Coc. *(desde fuera.)* He pensado que vale mas no abusar de las botellas, puesto que hemos de ir luego al Louvre. *(entrando.)* Asi pues, bebamos el último vaso á vuestra salud.

Lam. A la vuestra, caballero. *(beben.)*

Coc. Con que os retirais, eh?

Lam. *(decidiéndose.)* Si, me siento algo fatigado; son las once, hasta las doce no he de ir al Louvre, y no me vendrá mal echarme un poco en la cama. Eh! Lahuriere! *(llamando.)*

LAHU. (*entrando y dejando á Renato á la puerta.*) Señor conde...

LAM. Condúceme á mi cuarto y despiértame á las doce en punto. Yo estaré vestido, y por consiguiente pronto á partir.

COC. Bien, entre tanto voy á hacer ciertos preparativos. Lahuriere dame papel blanco y unas tigeras para recortar la divisa de los nuestros.

LAHU. (*bajo.*) Silencio! Vais á descubrirlo todo! (*alto.*) Gregorio. Este caballero pide papel blanco para escribir y tijeras para cortar el sobre. (*á Lamole.*) Venid Mr. de Lamole, venid. (*agarra una luz y guia á Lamole que le sigue por la puerta izquierda.*)

COC. (Cuanto misterio.)

LAM. (*desde la puertecita.*) Buenas noches, conde.

COC. Hasta luego. (*vanse Lamole y Lahuriere.*)

ESCENA XI.

RENATO *á la puerta;* COCONAS *que sale á reunirse á él.*

COC. Vaya! Qué diablos he hecho para que ese maldito Lahuriere se impaciente de ese modo?

REN. Qué habeis hecho? Habeis estado á punto de descubrir un secreto del cual depende la salud del reino. Eso es lo que habeis hecho al pedir... Pero afortunadamente Dios ha querido que Lahuriere cerrára á tiempo vuestro labio y.. Si llegais á pronunciar una sola palabra, os hubiera atravesado con mi daga. (*entran en la posada.*)

COC. Cómo?

REN. Tranquilizaos, y escuchadme ahora que estamos solos.

COC. Un instante, caballero. Podré saber quién sois vos para hablarme con ese tono de autoridad?

REN. Habeis oido nombrar alguna vez á Francisco Guillermo Renato, señor conde?

COC. El matador del capitan Demuy! Seriais vos por ventura?

REN. Yo mismo!

COC. Pero...,

REN. Chssssst! No ois? (*aplicando el oido.*)

(Indica el ruido que suena por el piso principal. En este momento se ven entrar en la habitacion de arriba á Lamole, y á Lahuriere, con luz.)

COC. Es mi compañero que se instala en su habitacion.

LAHU. (*arriba á Lamole,*) He aqui vuestro cuarto.

LAM (*arriba.*) Perfectamente. No olvideis el despertarme á las doce.

LAHU. Perded cuidado. (*dá un reló las once.*)

REN. Escuchad. (*bajo á Coconás, contando para sí.*)

COC. Las once.

(Entretanto Lahuriere se despide de Lamole: deja la luz sobre una mesita y se va, cerrando por fuera.)

REN. Creo que baja Lahuriere.

Lamole pone sus dos pistolas sobre la mesita que estará al lado de la cama. Se quita su espada y se echa vestido en la cama, sacando antes el brazalete de Margarita y contemplándolo.

COC. En efecto.

ESCENA XII.

Dichos, LA HURIERE *que sale por la puertecilla derecha.*

LAHU. Ya estamos solos.

COC. Habla.

LAHU. Caballero, respondednos... Sois buen catolico?

COC. Diablo! Desde el dia de mi bautismo, y me vanaglorio de ello.

REN. Y sois vasallo leal del rey nuestro amo?

COC. Hasta la muerte.

REN. Entonces vais á seguirnos.

COC. Sea: pero... os prevengo que á las doce debo estar en el Louvre.

REN. Es que vamos alli precisamente.

COC. Tengo una cita con el duque de Guisa.

REN. Y nosotros tambien.

COC. Llevo una palabra de pase.

REN. Y nosotros.

COC. Y una seña personal para ser reconocido.

REN. Como nosotros, señor conde, y... tomad... Quiero ahorraros el trabajo de hacer una cru[z] blanca de papel. (*saca de su bolsillo tres cruce[s] blancas; da una á Lahuriere, otra á Coconás [y] guarda para si la tercera.*)

COC. Como! Luego esa cita, esa palabra conveni[n]da, este signo de alianza... eran para todo e[l] mundo!!

REN. Si, caballero. Es decir, para todos los bue[n]nos católicos.

COC. Conque hay fiesta en el Louvre?

LAHU. Si... un festin para el cual he afilado mi es[]pada y cargado mi arcabuz. Gregorio, ve[n] á ayudarme.

COC. Un momento! Ese festin es de muerte!!

REN. Si, de muerte y de esterminio! Creeis q[ue] podemos soportar por mas tiempo la insolen[]cia de esos hugonotes maldecidos del cielo?

COC. (*animándose.*) No, no. Pero... se cuenta pa[ra] ello con numerosos aliados? (*entretanto Greg[o]rio ha salido y ayuda á armarse á Lahuriere.*)

REN. (*entreabriendo la puerta de la calle y señala[n]do á los soldados que cruzan. Se vé cruzar por teatro una compañia de soldados que camin[a] silenciosamente.*) Veis esos soldados que se de[s]lizan silenciosamente entre las sombras?

COC. Si.

REN. Pues bien... Todos ellos llevan como vo[s] como Lahuriere y yo una cruz blanca en l[os] sombreros. (*los soldados desaparecen.*)

COC. Son de los nuestros.

REN. Si... (*aplicando el oido.*) Esperad. (*abre u[na] ventana que hay en el fondo de la habitacion ba[ja] y se asoma á ella con Coconás.*) Y ahora.... veis aquella otra multitud de caballeros a[r]mados?

COC. En efecto.

REN. Reconoceis al que vá al frente de ellos?

COC. Qué diablos he de reconocer si no hace t[res] horas que estoy en Paris?

REN. Pues aquel gefe....es el mismo que os citado á las doce en el Louvre.... Mirad.... vá á esperarnos á todos.

COC. El duque de Guisa!!

REN. El duque de Guisa.

COC. Pero... y qué hacen aquellos otros homb[res] que van deteniéndose silenciosamente de pu[er]ta en puerta?

REN. Esos hombres marcan con una cruz roja casas de los hugonotes, y con una cruz bla[nca] las casas de los católicos. En otro tiempo dejaba á Dios el cuidado de distinguir á suyos, hoy somos mas previsores y le ahor[ra]mos ese trabajo.

Coc. Entonces... es decir que se trata de matarlos á todos!
Ren. A todos!
Coc. Por orden del rey?
Ren. Por orden del rey, de la reina Catalina de Médicis y del duque de Guisa.
Coc. Y cuándo?
Ren. Cuando oigais resonar la campana de san German L' Auxerrois.
Coc. Bravo!
Ren. Silencio!.. Ah! se me olvidaba el deciros.... Si teneis algun enemigo particular en Paris y quereis vengaros de él.... aunque no sea hugonote..... no importa. Se le hace pasar como tal, y confundido entre el número...
Coc. No, no. Gracias.
Lahu. (*ya armado.*) Ya estoy listo.
Ren. Partamos.
Lahu. Esperad. Antes de salir á campaña, aseguremos nuestros hogares como suele decirse en la guerra... No quiero que degüellen á mi muger y mis hijos mientras yo esté fuera, y... En casa queda un hugonote.
Coc. Mr. de Lamole?
Lahu. Si... Mr. de Lamole que ha caido él mismo en el lazo.
Coc. Como! Iriais á atacar á vuestro huésped?...
Lahu. Creeis que le he encerrado sin intencion?
Coc. Y en tanto que duerme! Oh! no lo consentiré.
Ren. (*á Coconás.*) Qué decis?
Coc. Digo que es una crueldad. Mr. de Lamole ha cenado conmigo, y yo no debo...
Ren. Si, pero Mr. de Lamole es un herege; está condenado como los demas, y si nosotros no le matamos, otros le matarán infaliblemente. (*varios hombres marcan con cruces blancas las casas de la calle y con una cruz roja la del Almirante y se van.*)
Coc. Es cierto. Pero esa razon no acaba de convencerme. Y juro á Dios que antes...
Ren. Vaya, vaya, tranquilizad vuestra conciencia. Podeis por ventura impedir que Lahuriere como un hombre cualquiera, rete á singular combate á Mr. de Lamole?
Lahu. A singular combate?
Coc. Eso es diferente. De hombre á hombre que se las avengan como puedan, pero al que está indefenso, al que duerme...
Lahu. Yo le despertaré.
Coc. Pero delante de mi. No me fio de nadie en cosas tan sagradas.
Ren. Pronto, pronto, maese Lahuriere. Sea lo que sea, no nos detengamos... una estocada, un tiro... cualquier cosa, pero despachad cuanto antes.
Coc. Veremos si sabeis combatir de igual á igual con hombres como Mr. de Lamole.
Lahu. Seguidme. (*entran Coconás y Lahuriere por la puerta de la derecha.*)
Ren. Aqui os espero. Entretanto yo haré otra cosa.

(Sale á la calle y se dirije con una cruz roja en la mano á la puerta de la casa del almirante. Al mismo tiempo se ve aparecer arriba y en una antesalita que hay junto al cuarto de Lamole, á Lahuriere y á Coconás.)

Ren. (*mirando la puerta del almirante.*) Tiene ya su cruz! No importa; este merece dos para que no quede rastro de él ni de su linaje. (*pone otra cruz roja en la puerta del almirante.*)
Lam. (*arriba.*) Quién va? (*se despierta al ruido que hace la puerta al abrirse y se incorpora en la cama. Luego escucha.*)
Lahu. (*arriba escuchando á la puerta y en voz baja á Coconás.*) Creo que se ha despertado.
Coc. (*arriba y bajo á Lahuriere.*) Cuenta con cometer alguna bajeza.
Lam. Quién va? (*tirándose de la cama y agarrando las dos pistolas que dejó sobre la mesa.*)
Coc. (*bajo.*) Tienes miedo, Lahuriere?
Lahu. Yo? Voto al demonio! Jamás!

(Da un puntapié á la puerta, esta se abre con violencia. Lamole al verle armado se atrinchera detrás de la cama dando espalda á una ventana que habrá en el fondo del cuarto y con las dos pistolas amartilladas.)

Lam. Bribon! Quieres asesinarme?
Lahu. No tanto, Mr. de Lamole.
Lam. Bandido!
Lahu. Mr. de Coconás, vos sois testigo de que me ha insultado!

(Apunta y dispara velozmente su arcabuz, sin dar tiempo á que Coconás pueda detenerlo. Lamole agacha la cabeza y la bala pasa por encima de él, saliendo por la ventana.)

Coc. Qué has hecho?
Lam. A mi, Mr. de Coconás. A mi!
Coc. Conde, me es imposible. Es preciso que combatais cuerpo á cuerpo con él.
Lahu. Si! Al punto!
Lam. Los dos sois unos cobardes traidores.
Coc. Conde!
Lam. (*dispara una pistola: se supone que ha dado á Coconás en un hombro.*) Atrás!
Coc. Ah!
Lahu. Os ha herido!
Ren. (*abajo.*) (Van á dar la alarma.)
Coc. Por el diablo! Es ese tu agradecimiento? Disponte á morir, renegado! (*saca su espada y él y Lahuriere atacan á Lamole. Entre tanto dan las doce en el mismo reló que antes.*)
Lam. Infames! Asesinos!! (*se tira por la ventana.*)
Lahu. Se nos escapa!
Ren. (*abajo.*) Cielos! (*al sentir el golpe del que cae.*)
Coc. Lo veremos. (*salta tambien por ella.*)

(Lahuriere baja precipitadamente á la escena. Renato tira de su espada y cierra el paso á Lamole que viene huyendo por la izquierda con una pistola en la mano.)

Ren. Alto!
Lam. Paso, traidor! (*dispara sobre Renato sin herirle y huye.*)
Coc. (*detrás corriendo.*) A él!
Lahu. (*saliendo.*) Al herege! Al hugonote!
Voces dentro y confusion. Al hugonote! Al hugonote! Mueran!

(Se oye tocar árebato. Lahuriere y Coconás se han ido persiguiendo á Lamole. Varios hombres armados aparecen por distintas partes corriendo.)

Ren. Ha sonado la señal! (*en voz muy alta.*) Al Louvre! Al Louvre!!

(Vase y le siguen algunos. El tumulto crece, se oyen disparos de fusil, algunos hugonotes salen combatiendo con algunos otros grupos. Se ven caer heridos de una y otra parte, y llamas que figuran salir de una casa. Un grupo considerable con armas y hachas encendidas llega dando voces horribles y gritando: «muera el almirante.» Se dirigen á su puerta dando golpes en ella. La puerta se abre y el almirante y los suyos tratan de resistir y de

salir, pero el grupo crece y penetran á cuchilladas.—Cuadro general de confusion y lucha.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

PERSONAJES DE ESTE ACTO.

MARGARITA.	EL REY ENRIQUE DE NAVARRA.
LA REINA CATALINA.	LAMOLE.
LA DUQUESA DE NEVERS.	EL DUQUE DE ALENZON.
GILONA.	M. DE NANCEY.
LA NODRIZA DEL REY CARLOS.	*Cuatro caballeros, alabarderos, pages, guardias.*
MME. DE SAUVE.	
EL REY CARLOS IX.	

El teatro representa una sala de las habitaciones de la reina Margarita. Puerta al fondo, á la derecha y á la izquierda del público. Una ventana grande con cortinas largas y cerradas en primer término: á la derecha la puerta de un gabinete. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, GILONA.

MAR. Qué te ha dicho la duquesa de Nevers?

GIL. Sin duda no ha querido confiarme nada.... puesto que me ha entregado esta carta para V. M.

MAR. Dame. *(toma la carta de manos de Gilona, la abre y lee.)* «Mi querida Margarita. El rey de »Navarra, pues que no me atrevo á llamarle »tu esposo, acaba de volver al Louvre en este »momento »

(Durante la lectura de esta carta el duque de Alenzon sale por la puerta del fondo y viene muy quedito á colocarse detrás de Margarita, haciendo seña á Gilona que lo ve sorprendida, para que calle y se marche. Ella obedece.)

«Creo que no me preguntarás de donde viene »cuando nos hemos espuesto tanto por saber»lo. Es inútil, pues, que cuentes para nada »con el hombre á quien acabas de dar tu ma»no. Adios. Tu siempre apasionada Enriqueta.» Parece increible! *(sin ver al duque.)*

ESCENA II.

MARGARITA, *el* DUQUE DE ALENZON, *despues* GILONA.

ALEN. *(presentándose.)* Y por qué? El amor de Enrique á madama de Sauve no es un secreto para nadie.

MAR. Cómo! Estábais ahi?

ALEN. Si. No lo veis?

MAR. Y me escuchabais?

ALEN. Si.

MAR. *(con misterio.)* Por vuestra cuenta ó por la de nuestra madre?

ALEN. Por mi cuenta.

MAR. Y.... qué pretendeis averiguar de ese modo?

ALEN. Si Enrique es ó no verdaderamente mi cuñado.

MAR. Ignoro lo que significa vuestra pregunta.

ALEN. Significa lo bastante para que la respuesta decida si Enrique ha de continuar siendo rey de Navarra.

MAR. Y eso que os importa á vos que estais llamado á suceder en la corona de Francia?

ALEN. Si, despues de la muerte de mi hermano Carlos IX.... Pero.... qué quereis..? en tanto llega ese dia, me intereso mucho por la suerte de Navarra.

MAR. Pues bien... Nada tengo que revelaros... Ya comprendeis que á pesar de ser esta la noche de mis bodas... Enrique no vendrá á verme.

ALEN. Lo sé.

MAR. Entonces... retiraos, puesto que nada os queda que averiguar.

ALEN. Buenas noches, Margarita.

MAR. Adios, hermano mio.

GIL. *(saliendo.)* Señora, el rey de Navarra sale en este momento de su cuarto y se dirige hácia aqui.

MAR. El rey de Navarra dices?

ALEN. Nos hemos engañado.

MAR. Estás segura de ello? *(á Gilona.)*

GIL. Acabo de verle en el estremo del corredor precedido de dos pages con bujias.

ALEN. Adios, Margarita. *(haciéndola un afectuoso saludo y dirigiéndose al gabinete de la izquierda del público.)*

MAR. Cómo? Qué intentais?

ALEN. Acabar de saberlo todo.

MAR. Tratariais de escuchar lo que aqui se hable.

ALEN. Por qué no?

MAR. Francisco, os lo prohibo.

ALEN. *(con sequedad.)* Cuenta con lo que decis Margarita... porque esta vez no obro ya por cuenta mia....

MAR. Pues por cuenta de quién?

ALEN. Por la de la reina Catalina.

MAR. *(consternada.)* Cielos!

ALEN. Ya sabia yo que erais una hija demasiado sumisa para oponeros á la voluntad de nuestra buena madre. *(entra en el gabinete y cierra tras de si la puerta.)*

ESCENA III.

MARGARITA *sola.*

Qué es lo que sucede? Qué trama oculta se agita hoy en palacio? Todo el dia han circulado por los salones del Louvre hombres de siniestros semblantes, que hablaban en voz baja y que se observaban mútuamente. Solo uno de ellos me ha inspirado confianza y... Si, él me salvó de aquellos embozados, me trajo un pliego para mi esposo... y mi brazalete que habia yo perdido en la calle..! Mi brazalete!... dónde está?.. Loca de mi! Lo he dejado en sus manos para qué? No me lo devolvia con una espresion tierna de respeto y de.... Si estuviera aqui Enriqueta, yo le preguntaria por qué ha sido tan imprudente.

GIL. *(saliendo.)* S. M. el rey de Navarra. *(anunciando.)*

ESCENA IV.

MARGARITA, GILONA, ENRIQUE DE NAVARRA, *(dos pajes salen trayendo en la mano dos candelabros.)* MARGARITA *demuestra alguna turbacion.*

ENR. Perdonad, señora, si me presento á vos sin haber obtenido antes vuestro permiso. *(hace seña á los pages, estos se retiran.)* Creo que os sorprende mi venida. ¿Sin duda no me aguardábais, no es cierto?

MAR. Es decir... no os aguardaba ya.

ENR. Qué no me aguardabais ya? (*con amabilidad.*)

MAR. Acaso no me habeis dicho vos mismo que nuestra union era un pacto politico..? una alianza y no un matrimonio?

ENR. Razon de mas para que yo venga á hablaros si no de amor, al menos de politica. Gilona, cerrad esa puerta y dejadnos solos. (*por donde él vino.*)

MAR. (*queriendo detenerla.*) Gilona...

ENR. Ah! Deseais que no se vaya?.. En buen hora. Y... si aun no basta Gilona para tranquilizaros... Llamaré á las demas doncellas vuestras, que sin duda estarán en ese gabinete. (*dá algunos pasos hácia el gabinete, en el cual está escondido el duque de Alenzon.*)

MAR. (*Poniéndose apresuradamente delante de él.*) No, no. Es inútil y estoy dispuesta á escucharos... (*bajo á Gilona.*) Déjanos, pero permanece en esa antesala y acude á la menor señal. (*Gilona se vá.*)

ENR. (*mirando con recelo al gabinete.*) (Alli hay alguien.) (*alto.*) La puerta está bien cerrada, no es cierto?

MAR. Si.

ENR. Entonces..... hablemos. (*le indica que se siente.*)

MAR. Como V. M. guste. (*se sientan.*)

ENR. Señora... Digan las gentes lo que quieran... nuestro matrimonio... tal es al menos mi opinion, es un buen matrimonio. Yo me hallo bien con vos... y vos conmigo.

MAR. No entiendo...

ENR. Un momento y me comprendereis en seguida. Nuestro matrimonio es un buen matrimonio... Por consiguiente los dos debemos obrar el uno respecto del otro como fieles aliados, puesto que nos hemos jurado alianza delante de Dios... No es este vuestro parecer?

MAR. Sin duda...

ENR. No ignoro, señora, cuán grande es vuestra penetracion, y que... por otra parte, el terreno de la córte está sembrado de maleza, y rodeado de espantosos abismos. Ademas... yo soy jóven todavia, y aunque nunca he hecho mal á nadie, tengo... un gran número de enemigos. En qué campo, señora, debo colocar á la que lleva mi nombre y me ha jurado al mismo tiempo afecto y amistad al pie de los altares?

MAR. Oh! podeis sospechar, Enrique...

ENR. No, yo no sospecho nada, señora. Yo... espero, y quiero asegurarme de que mi esperanza es fundada. Tan conocido está por vos como por mi que nuestro matrimonio no es mas que un pretesto... Algunos han ido mas lejos, suponiendo que era un oculto lazo... (*Margarita se estremece.*) Cuál de las dos cosas creeis vos, Margarita? El rey me aborrece. El duque de Alenzon me aborrece tambien... y la reina Catalina aborrecia demasiado á mi madre... para no profesarme á mi una gran parte de aquel odio.

MAR. Qué decis?

ENR. Lo que ocultaria en lo mas profundo de mi alma y de mi pensamiento, sino estuviésemos solos... porque vos me habeis dicho que estábamos solos, Margarita.

MAR. Si, Enrique, os lo he dicho.

ENR. Y eso es justamente lo que hace que yo no os oculte nada; eso lo que hace que me atreva á deciros que no creo... (*procurando leer en los ojos de Margarita.*) ni en las caricias que me prodiga el rey Carlos IX, ni en las de la reina madre.... (*deteniéndose á cada nombre de estos.*) ni en las del duque de Alenzon.

MAR. (*vivamente.*) Ah, señor! (*conmovida y turbada.*)

ENR. (Es el duque de Alenzon... Bien.) (*ap.*)

MAR. (*rápidamente.*) Enrique...

ENR. Qué es eso? Qué hay?

MAR. Hay... que semejantes discursos... son muy peligrosos.

ENR. Pero no cuando un marido se dirije á su mujer, no cuando están los dos solos, no en fin, cuando... aunque no se halláran solos... él habla bastante bajo para que no puedan oirlo. Os decia pues, en voz muy baja, que me veia amenazado por todas partes, amenazado por el rey, por la reina madre, por el duque de Alenzon, por todo el mundo...! Ya sabeis que esto se conoce por instinto. Los peligros se cruzan en el aire, rozan al pasar nuestros cabellos, nos estremecen entonces... y... He ahi lo que solemos llamar presentimientos. Pues bien, contra todas esas amenazas que se preparan á ser ataques.... yo puedo defenderme.... pero con vuestro auxilio, porque vos sois, con justicia, amada de todas las personas que me detestan.

MAR. Señor...

ENR. Por qué os turbais? Qué estraño es que todos ellos os amen? Los que acabo de nombrar son vuestros hermanos, y vuestra madre.... amar á su madre y á sus hermanos es siempre laudable á los ojos de Dios.

MAR. Pero... os estoy escuchando, y... no sé donde vais á parar!

ENR. A lo mismo que os he dicho. A manifestaros que si vos os haceis... no mi amiga, pero si mi aliada, podré desafiarlo todo, mientras que por el contrario si os declarais tambien mi enemiga... os lo confieso humildemente, señora, me cuento por perdido.

MAR. Yo vuestra enemiga? Nunca.

ENR. Ni mi amiga tampoco... no es cierto?

MAR. Quizá.

ENR. Pero... y mi aliada?

MAR. Oh! eso si! Siempre.

ENR. Me permitis que como garantias de esas palabras estreche vuestra mano?

MAR. Con toda mi alma. (*dándosela.*)

ENR. Y... de corazon?

MAR. Os lo juro.

ENR. (*besándole la mano y conservándola entre las suyas.*) Pues bien; os creo, señora, y os acepto por fiel aliada. Asi pues... entendámonos buenamente. A entrambos nos han casado sin que nos conociéramos... sin que nos amásemos... nos han casado... hasta sin consultarnos á nosotros, que éramos á quienes casaban: nada nos debemos como marido y mujer... Ya veis, señora, cómo me adelanto á vuestros pensamientos, y mas todavia, á vuestros propios deseos... Pero... si despues de esa alianza forzada nosotros nos aliasemos libremente sin que nadie nos obligase á ello... seriamos entonces como dos corazones leales que se debian confianza y proteccion reciproca. Es asi tambien como vos opinais, señora?

Mar. Asi.

Enr. Y segun eso... la alianza que me prometeis es tal como acabo de describirla.

Mar. Precisamente.

Enr. No somos mas que dos amigos.

Mar. Nada mas.

Enr. Y asi como nada sacrificaremos en el altar del amor... para cumplir nuestra fiel alianza...

Mar. Lo sacrificaremos todo.

Enr. Estamos perfectamente de acuerdo. (*se levantan.*) Me olvidaba deciros que mi paje Dubois me ha entregado de vuestra parte un pliego....

Mar. Si. Hace poco lo puso en mis manos un caballero desconocido.

Enr. Permitid. Aunque no le hayais visto nunca, el conde de Lamole es un bizarro caballero de alto renombre, y de gran poder en la Provenza. Ademas se cuenta en el número de mis fieles amigos... y por lo tanto.... entre los mas leales vasallos del rey Carlos IX, porque yo y los mios somos y seremos siempre fieles vasallos de vuestro hermano. (*echando una rápida ojeada en el gabinete.*) Ahora bien, como primera prueba de nuestra alianza y de nuestra confianza absoluta... Voy á revelaros el plan que he concebido para combatir, primero la enemistad de la reina madre, despues la del rey Carlos, y luego la del duque de Alenzon.

Mar. (*sumamente agitada.*) Enrique, yo os suplico..

Enr. Qué?

Mar. Nada, pero...

Enr. Voy pues...

Mar. (*interrumpiéndole vivamente.*) Antes permitidme que respire un poco... Hace tanta calor esta noche... y esa ventana que debia estar abierta...

Enr. Por qué no me lo habeis dicho antes? (*con afabilidad.*) (Es él quien está oculto! No me engañaba!) (*yendo á abrir la ventana.*)

Mar. (*siguiéndole y sin separarse de él en la ventana y en voz baja.*) Silencio, Enrique, por piedad hácia vos! (*todas estas contestaciones en voz baja y rápidamente.*)

Enr (*bajo á Margarita.*) No me habeis dicho que estábamos solos?

Mar. Y quién puede responder de ello cuando hay dos puertas en una habitacion, y aun no habiendo mas que una?

Enr. Bien, Margarita. Vos no me amais, es verdad, pero sabeis cumplir vuestra palabra.

Mar. Qué quereis decir?

Enr. Quiero decir que si fuéseis capaz de engañarme, me hubiérais dejado continuar hablando, puesto que yo mismo iba á venderme con mi imprudencia. (*alto y bajando á la escena.*) Respirais mejor ahora, Margarita?

Mar. Si, si. Mucho mejor.

Enr. En ese caso, no quiero importunaros por mas tiempo. He venido á saludaros y á ponerme á vuestros pies. Dignaos aceptar mi sincero homenage. Descansad pues, y buenas noches.

Mar. No olvideis lo que hemos convenido.

Enr. Alianza politica... franca y leal.

Mar. Franca y leal.

Enr. (*retirándose. Margarita lo vá acompañando hasta la puerta.*) Gracias, Margarita, gracias. Cuento con vos... como vos podeis contar conmigo. Adios. (*vase.*)

ESCENA V.

El Duque de Alenzon, Margarita.

Alen. (*que sale del cuarto cuando está aun Margarita en la otra puerta viendo marchar á su esposo.*) (Margarita es hoy neutral! Margarita nos será hostil mañana.)

Mar. (*volviéndose.*) Habeis oido...

Alen. Nada. Quién os dice que yo tenia necesidad de oir?

Mar. Hermano mio, yo os suplico que dejeis por un instante esa máscara negra y fria que impide á mis ojos penetrar en vuestros pensamientos. Decidme por favor qué es lo que significa todo esto, y qué vá á suceder aqui esta noche.

Alen. Esta noche?

Mar. Si, si. Esplicaos.

Alen. Adios, Margarita, hasta mañana.

Mar. (*con resignacion y tristeza.*) Hasta mañana...

Alen. (*volviendo.*) Ah! Oid un consejo.

Mar. Cuál?

Alen. Ya sabeis que hay varias puertas que conducen á esta habitacion. Antes de acostaros echad un cerrojo á cada una de ellas, y si sintiéseis ruido... echad entonces dos. (*vase.*)

ESCENA VI.

Margarita.

Oh! Qué noche de boda. Dios mio...! Habrá dicho verdad Enrique? Este casamiento no será mas que un lazo...! «Si sientes ruido... echa »dos cerrojos.» No... nada oigo. Todo está tranquilo... (*asomándose á la ventana.*) Qué oscuro está el horizonte! Qué soledad reina en las calles! Solo percibo las pisadas de alguna que otra persona que pasa por debajo de estos balcones...! De algun otro estudiante que como de costumbre vuelve de dar sus músicas nocturnas. (*se oye cantar en la calle.*)

(*cantan dentro.*)

«Por el ay de mi pecho doliente
desparezcan mi bien tus enojos,
que este llanto que vierten mis ojos
es el fuego voraz del amor.»

Amor! Todo el mundo ama ó es amado en la tierra. Yo sola no amo á nadie... ni de nadie soy amada. De nadie! (*se queda pensativa.*) Ah!! (*suspirando.*) Por qué soy reina? (*pausa.*) Quiero retirarme á descansar... Es tan tarde... (*va á cerrar la ventana y se oyen golpes repetidos en una puerta de la derecha. Sorprendida.*) Ah! (*volviéndose.*)

Gil. (*saliendo por la puerta del fondo.*) Señora... Señora... No ois? Suenan golpes en la puerta del corredor secreto.

Mar. No pueden ser otras personas que mi madre ó mis hermanos... ó alguna camarista... Abre.

Gil. (*obedeciéndola abre la puerta y retrocede esclamando.*) Mme. de Sauve!!

Mar. (*lo mismo.*) Mme. de Sauve?...

ESCENA VII.

Dichas, Mme. de Sauve.

Mme. (*apresuradamente y consternada.*) Si! Si! Yo misma!!!! (*de rodillas.*)

Mar. Cómo, señora! Venis á buscarle aqui mismo

En mi cuarto! Vos sabeis sin embargo que no está!

Mme. Perdonadme, señora. Oh! Yo sé hasta qué punto soy culpable para con vos, pero ahora... una necesidad imperiosa... el terror... el miedo, en fin, me han obligado á hacer uso de ese corredor secreto, á favor de mi empleo de dama de honor de la reina madre...

Mar. Levantáos. Y... como no creo que hayais venido con la esperanza de justificaros á mis ojos... Decidme qué objeto os ha guiado á este sitio, señora.

Mme. Oid en nombre del cielo, y despues... me podreis perdonar ó despreciarme... porque... se trata de su vida ó de su muerte.

Mar. De la muerte de quièn?

Mme. (*con fuerza y espresion.*) No me entendeis?

Mar. De Enrique!... Oh! Imposible!

Mme. Imposible! Miradme bien, señora: si se tratase de un peligro cualquiera... palideceria asi mi rostro...? estaria yo trémula, sin aliento... (*con esfuerzo.*) Estaria yo, en fin, en vuestra cámara?

Mar. Hablad.

Mme. En este momento degüellan á los hugonotes, señora; y el rey de Navarra es el jefe de los hugonotes.

Mar. Cielos!!! He aquí lo que significaban todos esos vagos temores, he aqui la realizacion de todos esos presentimientos sombrios!! Pero él... él... un rey!

Mme. El corre mas peligro que nadie... porque la reina Catalina ha jurado su muerte.

Mar. Su muerte! Y por qué?

Mme. Porque mil predicciones, segun dicen, le aseguran el trono de Francia!

Mar. Oh!

Mme. Todo lo que se ha hecho es contra el rey de Navarra; todo se ha preparado con el solo objeto de traerlo á Paris... vuestro casamiento mismo no ha sido mas que una infame emboscada!

Mar. Y vuestro amor, señora?

Mme. Tampoco ha sido mas que un medio... mi amor me ha sido impuesto por la reina madre.... que creyó que sus órdenes hallarian ciega obediencia en mi pobre corazon!

Mar. Pero... con qué objeto os mandó que le amáseis?

Mme. Con el objeto de que aun siendo vuestro esposo, os despreciase... para que el rey lo aborreciera... y decretára su muerte sin que vos, celosa y ofendida, la impidiéseis con vuestras lágrimas... Y esa muerte la preparan... lejos de vuestro cuarto... hoy, la noche misma de vuestras bodas... porque en vuestros brazos, á vuestros propios ojos no se atrevian á hacerlo.

Mar. Ah! Todo lo comprendo! Ahora conozco lo que queria saber Alenzon... Pero... Enrique... Dónde está? Dónde está el rey de Navarra?

Mme. No lo sé! Yo venia á preguntároslo!

Mar. Hace pocos instantes que salió de aqui... Oh! si yo lo hubiera sabido...

Mme. Dios mio! Qué haré...! Ah! Perdonad, señora! Qué hareis?

Mar. Buscar al punto á mi hermano Carlos. El rey de Navarra está bajo mi amparo, le he prometido alianza franca y leal... y seré fiel á mi palabra, aunque me costase la vida!

Mme. Si, si. Apresuráos.

Mar. Seguidme. (*van á partir apresuradas. La puerta del corredor secreto se abre y aparece en ella la reina Catalina inmóvil en el umbral y con rostro frio y severo.*)

ESCENA VIII.

Dichas, la Reina Catalina.

Cat. Deteneos.

Mar. (*aterrada.*) Mi madre!!

Mme. La reina Catalina!!

Cat. (*adelantándose y con gravedad hácia Margarita.*) A dónde vais?

Mar. Señora.. Yo no puedo consentir que muera!

Cat. Silencio!

Mar. Oh! Piedad! piedad para él! dejadme salir!

Cat. (*asiéndola de una mano. Margarita se deja llevar aterrada con la imponente mirada de su madre hasta un sillon donde la sienta la reina Catalina.*) Este es vuestro puesto, Margarita. A nosotros solo toca mirar por la salud del reino. (*Margarita intenta suplicarle.*) Ni una palabra mas. Al rededor de esta cámara están los guardias del rey con orden de no dejar salir á nadie. Es inutil que intenteis la menor cosa. (*se oye el clamoreo de las campanas que tocan á rebato, y ruido y confusion en la calle.*)

Mme. (*al oirlo.*) Ah! Señora! Esas campanas! Esos gritos de muerte!

Mar. (*levantándose.*) Madre, madre mia!

Cat. Esa campana es la de S. German L' Auxerrois! Esos gritos son el himno de la venganza, la voz de la justicia!

Mar. Dejadme! dejadme!

Cat. Margarita! (*pausa. Margarita queda inmóvil.*) Os he dicho que no podeis salir de aqui! (*á Mme. de Sauve.*) Seguidme vos, señora.

Mme. Oh! Perdonadme! Perdonadme!

Cat. (*yéndose con ella y al oido.*) Si callais cuanto ha pasado.

Mar. Escuchad! Una palabra! Una sola!

Cat. (*en el umbral de la puerta del corredor secreto.*) Hasta mañana. (*vase con Mme. Sauve y cierra trás si.*)

Mar. Ah!!

Gil. (*saliendo asustada.*) Dios mio! Qué noche tan horrible! Ah! señora... V. M. no sabe...

Mar. Gilona, has visto al rey de Navarra?

Gil. Yo no he visto mas que el confuso tropel que circula gritando y asesinando por las calles! Han pegado fuego á la casa del almirante, lo han muerto inhumanamente! Y aqui, aqui mismo.. No ois? (*rumor y pasos precipitados.*)

Mar. Cielos! Le matarian tambien en el Loubre?

Lam. (*dentro.*) Infames! Asesinos!

Gil. y Mar. Ah!

Mar. Si será Enrique! Oh! (*llaman violentamente al foro puerta.*) Corre! abre esa puerta!

Lam. (*dentro.*) Socorro!

Mar. No es su voz!

Gil. (*abriendo y sorprendida.*) Señora!

Mar. Qué veo! El conde de Lamole!

ESCENA IX.

Dichas, Lamole, *pálido, desordenado, sin sombrero, con la daga en la mano y con el coleto rasgado por las estocadas.*

Lam. Ah! Señora, amparadme! Están asesinando

á mis hermanos... Quieren asesinarme tambien... Me siguen! Vos sois la reina. Salvadme! (*cae desmayado en un sillon*)

Mar. Dios mio!

Gil. (*acudiendo al socorro de Lamole.*) Se ha desmayado!

Mar. Cierra, cierra pronto! serian capaces de penetrar aqui.

Gil. (*cerrando la puerta.*) No... Se dirigen hácia la galeria del Norte... Ya se alejan. (*cierra.*)

Mar. Qué veo! Sangre!

Gil. Está herido..! Herido de dos estocadas!

Mar. (Oh! Y es asi como debia volver á verle!)

Gil. Infeliz!

Mar. (*asiéndole de una mano.*) Está frio como el mármol... Ah! creo que vuelve en si!

Lam. (*volviendo en si y encontrándose su mano entre las de Margarita.*) Ay! Perdonadme, señora... una lucha continua y desesperada! Las heridas que he recibido!.. Dios mio! Mi mano entre las vuestras..! Oh! siento que su calor me dá la vida... me vuelve el ánimo, y alienta mi esperanza..! Oh! no... no la retireis por piedad!

Mar. Conde... (*llaman á la puerta.*)

Gil. Llaman!

Mar. (*soltando á Lamole.*) Ah! (*Lamole se levanta desfallecido.*)

Duq. (*dentro.*) S. M. la reina Margarita...

Gil. Es la duquesa de Nevers.

Mar. Enriqueta..! dónde ocultaros? Ah! en tu cuarto, Gilona.

Gil. Si, si.

Mar. Eres tú? (*preguntando á Enriqueta.*) Haced un esfuerzo, caballero... entrad ahí... (*en voz baja á Lamole.*)

Lam. Cómo agradeceros. (*id.*)

Mar. Apresuraos. Abre, Gilona.

(Gilona conduce á Lamole á la segunda puerta izquierda. El entra y cierra. Gilona se queda en la escena y abre la puerta del fondo.)

ESCENA X.

Margarita, Gilona, *la* Duquesa de Nevers, *seguida de ocho alabarderos.*

Mar. (*viéndola entrar.*) Ah! No vienes sola!

Duq. No. Mr. de Guisa ha puesto á mi disposicion ocho alabarderos para que me acompañen á mi casa... Y vengo á dejarte cuatro, porque esta noche pueden ser necesarios á los mas poderosos las guardias del duque de Guisa.

Mar. Oh! Qué horrorosa noche!

Duq. Pues á mi no me parece tal... Soy buena católica y...

Mar. Si yo te contase .. Pero, no, dime primero si has visto á Enrique...

Duq. A Enrique? (*riendo,*) Con que interés lo preguntas... (*nuevo rumor.*)

Mar. Qué es eso?

Enr. (*dentro.*) A mi, Navarra! á mi!

Mar. Es él!

Duq. Tu esposo!

Enr. (*saliendo seguido de cuatro caballeros y espada en mano.*) Paso, miserables! (*á los alabarderos que se apartan para dejarle pasar.*)

ESCENA XI.

Margarita, Gilona, Duquesa de Nevers, Enrique, *Caballeros de Navarra;* Mr. de Nancey, *seguido de la guardia de palacio.*

Mar. Señor... Qué es lo que sucede?

Nan. (*á Enrique.*) En nombre del rey... entrégueme V. M. su espada.

Enr. Mi espada!

Mar. Mr. de Nancey...

Nan. Perdone V. M., señora, pero tengo que responder con mi cabeza del cumplimiento de esta órden.

Mar. Como!! (*á Enrique.*) Señor... Ya lo ois... ya conoceis tambien la situacion en que nos encontramos... Toda resistencia seria inútil, y estos caballeros que os acompañan... moririan por vos .. si, mas no lograrian salvaros. Por ellos, señor... por la justicia de vuestra causa.. por la lealtad que hácia mi hermano habeis mostrado siempre... ¿Concedereis (*bajo.*) á vuestra fiel aliada, á la que lo es y será, suceda lo que quiera... la gracia de ser depositaria de ese acero?

Enr. Qué me pedis?

Mar. Me concedereis esa gracia, Enrique? Hace una hora os di mi mano como prenda segura de confianza... yo os exijo tambien otra prenda: dadme vuestra espada.

Enr. (*dándola.*) Margarita... á vos sola, pero permitiendo antes libre paso á los que me acompañan.

Mar. Mr. de Nancey... Es una capitulacion que pondré en conocimiento de S. M. Puedo esperar que vos...

Nan. Mi órden era tan solo arrestar al rey Enrique de Navarra. Cumplido esto... no tengo por qué oponerme á vuestro deseo.

Mar. Gracias, Mr. de Nancey. (*á los caballeros navarros.*) Señores...

Un paje. (*saliendo.*) S. M. el rey Carlos IX! (*anunciando en alta voz.*)

Mar. Mi hermano! (*movimiento general.*)

Enr. El rey!

ESCENA XII.

Dichos, El Rey, La Nodriza, Pajes *y* Guardias.

Car. Mr. de Nancey... Mr. de Nancey... (*mirando á Enrique desarmado.*)

Nan. Señor...

Car. Bien.. Eso es... Mis órdenes están cumplidas.

Enr. Acabo de ser arrestado al salir de mi habitacion, señor... La hospitalidad que se me debe, mi alta gerarquía, mi parentesco con V. M. se han despreciado vilmente.

Car. Ya hablaremos de eso los dos.

Mar. Pero... oidme antes, Carlos, oidme.

Car. Para qué? No tengo ganas de escuchar suspiros ni súplicas. Ola! Donde está mi nodriza? Y mi perro? Ah! (*viéndole.*) Acompaña á mi hermana. Adios, Margarita! (*despidiéndola.*)

Duq. Si V. M. me lo permite, yo misma me encargaré...

Car. Calle! Estábais vos ahi, duquesa? Mala noche es esta para hallarse fuera de su casa... Bien que vos sois de los escojidos...

Nod. (*bajo.*) Pero Carlos, es verdad lo que dicen?

Car. Qué?

Nod. Que están asesinando á todos los hugonotes?

Car. Y eso que te importa á ti?

Nod. Es que yo pertenezco á su religion.

Car. Como! Pobre Berta! Entonces, ocúltate donde no te vean, y ruega á Dios que no lo sepa mi madre, porque... no habria remedio para ti.

NOD. Carlos! Y es eso lo que me respondes, á mi... á mi, de quien no te has separado desde tu nacimiento!

CAR. Basta! (*alto.*) Señores... dejadme solo... tengo que hablar con el rey de Navarra.

MAR. Hermano mio!

CAR. He dicho que me dejen solo. Lo entendeis?

DUQ. (*al rey Carlos.*) El cielo guarde á V. M.

CAR. A dios! A dios! (*despidiéndolos á todos se queda solo con Enrique.*)

MAR. (*á Gilona.*) Sígueme.

ESCENA XIII.

EL REY CARLOS, EL REY ENRIQUE,

(Se quedan los dos silenciosos el uno frente del otro. l rey Carlos va á hablarle y se detiene: vuelve á hacer) mismo y espera con señales de impaciencia que Enrie le dirija la palabra: cuando vé que continua callando sclama.

AR. Voto á..! Creo que no estareis descontento de hallaros cerca de mi, y no en otra parte. No es verdad, Enrique?

NR. Si señor. Porque siempre me hallo gustoso al lado de V. M.

AR. Mas gustoso (*sonriendo maliciosamente.*) que allá abajo?

NR. Dónde?

AR. En las calles.

NR. No comprendo...

R. Mirad... y comprendereis.

(Se dirije, llevando á Enrique de la mano, á la ventana: abre y se ven algunas llamas y se oye choque de espas y rumores confusos.)

IR. (*alarmado.*) En nombre del cielo... Qué es lo que pasa esta noche?

R. Esta noche, caballero, me quitan de enmedio á todos los hugonotes.

R. Qué escucho!

R. (*señalando con el dedo.*) Veis aquellas llamaradas rojizas y aquel incendio que se aumenta mas allá del palacio de Borbon? Es el fuego que consume la casa del almirante! Veis aquel cuerpo mutilado que conducen al hombro algunos buenos católicos..? Es el cadáver del yerno del lmirante, de vuestro amigo Teligny,

R. (*buscando su espada.*) Y estoy desarmado! Oh! Traicion inicua! Mi espada! Dónde está mi espada?...

. Y... qué quereis hacer con ella?

. Mi espada, señor.... ó matadme con los mios.

. Pero... eso es que no me habeis entendido?

. No, no quiero oir, no quiero ya saber nada!

. He dicho que no he de dejar con vida un olo hugonote! Lo comprendeis, Enrique? Ni uno! No soy el rey por ventura? No mando?

. Si, pero V. M...

. Mi magestad mata y aniquila en estos momentos todo lo que no es católico... Sois vos atólico ó hugonote?

. Señor, recordad que vos mismo habeis dio... «Qué importa la religion de quien me rve lealmente?.»

. Ah! Mis propias palabras! *Verba volant*: como dice mi hermana Margarita. Si... si... los ugonotes me servian bien.... Ya lo creo....! emasiado bien...! se introducian en todas pars, se apoderaban de todos los honores, de tos los empleos, de las rentas, de la marina... de la milicia... Y uno (*con intencion.*) por último mas atrevido que todos los demas... ponia ya el pié sobre mi trono!! Pero mañana no habrá hugonotes; lo ois, Enrique? Mañana no brá ni uno tan solo!! Lo ois?

ENR. Si.

CAR. Pero... me comprendeis?

ENR. Os comprendo.

CAR. Y no me contestais?

ENR. Si... os contesto.

CAR. Qué?

ENR. Que si esos pobres mártires han perecido por no cometer un perjurio cuando les habria sido facil ocultarlo en su oscuridad, el rey de Navarra, á quien le proponen lo que á ellos les propusieron, sabrá imitar el ejemplo de esos valientes!

CAR. (*asiendole del brazo.*) Oiga! Crees que he sido con ellos tan generoso como contigo, ofreciéndoles como á ti te ofrezco el arrepentimiento?

ENR. (*desasiéndose con energia.*) Señor... Estamos solos... Uno en frente del otro!

CAR. (*soltándole amedrantado.*) Qué es lo que intentas?

ENR. (Dios mio! dadme fortaleza!)

CAR. Habla, habla.

ENR. Por ventura no querreis vos morir en la religion de vuestros padres?

CAR. Si. Por mi nombre! Y tú?

ENR. Yo tambien. (*tranquilamente.*)

CAR. Pues bien... ahora mismo. (*sacando una espada y disponiéndose á herirle.*)

ENR. Señor... Soy vuestro hermano!

CAR. Mil rayos! Es que esto no puede quedar asi. Responde. Eres católico ó hugonote?

ENR. Envainad primero esa espada!

CAR. (*viendo á Enrique dispuesto á lanzarse sobre él.*) Enrique.... Enrique... Hablemos en paz... (*retirándose.*)

ESCENA XIV.

Dichos, LA REINA CATALINA, *saliendo por la puerta secreta.*

CAT. Y por qué?

CAR. Mi madre! Oh! venid, venid.

CAT. El rey de Navarra no acata vuestro mandato?

CAR. No, no... Se niega á todo.

CAT. Y me llamais para oir de su boca su insultante negativa!

CAR. Es.... es que es el esposo de mi hermana. Por esto vive aun.

ENR. Ya lo ois, señora.... mis mas crueles enemigos me aborrecen menos que vos!

CAT. Crei encontraros sumiso y os hallo muy altivo.

ENR. Altivo, si, como mi alma, como mi corazon... Ah! Pensais que ignoro cuanto habeis hecho en contra mia! Pensais que desconozco el funesto complot que habeis formado!

CAT. Yo? Caballero. ..

ENR. Vos, si. Vos que hicisteis de vuestra hija el instrumento que debia perdernos á todos! Vos que esta misma noche habeis conseguido el separarme de mi esposa, para que ella sufriese el pesar de verme perecer en su presencia.

ESCENA XV.

Dichos, Margarita *y la* Nodriza, *seguida de Acteon, perro del rey.*

Mar. (*saliendo.*) Si; pero ese proyecto no se realizará. (*con entereza.*)
Car. *y* Cat. Margarita.
Mar. Perdonadme... Todo lo he estado oyendo, y vengo á cumplir mi deber, á salvar á mi esposo.
Cat. Tú!
Mar. (*á Enrique.*) Enrique, vos me habeis acusado con razon y sin ella. Con razon porque he sido en efecto el instrumento de que se servian para perderos à todos; sin ella, porque yo ignoraba que fraguasen vuestra ruina... Pero cuando lo he sabido, he recordado mi deber... y no os he perdido de vista desde que os quedásteis en este sitio con mi hermano. Héme aqui. pues. Sea cualquiera vuestra suerte.... la seguiré.... Os he jurado alianza eterna, y vengo á cumplir mi juramento.
Car. Qué dices, Margarita? Oh! Tu principal deber es aconsejarle que se haga católico.
Mar. Carlos... Por vos mismo no debeis exijirle semejante cobardia... Es un principe de vuestra casa... Es mi esposo... Es en fin, un hermano vuestro!
Cat. Margarita, reflexionad...
Car. (*à Catalina.*) Si, si... tiene razon. Casi puede decirse que Enrique es mi hermano!
Enr. Señor...
Mar. Oh! Vos mismo lo habeis dicho. Carlos!.. os negareis ahora á volverme mi esposo! á mi! A vuestra Margarita, á quien siempre habeis querido tanto!
Enr. Señora... No intercedais por mi, cuando la sangre de tantas victimas salpica ya los muros de este sombrio palacio.
Mar. Por piedad, Carlos! Su vida! su libertad! Os lo pido de rodillas.
Car. Qué haces? Vaya... levanta. Está concedido. Llévatelo de aqui.
Mar. Gracias, hermano mio. Gracias! Oh! Venid. Enrique, salgamos!
Enr. (*al rey.*) Señor...
Car. (*bajo.*) Basta: retiraos, Enrique. No conoceis que hay un volcan bajo vuestros pies? (*alto.*) Adios, caballero. (*Margarita se vá con Enrique.*)
Mar. (*bajo á Enrique.*) Venid.
Car. Cielos! (*se oye rumor otra vez y se ven mas llamas.*) Mas estragos! Mas sangre todavia! (*se asoma á la ventana.*) Ah! Qué espantoso cuadro! (*cierra velozmente la ventana y se sienta en el sillon.*)
Nod. Qué horror!
Car. Madre... madre mia... se han sacrificado millares de victimas! Creeis que Dios me lo perdonará?
Cat. No. Porque se ha salvado nuestro mas mortal enemigo.
Car. Entonces... es decir que entonces... todo lo que se ha hecho era sólo por él... contra su vida!
Cat. Carlos... llegué á creer que erais un gran politico... y ahora veo que no sois mas que un niño. (*vase.*)
Car. (*llamándola.*) Madre mia!
Nod. Oh! No la escuches, Carlos, no la escuches.
Car. No oyes que condena el que haya perdonado á Enrique?..
Nod. Si, pero en cambio el cielo tendrá ese perdon en cuenta el dia de la justicia...
Car. Dicen bien... Oh! que carga tan pesada es la corona! Como me abruma! Dios mio...! ahora... Ahora que estoy solo me siento mas tranquilo, mas... Y mi perro?.. Acteon! Acteon!.. (*Acteon, se acerca por un lado poniendo su cabeza sobre las rodillas del rey. La Nodriza por el otro casi de rodillas.*)
Nod. Pobre Carlos!
Car. (*con una mano sobre la cabeza del perro y otra en la espalda de la Nodriza, y alzando los ojos al cielo.*) Ah!! He aqui tal vez las dos únicas criaturas de las que no seré maldecido mañana. (*cuadro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAGES DE ESTE ACTO.

El rey Enrique de Navarra.	Demuy.
La reina Margarita.	La duquesa de Nevers.
El duque de Alenzon.	Rene.
Lamole.	Gilona.
Coconas.	Julieta.

Un salon en casa de la duquesa de Nevers. Puerta al fondo y cuatro laterales.

ESCENA PRIMERA.

El Duque de Alenzon, Rene, *este aparece en la escena; el* Duque *sale por el fondo derecha del público.*

Rene. (*al duque que sale.*) Larga ha sido la conferencia!
Alen. Si, ha durado mas de lo que yo creia. Estabas impaciente?
Rene. No, monseñor. Al llegar con vos á casa del duque de Guisa, me resigné á esperar largo rato, porque desde luego me figuré que la multitud de caballeros que vienen á felicitar al duque por su triunfo, no abandonaria estos salones facilmente.
Rene. Y... Salis satisfecho de esa entrevista?
Alen. No, por vida mia.
Rene. Cómo! defenderá el duque por ventura á ese condenado Enrique que Dios confunda?
Alen. Está muy lejos de protejerlo, pero..... tú mismo sabes el cambio repentino que se nota en Enrique de Navarra hace veinte dias.
Rene. Si; desde la noche de San Bartolomé! Es inesplicable!
Alen. Tú mismo le has visto abjurar de sus creencias, ostentar una devocion sin limites, sonreir á mi madre como pudiera hacerlo á su mas fiel amigo, estrechar cordialmente mi mano, renunciar á toda especie de confianza y relaciones con sus antiguos partidarios!
Rene. Es cierto, pero... olvidais que mis profundas investigaciones, olvidais que su horóscopo le señala un porvenir harto funesto para no

otros? Ademas... no recordais que la reina Margarita...

ALEN. Mi hermana? Mi hermana es quizá aliada suya... ó por mejor decir, lo es sin duda.

RENE. Pero el corazon de la reina Margarita no es de su esposo y os he dado de ello una prueba. Ese secreto que he sorprendido, esa prenda de que he logrado apoderarme y que he puesto en vuestras manos, puede despertar en el rey de Navarra los celos y la indignacion; vuestra hermana será el blanco de esa indignacion y de esos celos, y una vez ofendida... Creedme, el ódio de ellos dos puede llevarnos al logro de todas nuestras esperanzas; puede vengaros de él; puede tranquilizaros respecto del trono de Francia; puede, en fin, daros desde luego al de Navarra.

ALEN. Y... Quién sabe si esa pasion de Margarita es tal como nosotros creemos, quién sabe si eso que tú llamas una prueba lo será ó no?

RENE. Quereis convenceros de ello?

ALEN. Habla.

RENE. La duquesa de Nevers es su mas íntima amiga, es la depositaria de sus secretos. En su casa nos hallamos. Intentad con la mayor reserva y discrecion que ella os lo confiese todo.

ALEN. Si, si. Tú me indicas un medio que puede ponerse en práctica con algun resultado, y que voy á probar inmediatamente!

RENE. Pero... inmediatamente.

ALEN. Desde ahora.

RENE. Este salon pertenece á las habitaciones de la duquesa... En él os dejo... Despues, y cuando hayais vuelto al Louvre, me permitireis que me presente en vuestro cuarto. Entretanto voy á ponerme á las órdenes de la reina Catalina vuestra madre. Guardeos el cielo.

ALEN. Adios. (*René se vá por la puerta del fondo; de pronto vuelve y dice apresuradamente á Alenzon.*)

RENE. (*en voz baja.*) El rey Enrique de Navarra.

ALEN. Enrique?

RENE. Guiado por un escudero.

ALEN. Enrique en esta casa? Es incomprensible! Ah! Que no sepa que estoy aqui. (*se oculta en un cuarto de la derecha.*)

ESCENA II.

EL DUQUE, *escondido*, RENE *á la puerta del fondo.* ENRIQUE, DEMUY *lo guia disfrazado de escudero.*

RENE. (*se inclina profundamente al pasar Enrique y se va.*)

ENR. (*le devuelve el saludo y se le queda mirando hasta perderlo de vista. Diríjese en seguida al escudero.*) Agradezco tu solicitud, pero ya te he dicho que sé muy bien el camino.

DEM. Es que...

ENR. Déjame.

DEM. Señor...

ENR. Qué es eso? No puede acaso recibirme tu amo?

DEM. Mi amo!... Yo no reconozco en nadie sino en V. M. el derecho de serlo.

ENR. Como! Ese lenguage...

DEM. (*cara á cara.*) Me conoceis?

ENR. (*retrocediendo.*) Demuy!

DEM. Si... Demuy que ha escapado del sangriento furor de esos malvados, Demuy que á favor de este disfraz, ha intentado penetrar en el Louvre para veros, y que nunca ha podido conseguirlo!

ENR. Y á favor de ese disfraz te hallas tambien en esta casa!

DEM. Sirviendo al duque en la apariencia! Pero nunca creí encontraros en este sitio.

ENR. Vengo á visitar á mi amigo el duque de Guisa.

DEM. Vuestro amigo! Qué decis, señor! El mas encarnizado enemigo vuestro! Oh! Es preciso que me oigais un solo instante!

ENR. Pero...

DEM. Es necesario. Os lo ruego. Os lo exijo.

ENR. Aqui?

DEM. Estamos solos. Yo os respondo.

ENR. (Por cuantas pruebas tienen que pasar mis recelos.) Conque... vives aun... pobre amigo!

DEM. Si... Vivo á despecho de ese infame René.

ENR. Oh! No hables asi de los amigos de la reina Catalina.

DEM. No quereis que maldiga al asesino de mi padre?

ENR. Maldigo yo por ventura á los de mi madre, Demuy?

DEM. Señor, vos sois rey... y sin duda os ha hecho Dios mas fuerte y mas sábio que los demas hombres .. pero... hablemos de una vez, porque nos falta el tiempo; seamos breves, en fin, porque las circunstancias lo exijen.

ENR. Di.

DEM. Es cierto que habeis abjurado nuestras creencias?

ENR. Demuy...

DEM. Responded.

ENR. (*haciendo un grande y violento esfuerzo.*) Si.

DEM. Pero... no puedo creerlo. Eso no os lo ha dictado vuestro corazon.

ENR. El corazon nos manda agradecer á Dios que nos haya salvado la vida..... y Dios me la ha salvado visiblemente.

DEM. Señor... confesadme una cosa.

ENR. Cuál?

DEM. Que si habeis abjurado no ha sido por conviccion, sino por cálculo, no porque Dios os haya librado de la muerte, sino para que el rey os dejase con vida.

ENR. Sea cualquiera la causa á que lo atribuyas, Demuy.... me encuentro en el número de los católicos.

DEM. Si, pero permanecereis siempre entre ellos? No recobrareis á la primera ocasion vuestra antigua libertad?

ENR. Qué dices?

DEM. Que esa ocasion ha llegado. La Rochela, señor, está sublevada; el Rosellon y Bearme solo esperan una señal; en Guinea todos aclaman la guerra; Navarra os aguarda y solo se trata de que voleis á ella.... Decidme únicamente que sois católico por fuerza, y yo os respondo del porvenir.

ENR. A ningun caballero de mi sangre se fuerza á nada. Lo que he hecho... lo he hecho libremente.

DEM. Pero... reflexionad, señor, que obrando de ese modo, nos abandonais cruelmente, nos haceis la mas grande traicion!

ENR. Yo, Demuy! Yo!

DEM. Si, vos... Porque mas de quinientos hugo-

notes han quedado ocultos en París con el solo objeto de protejer vuestra fuga y de acompañaros... porque todo está preparado para volveros la libertad y mas aun... para daros el trono.

Enr. (*silenciosamente echa una mirada en torno suyo: pausa. Despues se pasa la mano por la frente haciendo un esfuerzo visible para dominarse.*) Demuy! Demuy!... Soy católico; soy el esposo de Margarita, el hermano del rey Cárlos y del duque de Alenzon, casi el hijo de la reina Catalina; y al tomar este partido he calculado sus ventajas y sus inconvenientes... he aceptado todas las obligaciones que de él emanan. Demuy! Tu noble ardor te pierde!

Dem. Está bien. Yo diré á mis hermanos que al mismo tiempo que el rey Enrique nos rechaza, estrecha la mano y dá su corazon á nuestros verdugos!

Enr. (Ah!!)

Dem. Yo les diré que el rey de Navarra se ha hecho el amigo de la reina madre y de René. Oh! Por la primera vez de mi vida, temo, señor, que no me crean!

Enr. (*estrechando la mano de Demuy.*) Demuy... amigo mio... Adios.

Dem. Como!

Enr. Voy á ver al duque, solo he venido á visitarle... á asegurarle de mi afecto...! Adios. (*vase.*)

Dem. (*solo y admirado.*) Y era esto lo que yo pretendia escuchar de sus lábios! Y este es el hombre de quien el desgraciado Almirante me respondia como de sí mismo. Ah! (*viendo salir al duque.*)

ESCENA III.

Dichos, Alenzon.

Alen. (*saliendo del cuarto.*) Silencio, Demuy, porque algun otro que yo pudiera oiros.

Dem. Soy perdido!

Alen. Al contrario. Tal vez hayais encontrado lo que deseabais! Creedme, una sangre tan generosa como la vuestra, no se debe verter por un rey como Enrique de Navarra.

Dem. No os comprendo!.

Alen. Sabeis que tengo vuestra vida en mis manos!

Dem. Si.

Alen. Sabeis que todo lo he oido?

Dem. Cielos!

Alen. Tranquilizaos! Vuestros amigos, el reino de Navarra no necesita para su bienestar un gefe? Un rey?

Dem. Si, monseñor... pero qué quereis decirme?

Alen. Que ese gefe puedo serlo yo.

Dem. Vos!

Alen. Lo aceptais?

Dem. Vos! El duque de Alenzon?

Alen. Yo mismo... acatando por supuesto al rey Cárlos, y siendo el reino de Navarra feudatario de su corona!

Dem. Mas...

Alen. Esperais ya que Enrique se ponga á vuestra cabeza?

Dem. No.

Alen. No temeis que por asegurarse la amistad del rey pueda venderos?

Dem. Si.

Alen. Pues bien, seguidme. Mi palabra de honor os responde de vuestra seguridad. (Este es el mejor camino.) (*vase con Demuy.*)

ESCENA IV.

La duquesa de Nevers, Julieta, *despues* Margarita.

Duq. (*saliendo por la puerta izquierda del público*) Dices que ha llegado en una litera por la puerta del jardin?

Jul. Si señora. Pero no ha querido penetrar hasta estas habitaciones sin saber antes sino habia peligro de que la descubriesen.

Duq. Cómo! Pues acaso no viene diariamente aqui á la vista de todos?

Jul. Ignoro cual sea hoy la causa de ese misterio.

Duq. Ve á decirle que puede entrar.

Jul. Vedla..... Ella misma se dirije hácia aqui. (*señalando á la misma puerta por donde entraron.*)

Duq. (*en el umbral.*) V. M. puede pasar adelante sin temor.

Mar. (*saliendo*) Enriqueta...

Duq. Dejadnos y que nadie venga á interrumpirnos; que nadie pueda penetrar en este sitio. Podrá vuestra magestad decirme...? (*Julieta se va por la puerta del fondo.*)

Mar. Mi magestad te ruega antes de todo que recuerdes lo que tenemos convenido hace mucho tiempo.

Duq. Si... Que á los ojos del mundo sea yo vuestra respetuosa servidora... y á solas tu mas leal amiga, la confidente mas fiel de todos tus secretos. No es eso, Margarita? (*paseando las dos del brazo.*)

Mar. Si, si. Eso es.

Duq. Ni rivalidades de partido, ni perfidias de amor entre nosotras... Siempre francas, siempre ligadas por una alianza ofensiva y defensiva, con el solo objeto de encontrar alguna vez lo que llamamos felicidad.

Mar. Eso es.

Duq. Luego ocurre algo de nuevo.

Mar. No es nuevo todo cuanto sucede hace veinte dias?

Duq. Eh! Yo hablo de amor y no de política. Cuando lleguemos á la edad de la reina Catalina, tu madre, hablaremos en buen hora de los negocios del estado; pero... tenemos 20 años, querida Margarita, y debemos ocuparnos en otra cosa. Vaya... dime, te has casado de buena fé?

Mar. Con quién? (*Con afectada estrañeza.*)

Duq. Ah! Perfectamente. Me tranquilizas sobre ese punto. Con que no es lo que yo temia?

Mar. Al contrario, mi buena Enriqueta, me encuentro menos casada que nunca.

Duq. Diablo!.. Como dice cierta persona á quien yo conozco! Eres muy feliz!

Mar. Calle! Tú conoces á alguno que dice «Diablo.?»

Duq. Si.

Mar. Y quién es ese alguno?

Duq. Veo, amiga mia, que me interrogas cuando es á ti á quien te toca hablar. Acaba y yo empezaré en seguida. (*se sientan.*)

Mar. Pues bien. A eso voy. Has de saber, Enriqueta.... que tengo un escrúpulo...

DUQ. Un escrúpulo, de qué?
MAR. De religion. Haces tú alguna diferencia entre los hugonotes y los católicos?
DUQ. En política?
MAR. Si.
DUQ. Claro está.
MAR. Y en amor?
DUQ. En amor, Margarita, nosotras las mugeres somos de tal modo paganas, que en punto á sectas las admitimos todas; y en lo respectivo á Dioses reconocemos muchos.
MAR. En uno solo, no es cierto?
DUQ. Si, el que lleva carcax, venda en los ojos y alas. Pero, en fin... volvamos á tu escrúpulo. Ese hugonote...
MAR. Quién?
DUQ. (*remedándola.*) Quién! tu gentil caballero.
MAR. Como! Has adivinado que se trataba de un caballero?
DUQ. Pues no! Era acaso difícil?
MAR. Enriqueta... Oh! cree que ese hugonote, no es nada para mí ni lo será nunca.
DUQ. No importa... Existe?
MAR. Si. Pero milagrosamente.
DUQ. Y cuando le has conocido?
MAR. La noche de S. Bartolomé! No teniendo en París otro protector que el rey de Navarra, se refujió de improviso en mi cuarto.
DUQ. Donde el rey de Navarra no estaba!
MAR. Tú lo sabes mejor que nadie.
DUQ. Y donde ha continuado...
MAR. Estaba tan gravemente herido que no tuve valor para...
DUQ. Comprendo tu tierna solicitud, Pero sabes que no deja de ser molesto y peligroso velar por un hugonote herido... Sobre todo en dias como en los que nos encontramos? Y... vaya, qué has hecho de ese hugonote *que no es nada para ti ni lo será nunca*? (*sonriendo.*)
MAR. He hecho un convaleciente que habita en mi cuarto y á quien quiero salvar. Nada mas que esto.
DUQ. Es jóven, es desgraciado, está herido, tú le ocultas... en tus habitaciones y quieres salvarlo... Ese hugonote seria muy ingrato si no te demostrase el mas vivo agradecimiento. Ah! bien. Veo que cumples con...
MAR. Con la humanidad tan solo.
DUQ. La humanidad! Pobre Margarita! Esa virtud es la que nos pierde siempre á las mugeres! (*se levantan.*)
MAR. Por eso comprenderás que de un momento á otro, el rey, el duque de Alenzon, la reina madre, mi esposo mismo, en fin, pueden descubrir en mi habitacion...
DUQ. Con lo cual me quieres decir que guarde á tu hugonote en tanto que esté enfermo con la condicion de devolvèrtelo cuando esté bueno!
MAR. Burlona! No: juro que mis planes no llegan hasta el punto que tú crees. Pero si pudieses ocultar á ese pobre jóven y conservar su vida, te lo agradeceria eternamente. Tú tienes un gabinete muy semejante al mio. Pues bien, préstame ese gabinete. Y cuando mi hugonote acabe de curarse, lo cual será cosa de tres ó cuatro dias... abres la jaula y el ave volará donde quiera.
DUQ. No hay mas que una dificultad, Margarita... y es... que la jaula está ocupada.

MAR. Como! Luego tú tambien has salvado á alguno!
DUQ. Justamente. A un jóven, á un hèroe á quien vi luchar desesperadamente la noche de San Bartolomé, y á quien hice conducir aqui por mis guardias al verle caer herido. Pero hay entre nosotras una notable diferencia, y es, que al socorrer á Mr. Anibal de Coconás, he servido tambien á mi rey, á mi religion.
MAR. Se llama Anibal?
DUQ. Si. Es un nombre terrible, no es verdad? Pues.., créeme, su valor le hace digno de llevarlo.
MAR. Con que segun eso mi protegido no hallará un abrigo en el palacio de Guisa! Lo siento, porque este es el único parage donde no buscan á los hugonotes.
DUQ. Tranquilízate. Tu protegido lo será tambien mio, y puedes mandar que lo conduzcan aqui. Le alojaré en ese otro cuarto... Es decir, que cada uno tendrá el suyo.
MAR. Si he decirte la verdad... habia contado de tal modo con tu buen corazon y tu afecto hácia mí... que... he hecho que traigan desde luego á mi protegido.
DUQ. Y en donde está?
MAR. Abajo... en mi litera.
DUQ. Que suba al instante. Maese Ambrosio Paré los cuidará al mismo tiempo á los dos.
MAR. Ambrosio Paré! El cirujano de mi hermano! Oh! no, no: seria muy peligroso. Ademas que yo le he puesto en manos de otro doctor... que ha curado milagrosamente á Mr. de Bressé de una terrible estocada, recibida tambien aquella funesta noche, y que curará muy pronto á Mr. de Lamole.
DUQ. Nuestro hugonote se llama Lamole?
MAR. Si. Lerac de Lamole. Una gran familia de Provenza.
DUQ. (*sonriendo.*) Una gran famillia! Verás si lo apuramos mucho, como averiguamos todavia que sus abuelos han reinado... Oh! Seria una fortuna!
MAR. Por qué?
DUQ. Porque entonces tambien seria igual la alianza.
MAR. Loca! (*riendo.*)
DUQ. Vaya, que suba ese gentil caballero.
MAR. (*llamando.*) Gilona! (*Gilona aparece en la misma puerta izquierda del público.*) Acompaña hasta aqui á Mr. de Lamole.
DUQ. Me permites entretanto que vaya á informarme de la salud de mi católico?
MAR. Con mucho gusto.
DUQ. (*Toca una campanilla.*)
JUL. (*saliendo.*) Señora...
DUQ. Un joven caballero va á habitar ese cuarto. (*señalando al cuarto derecha del público.*) Está herido como el conde Anibal, y te recomiendo, no solo el mayor sigilo, sino que tengas para con él las mismas consideraciones que para con el otro convaleciente. (*á Margarita.*) V. M. me hallará en mi cuarto. (*á Julieta.*) Sígueme ahora. (*se va con Julieta.*)

ESCENA V.

MARGARITA, *despues* LAMOLE *y* GILONA.

MAR. (*sola.*) Enriqueta... Qué atolondrada! Pero como lee en el fondo de mi corazon!

GIL. (*dentro.*) Entrad, caballero.

MAR. (*adelantándose á la puerta.*) Si, si. Pasad adelante.

LAM. (*saliendo algo débil aun y pálido.*) Señora.....

MAR. Os habeis fatigado mucho en el camino?

LAM. No. Porque los buenos cuidados que habeis tenido para conmigo han producido sus frutos desgraciadamente.

MAR. Desgraciadamente? Esplicáos, caballero; no os comprendo.

LAM. Oh! si yo no hubiera recobrado tan pronto mis fuerzas... vos no hubiérais tenido valor para desterrarme como ahora lo haceis de vuestro lado.

MAR. Es... es que á mi lado no estábais seguro: y por vos mismo...

LAM. (*ardientemente.*) Y quién os dice, señora, que yo no habia preferido morir allí á vivir en otra parte?

MAR. Veo con pesar que no estais aun en vuestra convalecencia como creiamos, puesto que no os ha abandonado el delirio.

LAM. Cuando no lo he tenido? Desde que me hallé en el Louvre frente de vos... ya no he abrigado otro pensamiento que el de contarme en el número de vuestros mas fieles servidores para veros todos los dias, para perteneceros siempre!

MAR. Oh! Los servidores de vuestra edad, caballero, son tan peligrosos! Al menos, á los ojos del mundo! Asi pues, os buscaré otro estado.

LAM. Es decir, que puedo confiar en volver á veros, que debo esperar que esta separacion no sea eterna!

MAR. Si, esperad, Mr. de Lamole. Yo me guardaré muy bien de quitar la esperanza á un pobre herido... porque ella es el mejor médico del mundo... (*pausa: los dos guardan silencio.*)

LAM. Proseguid, por piedad!

MAR. Solo tenia que deciros que os hallais en casa de la duquesa de Nevers.

LAM. Cielos!

MAR. Tranquilizáos. Que os hallais en sus propias habitaciones donde nada os faltará, ni nada teneis que temer. En un cuarto vecino á este se halla tambien otro caballero herido como vos la noche de San Bartolomé. Si... como es muy posible, ese jóven fuese por acaso de una creencia distinta de la vuestra, olvidad que sois hugonote.

LAM. Señora, yo os prometo que el recuerdo de vuestras bondades borrará la memoria de todas mis ofensas. (*oscurece.*)

MAR. Gracias, caballero, y dispensadme si os dejo; pero se vá haciendo tarde, y tengo que hablar aun con la duquesa. Mr. de Lamole, hasta la vista.

LAM. Oh! Concededme el que bese vuestra mano. (*de rodillas.*)

MAR. Conde, hay dos clases de personas á las cuales es preciso no rehusar nada. Los niños... y los enfermos. (*alargándole graciosamente la mano.*)

LAM. Ah!

(Besándola con entusiasmo, Margarita se aleja sin dejarle de mirar de cuando en cuando hasta desaparecer. Entretanto Lamole continúa de rodillas siguiéndola conmovido con la vista.)

ESCENA VI.

LAMOLE, *solo.*

Oh reina querida! Pedidme mi sangre, mi vida, mi alma... todo menos el que yo deje de amaros, porque entonces de esclavo me tornaria en rebelde! (*deja su espada sobre un sillon y se sienta muellemente sobre unos cogines.*) Pero no! Ella no me exijirá semejante sacrificio! Ella... tan hermosa... tan celestial! Cómo no ha de ser adorada?... Creo que siento ruido... Si. Una puerta se abre... alguien se acerca.

ESCENA VII.

Dicho, COCONAS *que sale por la puerta izquierda. E completamente de noche.*

COC. (*saliendo apoyándose en una espada envainada.*) Diablo! Me alegro por quien soy de tene un vecino; al menos me hará compañia en mi horas de soledad, y esto es algo. Luego la du quesa me ha dicho que es un bizarro jóven. Ay! ay! pícara espalda! La siento mas aun qu la cabeza... sino fuera porque á veces sien mas el pecho que la espalda.

LAM. (Ola! Este debe ser ese jóven herido quien me ha hablado la reina.)

COC. (Creo que está aqui.) Caballero?...

LAM. Tengo el honor de saludaros.

COC. Si no me engaño sois la persona á quien h destinado esa otra habitacion.

LAM. Si.

COC. Conque... entonces... somos vecinos.

LAM. Parece que voy á tener ese honor.

COC. El honor es mio.

LAM. Oh! Permitid...

COC. Y... habeis sido herido?

LAM. Harto mal por mi desgracia. Pero tambi me han hablado de cierto accidente que a mismo os ha sucedido á vos...

COC. Cierto accidente? Decid mas bien un sin mero de cuchilladas... Dónde diablos enc traré un sillon? Me siento tan débil...

LAM. Cómo yo. Pero por fortuna he hallado un celente cogin, y si quereis participar de blandura...

COC. Con mil amores. (*se sienta y pone su esp detrás de los cogines.*) Ajá! Perfectamente! se vé, aun no tengo bien firmes mis pier y... cuáles son vuestras heridas...? podeis c tarme...

LAM. Yo, caballero, he recibido una estocad el pecho, y un golpe de daga en el brazo.

COC. Ahi es una friolera!

LAM. Pero gracias á Dios y á mi médico... ya siento casi bueno, y sobre todo bastante fu para habérmelas con los traidores que qui ron asesinarme.

COC. Es una venganza muy justa. Oh! Y cu deis con ellos, no haya cuartel. Eso mi pienso hacer yo con el que me disparó ci bala... (*tocándose en el hombro.*) Pero cóm sucedió ese percance?

LAM. Os lo contaré! Figuráos que llego á Pa mismo dia de San Bartolomé.

COC. Bien! Como yo.

LAM. Tenia aquella noche graves asuntos Louvre.

Coc. Lo mismo que yo.
Lam. Y procuré alojarme por allí cerca.
Coc. Exactamente como yo. Qué simpatia!
Lam. Me detengo, pues, en una calle vecina, y delante de una muestra de la mas alta apetitosa apariencia, muestra tan engañadora como el acojimiento del posadero.
Coc. Ah! Ya! os desolló vivo!
Lam. Poco faltó para ello. Juzgad vos mismo. A la par mia llegó un caballero.
Coc. A la par vuestra?
Lam. Si.
Coc. A esa posada?
Lam. Precisamente. Un jóven, bien portado, de cabellos rubios... y con el cual ceno bajo la fé de los tratados.
Coc. Eh? (*retrocediendo un poco.*)
Lam. Me hace mil protestas de amistad, me invita á que me retire á mi cuarto... bien sabia para qué, el miserable!
Coc. Cómo! Pues. . qué intenciones le suponiais á ese... *miserable?*
Lam. Por mi nombre! Es muy facil de adivinar, que estaba de complot con mi huésped.
Coc. Y... ese huésped, cómo se llama?
Lam. Laburiere!
Coc. Ah!
Lam. No olvidaré nunca su nombre, os lo prometo. El bribon hace fuego sobre mi: por fortuna yo tenia en las manos mis pistolas...
Coc. Y entonces las disparais contra vuestro compañero como un torpe que sois.
Lam. Qué decis?
Coc. Voto al diablo!
Lam. Aguardad.
Coc. Mr. de Lamole!
Lam. Coconás!
Coc. Si, que quiso salvarte la vida y que en cambio se vió herido por ti, mal amigo!
Lam. (*levantándose.*) Infeliz!
Coc. Con que nos hemos de encontrar en todas partes? Oh! (*levantándose y buscando su espada.*) Dónde está mi espada?
Lam. (*cojiendo la suya.*) Ahora no tienes á tu lado á ese infame Laburiere.
Coc. Ni tú el Louvre para esconderte en él como un cobarde. (*desenvainando tambien su espada.*)
Lam. Acércate.
Coc. Aqui me tienes. (*riñendo.*)

ESCENA VIII.

Dichos, Julieta, *despues* Margarita *y la* Duquesa.

Jul. (*con una luz en la mano.*) Qué ruido! Cielos! (*viéndolos reñir.*) Señora Duquesa! (*llamando.*) Señora Duquesa!
Coc. Apresuráos voto á cribas!
Lam. Teneis prisa de morir?
Coc. Sois un valiente, Mr. de Lamole. (*la Duquesa Margarita y Julieta saliendo apresuradas.*)
Mar. Señores! (*interponiéndose.*)
Duq. Qué es esto?
Coc. (*deteniéndose.*) La Duquesa!
Lam. (*id.*) La reina!
Coc. (*á Lamole.*) Hasta otra vez, caballero.
Duq. Os lo prohibo, señor Conde.
Mar. (*á Lamole.*) Asi me cumplis vuestra promesa?
Lam. Perdonadme, señora, mas... ese hombre fué quien me persiguió hasta las galerias del Louvre la noche de San Bartolomé.
Coc. Oh! si llegas á caer en mis manos...
Mar. Habriais envainado vuestra espada al presentarme yo... como Mr. de Lamole lo ha hecho, y como vos lo vais á hacer en este momento.
Coc. Pero...
Duq. Obedeced, Anibal.
Coc. (*envainando su espada.*) Soy vuestro esclavo.
Duq. Esponeros asi, estando aun convaleciente.... Vea V. M. cuán pálido se ha puesto.
Mar. Señores... tened la bondad de escucharme. Vos, Mr. de Coconás, debeis la vida á la Duquesa.
Coc. Es cierto.
Mar. Vos, Mr. de Lamole...
Lam. Qué habria sido de mi sin V. M.?
Mar. Luego ninguno de los dos tiene derecho de rehusarnos la primera súplica que vamos á dirijirle.
Coc. Quién dudaria en acceder á ella?
Lam. El menor deseo de V. M., señora, es para mi un mandato.
Mar. (*á Coconás.*) Vuestra mano, señor Conde. La vuestra, Mr. de Lamole.
Lam. Cómo!
Duq. (*á Coconás.*) Vacilais aun?
Coc. (*algo irritado.*) Si... si... quiero decir, mis piernas son las que vacilan! Aquel maldito tiesto... ah! (*apoyándose en el respaldo de un sillon.*)
Duq. Se pone malo!
Lam. (*acudiendo á él.*) Caballero!
Coc. Nada, no es nada. Uno de esos desmayos... (*se sienta en el sillon y se desmaya.*)
Mar. Cielos!
Duq. Bien lo preveia! Julieta! Julieta!
Lam. (*á la Duquesa.*) Esperad. (*á Margarita.*) Decidme, no me traeis por ventura algun frasquito de ese elixir que mi doctor me ha suministrado tantas veces?
Mar. Ah! Si. Teneis razon. (*sacándolo de su escarcela.*)
Lam. (*tomándolo.*) Dádmele. (*acercándolo á los lábios de Coconás.*) Señor Conde... Señor Conde... procurad beber algunas gotas...
Coc. (Ah!) (*suspirando.*)
Duq. Ya vuelve en si.
Coc. (*volviendo de su desmayo.*) Qué me han dado? Paréceme que me han hecho beber la vida! (*reconociendo á Lamole.*) Diablo! Mr. de Lamole! Es á vos á quien debo este servicio? (*bebe otra vez.*) Ah! os juro á fé de caballero que he de ser desde hoy vuestro mas leal amigo!
Jul. (*apresurada.*) Señora Duquesa!
Duq. Julieta!
Jul. El Duque de Alenzon acaba de entrar en este instante.
Todos. Cómo!
Jul. Habia salido hace poco dirijiéndose al Louvre; pero ha vuelto cuando menos se esperaba.
Mar. Qué contratiempo. Ah! Mr. de Lamole, Mr. de Coconás, ocultaos. (*Coconás se levanta.*)
Duq. Si, si, no perdamos un instante; si llegase á entrar en estas habitaciones...
Coc. Diablo!
Lam. Si os dignais indicarme...
Duq. Pronto, seguidme.

(Todos se dirijen á la puerta segunda de la izquierda del público: cuando estan entrando por ella, aparece por la del fondo Enrique. Julieta lo vé y vá á dar un grito de sorpresa; pero Enrique lo contiene vivamente haciendo señal de que calle. Detenido en el fondo vé á Margarita, Lamole, y los demas entrar en el cuarto, baja á la escena; Julieta permanece aterrorizada é inmóvil.)

ESCENA IX.

Julieta, Enrique, *despues* el Duque de Alenzon *y* Demuy. *Al entrar* Margarita *vuelve la cabeza y vé á* Enrique.

Mar. (*vuelve hácia él.*) Ah!

Jul. (*Enrique vá á hablarla. Julieta mira por el fondo y dice.*) El señor Duque de Alenzon.

Mar. Mi hermano!

Enr. Que no os encuentre aqui. Retiraos. (*Margarita vá á salir por el fondo, Enrique la señala el cuarto donde antes iba á entrar.*) No, con la Duquesa.

(Margarita se vá con Julieta. El Duque de Alenzon aparece con Demuy; vé á Enrique y detiene á Demuy que se queda fuera.)

Alen. No creí encontraros en este sitio. (*á Enrique.*) Dispensad.

Enr. He venido en efecto á ver al Duque de Guisa.

Alen. Al duque de Guisa?

Enr. Por qué no? Estrañais que visite á mis amigos?

Alen. Y... habeis hablado con el Duque?

Enr. Largo rato.

Alen. De... los últimos acontecimientos?

Enr. De una romeria que hace mañana el rey Carlos, en la que le acompañaremos todos los buenos católicos, y de una partida de caza que se prepara en el bosque de San German.

Alen. Ah! de eso habeis hablado!

Enr. Si. Y ahora recuerdo que tenia que pediros un favor.

Alen. Oh! hablad.

Enr. Ya sabeis que no suelo distinguirme en nuestras partidas de caza por la destreza y el acierto. Desearia que el Rey Carlos estuviese acerca de este punto mas satisfecho de mi, y para conseguirlo quiero que me digais si podria yo encontrar algun libro donde aprender la monteria.

Alen. Ciertamente. Y... yo tendré el gusto de facilitaros uno... que para vos tan solo saldria de mi biblioteca.

Enr. Gracias, Alenzon, gracias.

Alen. Oh! No me sonrojeis. Desde vuestra abjuracion... puedo asegurároslo, no teneis un amigo mas sincero que yo. Cosa particular! Hoy estrechan vuestra mano los que ayer os miraban con recelo, y los que ayer os bendecian... hoy os maldicen.

Enr. No puedo comprender...

Alen. Qué diriais si de improviso os trasladasen á los secretos conciliábulos de los hugonotes que han escapado á la muerte, y donde el nombre de Enrique de Navarra se anatematiza y se maldice?

Enr. Vos lo sabeis?

Alen. Que diriais en fin, si un discreto servidor hubiera sorprendido prudentemente un grave secreto que atañe á vuestro honor y tal vez á vuestra vida? (*Margarita, que ha estado escuchando, abre la puerta en gran manera conmovida y sobresaltada.*)

Enr. Cómo!

Alen. Si un hugonote mas vengativo, mas osado que los demas, hubiese á favor de seductoras artes sembrado en el corazon de vuestra esposa la duda y el resentimiento, convirtiéndolos en pro de sus deseos, y en instrumento culpable de una inmoral venganza?

Enr. Diria... que el Duque de Alenzon, al revelarme ese secreto, me participaria al mismo tiempo que estaba ya lavada una mancha que sobre él, lo mismo que sobre mi, caia. Pero.... ya conoceis que esta es la época de las calumnias y de las acusaciones.

Alen. Si, pero á ese hugonote le han visto oculto en palacio; no se han apoderado de él hasta averiguarlo todo, y... han puesto en mi poder la prueba. (*agitacion de Margarita.*)

Enr. Ese brazalete...! (*formándolo de manos de Alenzon.*)

Mar. (*desde el fondo de la escena.*) (Cielos!) (*Enrique oye, aunque no completamente, la esclamacion de Margarita, vuelve la cara, la vé, y se domina completamente.*)

Alen. (Su alianza está desecha.) (*á Enrique.*) Qué me direis ahora?

Enr. (*sonriendo.*) Qué... que yo creí escuchar (*con aire de triunfo.*) alguna historia terrible, y.... (*volviéndose de pronto.*) Cómo! (*á Margarita finjiendo verla de primera vez.*) Vos aqui, Margarita? (*Margarita se adelanta turbada.*)

Alen. (Mi hermana!)

Enr. No esperaba que hubiéseis venido tan pronto. Os oi decir que hasta la noche no visitariais á la Duquesa.

Mar. (Qué dice?) (*alto.*) Sin embargo... (*finjiendo gran seguridad.*)

Enr. Llegais á tiempo. (*tomándola la mano y colocándola galantemente enmedio de los dos.*) El Duque se halla alarmado con el hallazgo de este brazalete vuestro... y ya iba yo á contarle cómo lo perdisteis... pero siempre vuestras propias palabras lo tranquilizarán mejor respecto de este asunto.

Alen. Eh? Cómo?

Mar. (*turbada vá serenándose por grados.*) Ese brazalete... Si. Hace algunos dias... la noche de San Bartolomé, y en el momento en que se habia trabado una refriega en las galerias del Louvre entre los guardias suizos... y algunos hugonotes... me dió compasion de uno de estos... estaba herido .. quise salvarle, y en la confusion perdi...

Enr. Ah! (*ap.*)

Alen. Y llevásteis al herido á vuestras habitaciones.

Enr. Si. Yo mismo dispuse... Entonces, duque, era yo aun su protector.

Mar. (Qué lenguaje!)

Alen. (Me está engañando!) Pero vuestro brazalete ha sido sin que ese hombre ni nadie lo supiera, sacado de un bolsillo de su trage.

Mar. Es cierto... pero ese hombre, ese hugonote....

Alen. Acabad. Ese hugonote ..

Enr. Murió, duque, murió.

Alen. Qué decis? (*Margarita mira con sorpresa á Enrique.*)

ENR. Esta mañana fué su cadáver sacado ocultamente de palacio.

ALEN. (Ha conocido mi intento.)

ENR. Ahora... Ya veis como por fortuna de todos se han disipado vuestras sospechas. Os felicito y me felicito á mi mismo. Margarita... Si habeis saludado á vuestra amiga, os llevaré en mi litera á palacio.

MAR. Cuando gusteis.

ENR. (*ofreciéndola el brazo.*) Dignaos aceptar... (*al Duque.*) Os quedais vos?

ALEN. Dispensadme.

ENR. Bien, bien. Entonces, hasta luego, querido Duque! (*llevando á Margarita del brazo.*)

MAR. (Lo he salvado.)

ENR. (*bajo.*) Margarita, destruir nuestra alianza seria destruir la primera condicion de nuestra existencia. (*vase con ella.*)

ALEN. (*que se queda mirándolos con despecho.*) Oh! Condenado bearnés! Tu escepticismo ha burlado mis deseos! Veremos si tu sagacidad burla tambien mi astucia! (*vase por el fondo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

PERSONAGES EN ESTE ACTO.

. REY ENRIQUE DE NAVARRA.	RENE.
. REY CARLOS IX.	DEMUY.
. REINA MARGARITA.	LAMOLE.
. REINA CATALINA.	COCONAS.
DUQUE DE ALENZON.	MR. DE NANCEY.
	GILONA.

Un salon en el Louvre,

ESCENA PRIMERA.

GILONA, *despues* DEMUY.

C.. (*mirando al fondo del corredor.*) Una capa co-or de cereza... un coleto tejido de blanco y ro... un birrete con pluma blanca... Si: él s. Por aqui, Mr. de Lamole, por aqui.

DM. Eh? quién...

G.. Ya lo sabeis. (*se oye por dentro la voz de Coconás.*)

C. (*dentro.*) Eh! Lamole! Lamole! En dónde iablos estás?

DI. Ois? Me vienen persiguiendo.

. Entrad pronto. (*á Demuy.*)

DI. Donde?

. En ese gabinete.

DI. Bien. (Gracias á Dios!)

. (*cerrando la puerta.*) Ya era tiempo.

ESCENA II.

GILONA *y* COCONAS.

C. (*saliendo.*) Lamole! Diablo! Corria como un esesperado.

I. Qué veo! Mr. de Coconás!

O. Si, á fe mia. Y bien fatigado por cierto. Habeis visto á Mr. de Lamole?

I. (*poniendo un dedo en los labios.*) Chisssst!

O. Qué?

I. Está ahi dentro.

O. Conque me hallo en las habitaciones de la ina de Navarra?

GIL. Cerca de ellas al menos.

COC. Ahora comprendo! Bien! bien. Yo me retiro. No quiero ser molesto. (*va á irse.*)

ESCENA III.

Dichos, LAMOLE, *en la puerta del corredor.*

LAM. Anibal!

COC. Lamole! Por donde has salido? (*estupefacto.*)

LAM. Por dónde? Qué quieres decir?

COC. Entiendo. Hay dos puertas y habrás dado un rodeo...

LAM. Cómo dos puertas?

COC. En ese gabinete.

LAM. Qué demonios me estás hablando?

COC. Calle! Tendrias acaso la pretension de hacerme creer que no has entrado ahi?

LAM. Cuándo?

COC. Hace tres minutos.

LAM. Estais loco? Decidlo vos, señora. No ha entrado Mr. de Lamole en ese gabinete?

GIL. Al menos yo lo he creido asi.

COC. Diablo! No me lo habeis dicho?

GIL. Y os lo repito... Pero pudiera suceder muy bien que hubiera sido otro con el mismo trage. Yo habia recibido orden de dejar entrar á un caballero que trajese una capa color de cereza y un birrete con pluma blanca...

LAM. Y bien?

GIL. Conoceis á alguno que tenga interes en penetrar aqui con ese trage, Mr. de Lamole?

LAM. No... A menos que... Cielos!

COC. Habla.

LAM. A menos que no fuese una traicion. Oh! Yo lo sabré.

GIL. A donde vais?

COC. Repara el sitio en que te encuentras.

LAM. Déjame, Coconás. Es preciso que yo sepa quien es ese hombre.

ESCENA IV.

Dichos, MARGARITA, *que sale por la puerta donde entró* DEMUY.

MAR. Mr. de Lamole! Qué agitacion es esa? Qué teneis?

LAM. Tengo, señora, que un desconocido, un traidor sin duda, se ha introducido aqui con mi trage...

MAR. No es posible, Mr. de Lamole, porque os estoy viendo con vuestra capa sobre los hombros... y... cosa singular..! Con vuestro birrete en la cabeza!

LAM. (*quitándoselo.*) Perdona V. M. Dios sabe el respeto que la tengo. Pero.... cuando un hombre se introduce hasta aqui de ese modo... fuerza es que mi espada le enseñe otro camino.

MAR. (*llamándole aparte.*) Lamole, ayer os dije, y os repito hoy, que vuesta existencia me pertenece á mi... á mi sola!

LAM. (*con afecto y en voz baja.*) Para siempre, señora.

MAR. (*id.*) Que era preciso renunciárais á esas tormentas políticas que cada momento comprometian vuestra vida, y que solo queria que conserváseis esta en una tranquila oscuridad, para que en ella pudiese yo consagraros el eterno afecto que mi corazon os profesa.

LAM. Ah! Señora... vivo por vos... y para vos existiré tan solo. Qué me importa el olvido de los hombres, si me dais un lugar en vuestra memoria?
MAR. Me lo jurais, Lamole?
LAM. Con toda mi alma.
MAR. Pues bien. Partid.
LAM. Tan pronto?
MAR. Pueden sorprendernos. Ya habeis visto como os descubrieron en palacio, como os quitaron mi brazalete, y gracias á la fria indiferencia de Enrique... en fin, tal vez mañana nos volveremos á ver.
LAM. Aqui?
MAR. Ya os lo avisaré como hoy lo he hecho. (*alto.*) El cielo os guarde.
LAM. (*bajo.*) Pero ese desconocido...
MAR. (*id.*) Desconfiais de mi? (*alto.*) Mr. de Coconás... Hace un mes os vi en casa de la Duquesa de Nevers jurar amistad eterna al Conde de Lamole! Os felicito por haber cumplido vuestro juramento.
COC. Señora... Siempre se ha dicho que las buenas cuchilladas hacen á los buenos amigos.
MAR. Adios. (*los dos saludan y se van.*) (*á Gilona.*) Dí ahora á Mr. Demuy que salga.
GIL. A Mr. Demuy?
MAR. Si. Está en mi gabinete. El es quien se ha introducido con un trage igual al de Lamole.
GIL. No comprendo... (*abre.*) Salid. S. M. os espera.
MAR. Cuida de que no nos sorprendan. (*Gilona se vá.*)

ESCENA V.

MARGARITA *y* DEMUY.

MAR. Caballero. En nombre de la buena lealtad que siempre distinguió á vuestros mayores, os pido me digais cuáles son vuestros proyectos al penetrar aqui con ese trage.
DEM. No sé mentir, y menos cuando V. M. me interroga. El Duque de Alenzon debe recibirme secretamente, y sabiendo no sé por qué medios, que Mr. de Lamole habia sido llamado por V. M., y que vendria por esa escalera, me envió este trage para que á favor de él equivocasen mi persona y presentarme yo en su cámara mas facilmente.
MAR. Pero con qué objeto?...
DEM. Perdone V. M., señora, si guardo acerca de él un profundo silencio.
MAR. Demuy, siempre os he tenido por uno de los mas decididos jefes del partido hugonote, por uno de los mas fieles servidores del Rey mi esposo... Me habré acaso engañado?
DEM. No. Porque hasta hace ocho dias lo era de todo corazon.
MAR. Y cuál es la causa de ese cambio repentino?
DEM. La causa, señora, es... que vuestro esposo ha abjurado... que vuestro esposo renuncia cobardemente la corona de Navarra.
MAR. Cómo! Es increible!
DEM. Y sin embargo, es la realidad. La sangre de tantas victimas, el honor de su nombre y el vuestro, su propia gloria, en fin, no significan nada á sus ojos. Por ventura le habrá tambien V. M. abandonado? Será debilidad hija del desaliento y de los desengaños?
MAR. Basta, Demuy, basta. No me acuseis de ese modo. No supongais ni un solo momento que he podido olvidar lo que ofrecí una vez.
DEM. Y os creerán todos los que opinan como yo?
MAR. Si. Porque sabré dar pruebas tan evidentes, que los obliguen á confesar lo contrario.
GIL. (*saliendo.*) S. M el Rey de Navarra.
DEM. Ah! Ya comprendeis que no puedo encontrarme aqui con él. Que el Duque de Alenzon me espera.
MAR. El Duque? No, no ireis.
DEM. Se lo he prometido.
MAR. Para fraguar sin duda algun plan horrible. No! Antes intentad el último recurso.
DEM. Y qué esperanza nos queda?
MAR. Ocultaos detrás de esas cortinas. Yo os lo suplico, caballero, yo os respondo que estais aqui tan seguro como en vuestra propia casa. Os negais aun...
DEM. No, señora, porque no quiero que nunca pueda acusarme mi conciencia... (*Demuy se oculta detrás de las cortinas del gabinete.*)

ESCENA VI.

MARGARITA *y* ENRIQUE.

MAR. El Rey de Navarra renunciar al trono! Yo condenada al desprecio de sus partidarios, yo acusada de traicion á la causa de mi propio reino! Jamás!
ENR. (*saliendo.*) Perdonad, Margarita, si mi presencia...
MAR. Vuestra presencia me era en este momento necesaria... y... el cielo sin duda es quien os envia.
ENR. Mucho me sorprenden vuestras palabras.
MAR. Y por qué? Es estraño por ventura que una mujer desee ver á su marido?
ENR. Entre marido y mujer... no digo lo contrario.
MAR. Y entre aliados?
ENR. Es cierto... No debí haberme sorprendido.
MAR. Entonces, hablemos, Enrique.
ENR. En buen hora, pero estamos solos? (*mirando al gabinete.*)
MAR. Absolutamente.
ENR. (Es decir que alguien nos escucha.) Antes de todo, Margarita, permitidme que os devuelva esta albaja. Hasta hoy no me he acordado. (*alargándola el brazalete.*)
MAR. (*turbada.*) Esa... albaja?
ENR. Dignaos recibirla.
MAR. (*tomándola.*) Si me fuese lícito el esplicar un suceso que en la apariencia me...
ENR. De ningun modo. Yo no os pregunto nada, porque nada sé, ni nada puedo presumir de acto generoso llevado á cabo por vos hácia hugonote, herido, por otra parte buen caballero y mi mas fiel partidario entonces. Con yo creí desde luego lo que debia creer, apo á vos para que dijéseis la verdad al Duq vuestro hermano. La verdad, pues, la supo no hay que hablar sobre ello una palabra. (*en tono amable.*) Me direis vos ahora, por qué era aqui urgente mi presencia?
MAR. Si, si. Al instante.
ENR. Hablad. (*Margarita echa una ojeada en cortinas.*) (Estan detrás de esa cortina!)
MAR. Olvidais, Enrique, nuestro pacto?
ENR. No.

MAR. Pues bien, en nombre de esa alianza hecha por nuestros corazones... os pido una respuesta franca y leal.

ENR. Estoy pronto á dárosla.

MAR. Es cierto, Enrique, que habeis abjurado?

ENR. Cuando se tienen veinticinco años, señora, hay cosas que bien valen un arrepentimiento.

MAR. Y una de esas cosas es la vida.

ENR. Tal vez.

MAR. Y estais seguro de salvarla por esé medio?

ENR. Ya sabeis que nadie puede estar seguro de nada en este mundo.

MAR. Luego... segun veo, renunciando á vuestra religion y á vuestra corona, renunciareis tambien á mi alianza, y con ella al porvenir, quizá á un mas brillante porvenir, Enrique.

ENR. (*se queda de pronto mirándola.*) Qué decis, señora?

MAR. Olvidais que vuestra esposa es una princesa de Francia? (*pausa, Enrique la observa.*)

ENR. Margarita, Margarita... yo no soy dueño en este momento de mi libre alvedrio. Yo haré siempre lo que el Rey de Francia me mande...

MAR. Oh! Esto es demasiado.

ENR. Qué decis?

MAR. Digo que al dudar de la palabra que os tengo dada, Enrique..... no sabeis cumplir la vuestra.

ENR. Os juro, señora...

MAR. Si, jurad que esa indiferencia no es una máscara conque tratais de encubriros; que cuanto me habeis dicho es la verdad y no un artificio, juradme...

ENR. (*bajo á Margarita.*) Juradme vos antes que no hay nadie oculto detrás de esas cortinas.

MAR. Oh! Siempre os crei noble y valiente, Enrique... (*levantándose.*)

ENR. Qué haceis?

MAR. (*dirijiéndose á donde está oculto Demuy.*) Salid, salid, caballero. (*Demuy se presenta.*)

ESCENA VII.

Dichos, DEMUY.

ENR. (*viéndole y sorprendido.*) Demuy!! qué significa esto?

MAR. Significa que es preciso que os entendais con él!

DEM. Señor!

ENR. Pero quién me responde de que podemos entendernos sin peligro?

MAR. Yo. No es cierto, caballero? No es cierto que puedo responder de vos, aunque ayer os vi estrechar cordialmente la mano del Duque de Alenzon?

ENR. Cómo! Alenzon os ha hecho parcial suyo? Responded con franqueza.

DEM. Vos teneis la culpa... puesto que con tanta obstinacion habeis rehusado el trono de Navarra.

MAR. (*á Enrique.*) Pero esa renuncia es verdadera, Enrique?

ENR. Por mi nombre, señora, que me admira cuanto os estoy oyendo. Qué quereis que responda á un hombre que se llama Demuy, y al cual acechan noche y dia? A un hombre que me habla de trono y de rebelion á mi, príncipe tolerado tan solo porque me ven humillar la frente; hugonote á quien perdonan porque me finjo católico...! Y aun os quejais de que yo no aceptára ninguna proposicion? Aun no teneis en cuenta que se me hacian en un sitio desconocido para mi... En una habitacion de la casa del Duque de Guisa! Pardiez! No recordais que os dije que vuestro ardor juvenil podia perderos? (*á Demuy.*) Olvidais que la corte de Francia es hoy el borde de los mas horrorosos precipicios?

MAR. En fin, Enrique; el tiempo urje... Vos .. yo misma no puedo consentir que vuestros vasallos os calumnien y me maldigan creyéndome autora de vuestra indiferencia hácia ellos.

ENR. Mi indiferencia! Oh! No comprendeis, señora, que hay volcanes ocultos que solo rebientan una vez para aniquilarlo todo? Demuy, qué os ha dicho el Duque de Alenzon?

DEM. Que pues vos renunciábais la corona de Navarra, él se declaraba su dueño

ENR. Es decir que me oyó negarme á vuestras proposiciones!

DEM. Si!

ENR. Lo veis, pobre conspirador?

DEM. He ahi porque temiendo nos perdiera, me he entregado al Duque de Alenzon. Sin eso y sin la desesperacion que engendró en mi vuestra negativa...

MAR. Luego ya es tarde?

ENR. Al contrario. Dios nos proteje sin duda.

DEM. Qué decis?

ENR. Que contintes aparentando servir los designios del Duque; esto por lo menos asegura en todo evento tu vida y la de los nuestros. Exíjele compromisos, garantias para asegurar cualquier desgracia. Qué desea el Duque, ser Rey de Navarra? Prométele la corona. Qué quiere? Huir de la córte? Prepárale los medios. Trabaja, en fin, por él, como si lo hicieras por mi, y sirvanos de escudo para que los tiros de nuestros adversarios se dirijan á él. Por lo demas... cuando se determine la fuga, huiremos dos en vez de uno. Si es necesario combatir y reinar, yo seré quien combata y reine solo.

DEM. Pues bien, señor, disponeos á huir, disponeos á luchar porque el momento es llegado.

MAR. Cómo!

DEM. Para avisar al Duque he venido á palacio.

ENR. Habla, Demuy, habla.

DEM. Ya sabeis que mañana hay caza real en la ribera del Sena desde S. German hasta Maisons.

ENR. Si.

DEM. Pues bien. La fuga del Duque á Navarra se ha determinado aprovechando aquellos momentos y la conveniencia del paraje. Ochocientos caballeros nos esperarán á media legua de distancia, y solo resta contar con uno muy poderoso, y que puede disponer en la frontera de otros cuatrocientos provenzales para atravesarla á viva fuerza.

ENR. Y esos caballeros estan reunidos en nombre....

DEM. En nombre del Duque de Alenzon. Son hugonotes que desesperando de vos, os habian como yo abandonado. Asi pues, creen que quien combatirá á su frente será el Duque de Alenzon.

ENR. Pues bien, Demuy... ahora soy yo.

DEM. Vos! Oh! gracias al cielo!

MAR. No olvideis, Enrique, que vuestra aliada no

renuncia ni al peligro ni á la gloria de la empresa.

Dem. Conque... no rehusais la corona de Navarra?

Enr. Yo no rehuso ninguna corona, Demuy... solo me reservo elejir la mejor.

Dem. Entonces... es inútil que vaya á ver al Duque de Alenzon.

Enr. Al contrario, es indispensable. Nada debe variarse de vuestro plan, hasta mañana... Es preciso... es conveniente que el nombre solo del Duque continue hasta el momento decisivo.... como el del futuro jefe de vuestro partido.

Dem. Pero aun nos falta combinar una cosa importante.

Mar. Cuál?

Dem. Ese caballero, que como os he dicho dispone de cuatrocientos hombres provenzales en la frontera, no es de los nuestros todavia.

Enr. Cuál es su nombre?

Dem. Lamole. (*Enrique clava rápidamente sus ojos en Margarita.*)

Mar. Lamole!! Es que... ha renunciado á las luchas políticas... ha desistido de ellas... se retira en fin, á una vida pacífica y tranquila, y... no podemos contar con él.

Enr. Vos lo sabeis?

Mar. (Dios mio! Yo no quiero que á nadie pertenezca sino á mi!)

Enr. Por qué dudais en responderme?

Dem. Necesitamos que ese hombre sea de los nuestros...

Mar. (*acercándose á Enrique le dice por lo bajo.*) Pero Enrique...

Enr. Y lo será!

Dem. Tambien nos convendria que su intimo amigo el Conde Anibal ayudase nuestros intentos.

Enr. Margarita... es fuerza que Demuy busque inmediatamente á esos dos caballeros.

Mar. Y cómo he de saber ..?

Enr. (*bajo.*) Yo tampoco sabia que responder al duque de Alenzon cuando me presentó vuestro brazalete, y sin embargo... me acordé que os habia jurado alianza!... Estoy dispuesto si quereis á devolveros ahora vuestro juramento.)

Mar. (No, no. Jamás.) Demuy, dirijios á la posada de Lahuriere, á la espalda de S. German L' Auxerrois, alli encontrareis á Lamole y á su amigo y...

Enr. Y los traereis con vos inmediatamente y con la mayor precaucion. Ya conoceis esa escalera secreta.

Mar. Dios mio. (*apoyada en el brazo de un sillon.*)

Dem. Obedezco, señor, y el cielo nos proteja.

Enr. Adios, adios, mi fiel Demuy. (*á Margarita.*) Señora... (*Demuy se vá por la puerta por donde vino en la primera escena.*)

Mar. Os retirais?

Enr. Si. Despues tendré el gusto de veros.

Jil. (*saliendo.*) S. M. la reina Catalina.

Mar. (*turbada.*) Mi madre! (*Enrique se detiene y se aparta á un lado.*)

ESCENA VIII.

Enrique, Margarita, Catalina.

(Catalina aparece por el fondo. Margarita se adelanta y le besa la mano.)

Cat. Adios, hija mia. Qué es eso? Tu mano tiembla. Tus mejillas están cubiertas de carmin...

Mar. Yo... No... os aseguro...

Cat. Esta mañana te he visto salir sola de tu cuarto.

Mar. Señora...

Cat. El rey de Navarra se retiró al suyo muy temprano.

Mar. (*inquieta.*) Oh!..

Cat. Sentiria que hubiesen llegado á tus oidos ciertos rumores... Pero si Enrique estuviera al lado tuyo... nadie tendria derecho á fomentarlos.

Enr. (*apareciendo á los ojos de Catalina.*) He ahi, señora, porqué mi esposa y yo no nos separaremos un solo instante.

Cat. (*con ira.*) Oh! (*á Margarita que se ha quedado con los ojos bajos.*) Debias haberte apresurado á noticiarme que Enrique estaba aqui. Esto me habria tranquilizado completamente.

Enr. Luego ya no os quedará duda alguna... del tierno afecto que Margarita y yo...

Cat. Ninguna, Enrique. Os conozco muy bien para dudar de vuestros actuales sentimientos.

Enr. Señora... Tal bondad me envanece. Dignaos permitir ahora...

Cat. Si. Acompañad á Margarita á su cuarto.

Enr. Querreis decir... al nuestro.

Cat. Eso es.

Mar. Madre mia...

Cat. Adios, Margarita; adios caballero.

(Enrique coje de una mano á Margarita y saludando ambos profundamente á la reina Catalina, se retiran silenciosos. Entretanto Catalina los sigue con su fria mirada, hasta perderlos de vista. Gilona los sigue tambien.)

ESCENA IX.

Catalina, Renato.

Cat. Bien decia yo que el rey de Navarra tenia demasiada astucia para tolerarle por mas tiempo... Entrad. (*á Renato que aparece en el fondo.*)

Ren. (*mira antes á uno y otro lado.*)

Cat. Aseguraos bien de que nadie nos escucha y.. hablemos en seguida.

Ren. (*se le acerca.*) Estamos solos.

Cat. Decid.

Ren. La reina Margarita y Mr. de Lamole han estado anoche en mi casa.

Cat. Lo que significa que han recurrido á los secretos de vuestra ciencia, que el amor busca el apoyo de la majia.

Ren. Precisamente.

Cat. Y la prueba?

Ren. Esta figura de cera, emblema fiel de su secreto. (*mostrándola una figura de cera pequeñita.*)

Cat. Como! Una figura con el corazon atravesado de una flecha, una corona en la cabeza y una M en el pecho. Lamole pues, ama apasionadamente á Margarita!

Ren. Ya lo veis.

Cat. Entonces... dadme esa figura... tal vez pueda servirme con el tiempo.

(Renato se la dá. Catalina se la guarda en el bolsillo al tiempo de desviar su traje para ello, Renato vé un libro en el bolsillo de Catalina.)

Ren. (*señalando con el dedo al bolsillo.*) Aun teneis en ese bolsillo el libro que me encargasteis de tragera?

Cat. Si.

REN. No comprendo el objeto de guardar en vuestro mismo traje un libro de caza.

CAT. Ni ahora importa el revelároslo. Decidme, Renato. (*este se inclina.*) No os queda duda de que las esperiencias que ayer hicimos en mi laborario solo produjeron tristes vaticinios para nosotros?

REN. Asi fué, señora.

CAT. Luego todos los preságios nos anuncian....

REN. Que Enrique llegará á ser el rey de Francia.

CAT. Confúndale antes el infierno!!

REN. Grande es el poder de mi ciencia!

CAT. Pero... Renato...! No es fuerte y grande tambien el mio?

REN. V. M. es sabia y poderosa

CAT. Ay de aquel que haya desafiado mis enojos!

REN. Si V. M. desea que haga nuevas esperiencias...

CAT. Responded á lo que voy á preguntaros. No existe una curiosa historia de un médico de Perusa que condenado á muerte por el tirano de Siena, por no haber querido entregarle un libro que trataba de la majia... envenenó ese libro antes de morir?

REN. Si señora. De tal suerte que habiéndose apoderado el tirano de aquel libro, murió tres dias despues de la víctima.

CAT. Y como obró el veneno?

REN. Las hojas del libro estaban impregnadas de cierta mistura de arsénico y algo pegadas las unas á las otras. El tirano en su ignorancia las iba á volver con el dedo y naturalmente lo mojaba en los labios para volver aquellas hojas con mas facilidad. Como esto lo tenia que repetir á cada instante... acabó por envenenarse á si propio.

CAT. (Eso es.) (*Renato espera que la reina le haga mas preguntas.*)

CAT. Retiraos y vedme mañana antes de la partida de caza.

REN. V. M. no tiene mas órdenes que darme?

CAT. Respecto de qué?

REN. (*con intencion y señalando al bolsillo de Catalina.*) Respecto de ese libro.

CAT. No. Ninguna.

REN. (Desconfia de mi.)

CAT. Adios.

REN. Señora... (*saluda y se vá.*)

ESCENA X.

CATALINA.

CAT. De nadie! Ni aun del mismo Renato. Este secreto es mio, y yo sola seré quien lleve á cabo mi plan. No ha de tener esto un término? Henos de ver tranquilos crecer entre nosotros la serpiente sin que la hagamos pedazos antes que... (*vuelve la cara.*)

ESCENA XI.

Dicha, EL DUQUE DE ALENZON.

ALEN. Perdonad, madre mia, si os distraigo de vuestras altas meditaciones.

CAT. Precisamente iba á mandar llamaros en este momento.

ALEN. Vos deseábais verme?

CAT. Si! Ya sabeis que Enrique es ahora mas amigo del rey Carlos que nunca.

ALEN. No. Porque como hombre astuto y desconfiado... Enrique... á lo que creo, solo piensa en preparar su fuga á Navarra.

CAT. Vos lo creeis y yo estoy segura de ello.

ALEN. Como!

CAT. Porque acabo de recibir la delacion de uno de sus cómplices.

ALEN. Y qué pensais hacer?

CAT. Dejarle partir.

ALEN. Entonces se libra de nuestro enojo!

CAT. Escuchadme. Un médico muy hábil me ha anunciado que Enrique iba á ser acometido de cierta enfermedad grave, para la cual la ciencia no conoce remedios. Asi pues, vale mas que muera lejos de nuestra vista, lejos de la Corte.

ALEN. Pero ese médico....

CAT. Es el mismo que vaticinó la muerte de su madre, y no es de esperar se engañe ahora respecto del hijo.

ALEN. Teneis razon. Mas si Enrique partiese bueno, creeis que esa enfermedad le acometa fuera de aqui?

CAT. Dejemos ahora tan triste conversacion, porque tendria que responderos afirmativamente, y es cosa bien dura á la verdad. Hablemos de otro asunto. No os pidió Enrique hace ocho dias un libro de caza?

ALEN. Si! Y me he olvidado de darle uno que guardo hace tiempo en mi biblioteca.

CAT. Pues bien. Yo he encontrado otro seguramente mejor en casa de Renato, y que es un libro de lo mas curioso que podeis figuraros. No hay mas que tres ejemplares en Europa... Y... este libro... lo tengo en poder mio desde ayer. Comprendeis, Francisco?

ALEN. Si, os comprendo.

CAT. (*sacándole de su bolsillo.*) Es una obra que trata de la cria y enseñanza de los terzuelos, halcones y gelifaltes... compuesta por Castruccio Castracani, tirano de Luca. Vedle aqui.

ALEN. (*mirando el libro con terror.*) Y... qué debo hacer, señora?

CAT. Llevárselo á Enrique, puesto que os lo ha pedido. Mañana debe acompañar al rey en la caza y aprovechará esta ocasion para instruirse... y leer algunas páginas.

ALEN. Pero... yo no me atrevo...

CAT. Es preciso. Procurad al mismo tiempo no leerlo vos, Francisco, porque no puede conseguirse su lectura sino mojando el dedo para volver las hojas, y... eso emplea mucho tiempo y dá grande trabajo.

ALEN. Oh! Descuidad, lo llevaré á su cuarto.

CAT. Lo mejor seria que se lo entregáseis á él.

ALEN. A él?

CAT. Tomad.

ALEN. (*vacila temoroso.*)

CAT. Tomadlo sin temor... Ya veis que le tengo yo en mis manos... ademas, vos llevais guantes y...

ALEN. Obedezco. (*tomándolo.*)

CAT. Haced con eficacia vuestro encargo, Francisco, porque en este juego ya sabeis que puede ganarse algo.

ALEN. Oh! Si! la corona de Navarra!

CAT. Noticiadme el cumplimiento de mis instrucciones. (*vase; Francisco la saluda y se queda mirando el libro con silencioso terror.*)

ALEN. Me parece que el veneno de sus hojas pe-

netra en mi sangre... Oh! Sin embargo, no hay otro medio. Cárlos proteje á Enrique, Margarita tambien... Una acusacion no basta ya á perderle.... Es preciso un esfuerzo, y yo necesito tu corona!.. Marchemos á dejarle en su cuarto. (El es!) (*va á salir y Enrique viene al mismo tiempo por el fondo.*)

ESCENA XII.

El Duque de Alenzon, Enrique.

Enr. Sois vos, mi querido Alenzon? Me alegro de encontraros.

Alen. Y yo, Enrique.

Enr. (Aun no han venido.) (*mirando á un lado.*)

Alen. Tengo hoy que cumpliros una palabra.

Enr. A mi?

Alen. Pues no! Olvidais que en vuestro deseo de agradar á mi hermano Cárlos en las partidas de caza, me pedisteis hace ocho dias cierto libro...

Enr. En efecto. Y vos tuvisteis la bondad de decirme que en vuestra biblioteca...

Alen. Tenia guardado uno esceleute. Vedle aqui.

Enr. Por mi nombre, querido duque, que os agradezco en el alma está fineza, porque de aqui á mañana, sin ir mas lejos, podré adquirir ya algunas útiles nociones. Gracias, Alenzon, gracias, y si á mi vez puedo complaceros en algo...

Alen. Recurriré á vos con toda franqueza... Pero.... disimulad que os deje. Tengo que ir á saludar á mi madre y...

Enr. Supongo que mañana iremos juntos á caza con S. M.

Alen. Sin falta alguna. Hasta mañana pues.

Enr. Adios, duque, adios.

ESCENA XIII.

Enrique.

Enr. Oh! La suerte sin duda empieza á declarárseme propicia. Aguardaba con tal impaciencia este libro...! Yo, pobre Bearnés, acostumbrado á perseguir á los osos en nuestras ásperas montañas... ignoro la caza de las aves, pero en diez minutos aprenderé como se lanza el atrevido halcon... correré tras el mio.... traspasaré en su seguimiento la linea marcada en la partida... ganaré el camino de Etampes y... ¡vive Dios! Una vez alli, una vez en campo raso, una vez á la cabeza de mis ochocientos hugonotes, podré desafiar á la reina Catalina, al duque, á todos mis contrarios, en fin! Y todo esto lo deberé al arte. (*leyendo.*) *de la cria y enseñanza de los terzuelos, halcones y gerifaltes..!* (*dejando de leer.*) Oh! yo les enseñaré en cambio á mis enemigos como vuelan las águilas... ya que lo han olvidado. Si Demuy no volviese. (*se pone á leer.*)

ESCENA XIV.

Dicho, El rey Carlos.

Car. Ola! Eres tú, Enrique...? Qué haces en este salon?

Enr. Señor... este salon está próximo á las habitaciones de vuestra hermana y...

Car. Ya. Te acuerdas al fin de hacerla una visita. Visita de cumplimiento... eh? (*sonriendo.*)

Enr. Perdonad...

Car. Calle! Qué diablos llevas ahi? (*viendo el libro.*) Un libro? Tú con un libro? Tú estudioso? Voto á...! Esto si que es peregrino! «Victor» Enrique de Navarra quiere hacerse sábio, tal vez poeta como yo!

Enr. Cuando sepais, señor, que solo con el objeto de agradaros me he hecho estudioso... no dudareis de los sentimientos que me animan y de mi deseo de...

Car. Cómo! Dices que por mi te has hecho estudioso?

Enr. Por vos solo.

Car. Esplicate. Ya sabes que me gustan tus esplicaciones... porque casi siempre son buenas y francas.

Enr. Señor... Recordais que mas de una vez me habeis echado en cara mi ignorancia en punto á la caza de las aves?

Car. Si. Y aun te he dicho que esa ignorancia era indigna de un caballero de tu sangre.

Enr. Pues bien. Acabo de procurarme un libro muy curioso, en el que voy á estudiar ese arte, á fin de poderos acompañar dignamente siempre que me dispenseis la honra de invitarme á ir en vuestra compañia.

Car. Oh! Yo te dispensaré esa honra á menudo... porque... voto á! Tu compañia es una de las que mas me agradan... Pero... vaya, podremos saber qué libro es ese?

Enr. Un tratado sobre la cria y enseñanza de los terzuelos, halcones y gerifaltes... dedicado al señor Castruccio Castracani, tirano de Luca.

Car. Qué oigo? Por Pietramonte?

Enr. Si, á fé. Conociais este libro?

Car. Diez años ha que le busco inútilmente. Solo existen tres ejemplares en el mundo... Dadme ese libro, Enrique... (*quitándoselo de las manos.*) Dámele.

Enr. Con mucho gusto.

Car. Y cómo has podido tú encontrar...

Enr. Admiraos, señor. En vuestra propia familia.

Car. De veras?

Enr. Si. A veces, como dice el proverbio, se busca muy lejos lo que está bien cerca de nosotros. Vuestro hermano Alenzon me le ha dado.

Car. Mi hermano Alenzon? Ola! y que callado lo tenia!... Puedes ir á visitar á Margarita. Déjame, Enrique. Desde luego queda disimulada tu ignorancia en la partida de caza de mañana.

Enr. Vuestros deseos, señor... serán cumplidos. (*saluda y se vá.*)

Car. Hasta luego, hasta luego.

ESCENA XV.

Carlos.

Alenzon tenia este libro y no me ha hablado nunca de él! Ya no me admira que sea tan diestro en la caza. (*se sienta y abre el libro.*) Sin embargo... no debe haber hecho gran uso de esta (*Acteon se echa á sus pies.*) obra segun veo. Las hojas están pegadas las unas á las otras. (*procura volver la primera.*) Qué demonio!... (*moja su dedo en la boca y consigue volve

la hoja.) Ah! Por fin la he vuelto. (*leyendo.*) «Para que los halcones sean osados y valientes, es preciso alimentarles desde que empiezan á echar las plumas con los corazones de animales que reunan aquellas dos cualidades.» Malditas hojas! (*volviendo á mojar el dedo y á volver una hoja.*) «Por ejemplo, los toros, jabalies y... (*dejando de leer.*) Veamos donde trata de la enseñanza de las aves. (*moja el dedo y vuelve la hoja.*) ¡Hum!... No. Será mas adelante. (*vuelve á hojear mojando el dedo.*) Tampoco. (*vuelve á hacer lo mismo; leyendo.*) «De los halcones» (*vuelve á hacer lo mismo.*) Ah! ya lo encontré. (*se pone á leer silenciosamente.*)

ESCENA XVI.

Dicho, Alenzon.

Alen. (*apareciendo en la puerta del fondo sin ver á Cárlos.*) No he visto volver á Enrique á sus habitaciones. Habremos logrado á estas horas... El rey! Qué es lo que hace? Tiene un libro en la mano.

(En este momento Cárlos se lleva un dedo á la boca vuelve las hojas. El duque horrorizado y comprendiéndolo todo.)

Santo Dios!!! (*el rey vuelve la cara.*)

Car. Cómo! Eres tú, Alenzon?

Alen. (*pálido y consternado sin atreverse á contestar nada.*) Si... si... yo era quien... (El terror hiela mi sangre toda!)

Car. Qué tienes? Qué turbacion es esa? (*con el libro se levanta.*)

Alen. No sé... no comprendo...

Car. Acércate. (*mostrándole el libro.*) Conque tales tesoros tenias en tu biblioteca, y no me habias dicho nada?

Alen. Yo... Ese libro... Cómo se encuentra en vuestras manos, señor?

Car. Del modo mas sencillo. He encontrado aqui á Enrique... le vi este libro, y... no queriendo que poseyese tan preciosa obra, se la quité de las manos, y... ya llevo leidas mas de doce páginas.

Alen. Mas de doce! (*horrorizado.*)

Car. Eso te admira?

Alen. (Dios mio!)

Car. Veremos si despues de esta lectura continúas ganándome en la caza... Verem... (*vacila.*)

Alen. Qué teneis?

Car. No sé... Un sudor frio repentino... mis rodillas flaquean. Abre esa ventana, Alenzon!

Alen. (Qué hemos hecho!) Tal vez el calor... La tempestad sin duda...

Car. Qué dices? No ves que despejado y azul está el horizonte? Ah! qué es esto? Qué es esto? Hola! (*vacilante deja caer el libro y Acteon lo recoje y lo tiene en la boca.*) Mr. de Nancey! (*llamando.*)

Alen. Mr. de Nancey. Apoyaos en mi.

Car. No, no. Mi capitan de guardias. (*Nancey parece en el fondo.*) Vuestro brazo! (*dirijiéndose á Nancey.*) Guiadme á mi aposento!

Alen. Señor!

Car. Quedaos: me siento algo mejor. No será nada. Venid. (*á Nancey que es con quien se vá. Acteon con el libro en la boca sigue al rey.*)

ESCENA XVII.

El Duque, (*el duque baja á la escena y se deja caer en el sillon.*)

Alen. Ha gustado seis veces el veneno de esas hojas! Ya no hay remedio para él. Oh! que nadie sepa... que no sepa nunca mi madre... Misericordia! Yo pierdo la razon! yo... pero nunca necesito como ahora la entereza y la osadia! (*levantándose.*) Si. Pues la Providencia asi lo ha dispuesto... no ya el trono de Navarra! no. El trono de Francia va á quedar sin un rey! El trono de Francia será mio!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

PERSONAJES EN ESTE ACTO.

El rey Enrique de Navarra.	El Gobernador de Vincennes.
El rey Carlos IX.	Un juez.
La reina Margarita.	Caboche.
La duquesa de Nevers.	Un notario.
El Duque de Alenzon.	El carcelero.
Coconas.	——
La Mole.	Un oficial (*que no habla.*)
Demuy.	*Guardias mosqueteros.*
Mr. de Nancey.	*Agentes de justicia.*
Un hugonote.	*Hugonotes.*

Una galería baja en la fortaleza de Vincennes. Una gran puerta al fondo que conduce al campo. Una ventana con reja grande á la izquierda del público. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

El Carcelero, *solo.*

Al alzarse el telon se oyen trompas de caza y clarines y rumor confuso. El carcelero atraido por este rumor sale por la derecha: se dirije á la ventana y se pone á mirar al campo.

Carc. Qué confuso rumor! Y suenan trompas y ruido de caza! Qué veo! No son aquellos los monteros de S. M. el rey Cárlos IX? Si...! Es estraño que contra su costumbre S. M. dirija hoy hácia este lado la espedicion. A menos que no quiera descansar aqui en la fortaleza de Vincennes! Me alegraría en el alma, por si me proporcionaba el salir del maldito empleo de carcelero que ejerzo ha doce años contra mi voluntad y contra mi corazon. Malhaya la pobreza!

ESCENA II.

Dicho, Coconas, Lamole.

Coc. Eh! No hay nadie por aqui?

Carc. Guardeos el cielo, señores: que teneis que mandarme?

Coc. Habitais en esta fortaleza?

Carc Soy, para serviros, alcaide de sus prisiones.

Coc. Gracias. Podreis mandar, que si lo hay, den un pienso á nuestro caballo?

Carc. Perdonad que os pregunte si perteneceis á

la partida de caza que he visto dirigirse á este sitio, y si en ella viene S. M. el rey Cárlos IX, que Dios guarde.

Coc. Asi es, buen amigo; y agradeceremos mucho, y nuestros caballos tambien, que hagais el favor que acabamos de pediros.

Carc Como fiel vasallo de S. M. tengo á mucho honor el complacer á sus gentes.

Coc. Diablo! Sois todo un hombre. Tomad. Queremos demostraros nuestro agradecimiento. (*dándole un bolsillo.*)

Carc. Tanta merced! Voy á serviros al instante. (*vase.*)

Coc. En buen hora.

ESCENA III.

COCONAS, LAMOLE.

Coc. Y bien, Lamole, qué diablos tienes? Estás pensando por ventura en tu hermosa reina?

Lam. Pienso en que se acerca el instante decisivo, y en que voy á separarme de ella.

Coc. Ay, ay, ay! Un conspirador enamorado es la mayor calamidad que puede caer sobre un partido. Pero.... que diablo! No parece sino que va á acabarse el mundo para nosotros! Alienta, buen Lamole, conserva tus ilusiones y tus esperanzas, como yo conservo las mias y... y sobre todo, pensemos ahora en lo mas grave y mas urgente. Enviaste ayer mismo un mensage para que sin perder tiempo se pusiesen tus provenzales en camino?

Lam. Es muy probable que mañana al amanecer estén á pocas leguas de Paris.

Coc. Bien. Demuy, á lo que creo, tiene reunidos sus ochocientos hugonotes á dos leguas de aqui! Voto al diablo! Qué un católico como yo sea partidario del rey de Navarra, es cosa bien estraña... Pero ya ves que lo soy de corazon. Si; me avergüenzo de haber servido de apoyo á las crueldades de la reina Catalina, y á las sangrientas maquinaciones de ese perverso duque de Guisa.

Lam. Pero en fin... qué es lo primero que debemos hacer?

Coc. Ya lo sabes. Protejer la fuga del rey Enrique para que se ponga á la cabeza de esos ochocientos caballeros; reunirte tú á él con los tuyos, y partir á Navarra.

Lam. Pues bien... En qué nos detenemos?

Coc. Es preciso aguardar la señal. (*rumor.*)

Lam. Oyes? el rey se dirije á Vincennes!

Coc. Ya me lo sospechaba... y... si he de decirte la verdad, no me ha sentado bien que haya variado la ruta de la espedicion. Qué diablos será esto?

Lam. Sin duda el deseo de descansar. No has notado cuan débil y vacilante esté el rey Cárlos?

Coc. Como que al verle asaltado esta mañana por aquel jabalí, hubiera perecido indudablemente á no haberle salvado la vida el rey Enrique de Navarra con grave peligro de la suya. Por señas que vi al duque de Alenzon morderse los lábios de envidia.

Lam. De envidia?

Coc. De que otra cosa podia ser?

Lam. Mira. (*asomándose á la ventana.*) Ya llegan á la fortaleza. Conqué vana arrogancia se apea el duque de Alenzon. Miserable!

Coc. Como que está creido en que Demuy y los nuestros conspiran por él.

ESCENA IV.

Dichos, DEMUY *apresurado.*

Dem. (*saliendo.*) Os engañais, señores.

Coc. *y* Lam. Demuy!

Dem. El duque de Alenzon ha desistido repentinamente de sus ambiciosos intentos y nos ha delatado al rey.

Coc. Infame!

Dem. Huid, señores, huid; no queda otro recurso. El rey Enrique está avisado. Yo voy á procurar reunirme con los mios, y á ocultarme con ellos, si es posible! (*vase corriendo por la derecha.*)

Lam. Pero á dónde vais por hay?

Coc. Ven, Lamole, huyamos.

ESCENA V.

Dichos, NANCEY, *guardias; despues* CARLOS, ALENZON, LA DUQUESA DE NEVERS, *monteros, comitiva* CARCELERO, *etc.*

Nan. Alto, señores!

Lam. Ah!

Coc. Voto al diablo!

Lam. (*deteniendo á Coconás.*) (Disimula!) Qué e esto? Deteneos, Mr. de Nancey, sepamos al me nos la causa...

Nan. Preguntádsela al rey de Navarra; daos ah rá presos en nombre de S. M. Cárlos IX.

Lam. Está bien. Mr. de Nancey. Ya obedecemo (*entregando sus espadas.*)

Un paje. El rey.

Coc. (*á Lamole ap.*) Esto va malo!

(El rey y los demas salen. Entre las guardias cuatr hugonotes desarmados y presos. El rey apoyado en brazo de Alenzon.)

Car. Que entren á esos prisioneros... Que busquen á tódos cuantos hugonotes haya! A todos, por mi nombre! Hoy es dia de San Blas. primo de San Bartolomé!

Alen. Ya sabeis, señor, como no os he engañad al descubriros el plan que se tramaba.

Car. Si, si... Veo en efecto muchos hugonotes... pero no á Enrique y Margarita, á pesar de qu me dijistes que tambien los hallariamos.

Alen. Sin duda habrán huido.

Duq. No por cierto. Mirad. Hácia aqui se diri jen...

Car. Y como dos enamorados..! (*mirando.*) Enrique, Enrique. (*llamando.*)

ESCENA VI.

Dichos, ENRIQUE, MARGARITA.

Enr. Estoy, señor, á vuestras órdenes.

Car. (*á Margarita con desconfianza.*) Y tú?

Mar. Y yo tambien, hermano mio. No entiendo.

Car. De dónde venis, caballero?

Enr. De la caza.

Car. Alenzon os ha visto entrar en el bosque en el bosque no se cazaba.

Enr. (Ah! nos ha acusado! Bueno.) Mi halcon s habia precipitado sobre un faisan, y como so tan mal cazador... viendo que no lo podia re cobrar... tomé el partido de seguirle.

CAR. Y dónde está ese faisan?
ENR. Vedle, señor. (*señalando un faisan que trae un escudero.*)
CAR. Por qué en seguida no os reunisteis á mi?
ENR. Porque en el momento de hacerlo, vimos que os dirigiais hácia esta fortaleza. Entonces pusimos á galopar nuestros caballos, y seguimos vuestros pasos para no separarnos de vos ni de la comitiva.
AR. (*señalando á los hugonotes presos.*) Y son de mi comitiva todos esos caballeros?
NR. Cuáles?
AR. Pardiez! Vuestro hogonotes. Miradlos! Quereis decirme, voto á brios, que se hallaban tambien reunidos por mi?
NR. No. Pero... pueden haber sido convocados por Mr. D' Alenzon.
LEN. Yo!
AR. Eh?
NR. Sin duda... No ha mediado... sed franco, algun compromiso entre vos y Mr. Demuy..... Por ejemplo, una promesa vuestra de aceptar el trono de Navarra, al cual habia yo renunciado?
EN. Señor... (*al rey.*)
R. Qué decis, Enrique?
R. Preguntad á esos caballeros. Por quién estabais en estos alrededores? Yo apelo á vuestro honor. Era por mi?
HUG. No... porque vos rehusasteis el trono que os propuso M. Demuy.
R. Sed franco. (*al hugonote.*) Por quién habeis venido?
HUG. Por el señor duque de Alenzon. (*con timidez.*)
EN. Mentis. (*al hugonote.*)
R. (*rumores generales.*) Señor, (*al rey.*) lo habeis oido?
. Basta... basta, señores.
. (*á Lamole.*) En qué vendremos á parar?
. Si sabré alguna vez en mi vida á qué atenerme? (*ap.*)
. Interrogad, señor, á Demuy, si es que está entre los presos, y él mismo os confesará que Mr. D' Alenzon preparaba con él su fuga á Navarra.
. Dónde está Demuy?
. No hemos podido encontrarle.
. (Respiro!)
. (*viendo á Coconás y á Lamole.*) Ah! He aqui ros dos presos. Acercaos. (*los dos obedecen.*)
. Con mucho gusto, señor.
. A quién servis?
A nosotros mismos.
. Cómo! No perteneceis á...
A nadie, sino á V. M.
Qué haciais en el momento de ser arresdos?
Charlar de empresas de amor.
Calle! Tratabais de amor, y os veo armados pies á cabeza?
Es que... regresábamos á nuestras tierras. os habiamos detenido á descansar un rato ba- la sombra de una haya... *sub tegmine faji* mo dice mi amigo y...
Ola! Estos renegados latinizan que es un odigio! En fin, qué habeis visto?
Nada.
Cómo?

COC. El deseo de tomar algun alimento nos trajo á esta fortaleza...
CAR. Voto á... Creeis que mis palacios y mis castillos son hosterias? Mucho temo por vosotros que trateis de burlaros de mi.
MAR. (Cielos!)
LAM. Juro á V. M...
CAR. Basta. Donde está el gobernador de la fortaleza? (*un caballero se adelanta reverentemente.*) Haceos cargo de estos dos señores, y puesto que no quieren hablar... Ya sabeis.
ALEN. Señor...
MAR. Hermano mio!
CAR. He dicho que basta. No quiero oir nada... dejadme... estoy irritado... estoy... (*vacila.*)
ENR. Qué teneis? (*sosteniéndole.*)
NAN. ENR. ALEN. *y* DUQ. Señor...
CAR. Mi escudero!.. Agua! (*un escudero se acerca con una botella de plata y le sirve agua al rey.*) (Nada contiene esta sed abrasadora!)
CAR. (*despues que desarman á Coconás y Lamole.*) Conque es decir que añadis la mentira á la rebeldia?
ALEN. Si, porque son, señor, conspiradores... conspiradores, con Demuy y con el rey de Navarra... tal vez para llevar á cabo un proyecto mas horrible que la fuga.
ENR. Alenson!! (*con furor.*)
ALEN. Porque uno de esos dos hombres... el que pretende hablar, (*por Lamole.*) es el conde Lerac de Lamole.
CAR. Lamole! El... Cielos!
MAR. (Le ha aterrado ese nombre!)
ENR. (No comprendo...)
ALEN. (*al rey.*) (Recordais la entrevista que anoche tuvisteis con nuestra madre?) Veremos si Enrique se justifica tambien de esa acusacion.
ENR. Alenson! No estoy dispuesto á presentarme delante de nadie como reo!
CAR. Enrique... Enrique... Tú no hablarás por ahora si te empeñas en ello; pero tus cómplices...Oh! Eso es otra cosa. Os los entrego, Sr. Gobernador. Vos, Mr. de Nancey montad á caballo y prevenid al procurador general que Mr. de Lamole ha sido preso, que se traslade aqui inmediatamente, y que de grado ó fuerza necesito que averigüe en el acto la verdad del asunto que anoche puse en su conocimiento. (*Nancey se va.*)
DUQ. (Sabes tú por ventura...)
MAR. (No: solo sé que debo prevenir cualquier desgracia!) (*se dirije á un montero disimuladamente. El montero sale en seguida de haber hablado con Margarita.*)
LAM. (*queriendo arrodillarse.*) Oiganos al menos V. M. y...
CAR. Silencio!
COC. Ven, Lamole, hemos nacido caballeros, y no debemos humillarnos ante el peligro ni ante la muerte misma. (*el gobernador, el carcelero y dos guardias se llevan á Lamole y Coconás.*)
MAR. (Oh! fatal alianza!)
CAR. (*bajo á Enrique.*) Ahora, Enrique, tengo que hablar contigo á solas. Señores... Dejadme algunos momentos. Pronto me reuniré con vosotros.
DUQ. (Que irá á decirle?)
MAR. (*á la duquesa.*) (Aprovechemos estos instantes; sigueme.)

(Alenzon y los demas saludan al rey, y se van por la izquierda. Enrique permanece de pié. El rey se sienta.)

ESCENA VII.

Enrique, El rey Carlos. (*despues de una pausa.*)

Car. Vais á decirme la verdad?

Enr. Señor... (*el rey Carlos le mira y despues de un breve momento le alarga la mano.*)

Car. No me engañas, Enrique?

Enr. (*apresurandose á estrechar la mano de Carlos.*) Os lo prometo solemnemente. Podeis interrogarme.

Car. (*luchando con sus padecimientos y despues de serenarse.*) Es cierta la acusacion del duque de Alenzon?

Enr. Cierta... Si se reduce solo á que he tratado de huir.

Car. Huir! Cómo! No eres acaso ya mi amigo? Responde.

Enr. Dios que lee en el fondo de mi alma, sabe por el contrario el afecto y la veneracion que os profeso. Asi pues, no era de vos de quien yo queria alejarme.

Car. Está bien. Pero pesa sobre ti otra acusacion mas grave. El conde de Lamole... es tu amigo?

Enr. Mi amigo político antes de que yo abjurára.

Car. Y por lo tanto mi enemigo declarado?

Enr. No lo he creido nunca de ese modo.

Car. Conoces esta figura de cera? (*la que Renato dió á Catalina.*)

Enr. Nunca la he visto hasta ahora.

Car. Qué tiene en la cabeza?

Enr. Una corona.

Car. Y sobre los hombros?

Enr. Un manto real.

Car. Y en el corazon?

Enr. Una aguja.

Car. Que letra hay escrita en la banderola de esa aguja?

Enr. Una *M*.

Car. Que quiere decir... *Muerte*!

Enr. Y bien?

Car. Y bien... No conoces á quien representa esta figura?

Enr. Que misterio...

Car. Esta figura me representa á mi!

Enr. A vos!

Car. A mi. Esa letra es una fórmula mágica pendiente del acero destinado á herir mi corazon.

Enr. Qué estais diciendo?

Car. Que la cábala y la mágia, que los sortilegios en fin han sido puestos por obra por mis enemigos para darme la muerte!

Enr. Señor! y os han hecho creer semejantes flaquezas!

Car. Enrique, no es flaqueza ver en esa figura personificada una venganza! No es flaqueza el que los infernales conjuros hayan desde ayer debilitado mi salud..! me hayan quitado el sueño... me hagan sufrir tormentos desconocidos y crueles! Dolores y congojas terribles que me devoran y me matan!

Enr. Pero esos fantasmas, esa figura...

Car. Esta figura ha sido hallada en casa de Mr. de Lamole en tanto él se hallaba ausente.

Enr. En casa de Lamole?

Car. En casa... de tu amigo.

Enr. Señor! Qué me quereis decir con eso? Quié[n] es el infame que se atreve á suponerme cóm[-] plice de ese crimen..? Si es que ese crimen n[o] es hijo tambien de la impostura?

Car. Pues bien... quiero darte la última prueb[a] de mi condescendencia, Enrique...

Enr. Hablad, hablad...

Car. Acababa ayer de sentirme preso de los ma[s] agudos dolores... y me separé de Alenzon guia[-] do á mi cuarto por Mr. de Nancey. Moment[o] despues de hablar contigo. Mi madre me esta[-] ba esperando... y... me participó que espiand[o] la conducta de algunos hugonotes habia mand[a-] do registrar la casa de Mr. de Lamole, y que e[n] ella habian encontrado una figura de cera; so[r-] prendido de lo que tal hallazgo podia significa[r] oi de su boca la esplicacion de los conjur[os] mágicos, del secreto de sus traidoras combin[a-] ciones, que Mr. de Lamole recurria á ellas pa[-] ra vengar en mi la funesta noche de S. Bartol[o-] mé... y que al tomar, en fin, esta venganza, t[e-] nia cómplices... poderosos... ciertos. Tú Enr[i-] que. (*señalandole con el dedo.*)

Enr. Cielos!!!

Car. Tú, como autor de tan horrible plan.

Enr. Señor... justicia!

Car. Juré hacerla á mi madre, porque segun el[la] esas combinaciones infernales solo se destru[yen] con la sangre del culpado... porque al revel[ar-] le los sufrimientos que de improviso me hab[ian] acometido... los atribuyó á la misma causa, [y] es preciso que el culpado perezca y que yo d[eje] de sufrir. Oh! yo necesito, yo quiero que te j[us-] tifiques.

Enr. Pues bien, decidme si hace pocas horas no he probado harto claramente mi fidelidad y adhesion.

Car. Hace pocas horas? Ah! Ya olvidaba que [has] estado á punto de perecer... que has muert[o] un jabali con grave peligro de tu vida!

Enr. Y creereis aun que atente contra la vuest[ra] quien habria podido dejaros morir impu[ne-] mente?

Car. (*le mira con suma atencion. Pausa.*) No, [no] Enrique... Tú eres mi amigo... mi amigo ver[da-] dero, y... veo que te calumnian y que te acu[san] sin razon, porque saben que te amo en el f[on-] do de mi alma! Ah! veremos si en adelante [se] atreven... Yo velo por ti, Enrique... yo qui[ero] que seas libre, que no te separes de mi!

Enr. Señor... ese tambien es mi deseo, pero [si] me quereis conservar á vuestro lado, dign[aos] al menos concederme una gracia.

Car. Ya escucho.

Enr. Que no me tengais en Paris á titulo de a[mi-] go sino al de prisionero.

Car. Qué dices?

Enr. No veis, señor, que es vuestra amista[d] que me pierde?

Car. Cómo! Deseas mas bien mi ódio?

Enr. Un ódio aparente, si. Ese ódio será tal [vez] el que me salve. En tanto me crean en desg[ra-] cia con vos... tendrán menos prisa en ver[me] morir.

Car. Enrique... ignoro cuáles son tus ideas, p[ero] estoy dispuesto á complacerte.

Enr. En ese caso, señor, entregadme pres[o] como un hombre á quien vuestra cólera

vá á conceder ocho dias de vida. Asi nos amaremos mucho tiempo.

Car. Si, Enrique, si.

Enr. Y ya que he merecido vuestra justicia, podré implorar en favor de Mr. de Lamole y de su amigo, vuestra... clemencia?

Car. (*alterado.*) No, no. Existe un crimen, y es preciso que se descubran sus autores. Enrique... no mas. Voy á cumplir ahora lo que respecto de ti hemos convenido. (*levantándose.*) Ola! (*á esta voz sale el gobernador y acompañamiento, etc.*) Señor gobernador... os entrego la persona del Rey de Navarra, que queda arrestado en Vincennes. Vuestra cabeza me responderá del preso. (*bajo á Enrique.*) Adios, Enrique. Cuando necesites del apoyo de un amigo... no te olvidaré.

Enr. (*id.*) Lo espero.

Alen. (Enrique preso! Mio vá á ser el triunfo!)

Car. (*al gobernador.*) Y Mr. de Lamole?

Alen. Acaba de sufrir con su cómplice el primer interrogatorio.

Car. Nada han confesado?

Alen. Nada. Se espera al señor procurador general para pronunciar la sentencia, y apelar á los medios estraordinarios.

Car. Que no olvide el tribunal de Vincennes que yo soy quien acuso. Señores... partamos. Avisad á mi hermana Margarita. (*á Enrique.*) Adios, caballero. Pronto sabreis mi voluntad acerca de vos, Alenzon... (*Carlos se apoya en el brazo de Alenzon que ostenta un aire de triunfo. Todos se van con el rey, Enrique queda solo.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, *despues* DEMUY. *Durante el monólogo de* ENRIQUE *se oye dentro alejarse el sonido de las trompas de caza.*

Enr. Heme al fin á cubierto por algunos dias de la saña de mis perseguidores... Y qué? No ensayarán tambien sus iras contra el indefenso preso? Pobre Cárlos! Aun queda en el fondo de tu alma un resto de bondad y de virtud. Malditos pues aquellos que apagaron tus nobles sentimientos para hacerte instrumento vil de sus inícuos planes! (*pausa.*) Cuál será el término de esta lucha? Cuál el destino de Navarra, cuál el de Francia misma? Oh! Si hay que sacrificar una vida para salvar á entrambos reinos, aqui está la mia!... (*con otro tono.*) Pero.... ha llegado el instante? Es preciso morir... ó es preciso reinar?

Dem. (*saliendo por la derecha.*) Vivir, señor, es lo primero.

Enr. Cielos! Demuy! Estás perdido!

Dem. Lo sé; pero antes de que caiga mi cabeza bajo el hacha del verdugo... oidme, señor, y al menos veamos si la muerte puede sernos gloriosa todavia.

Enr. Silencio, Demuy, silencio. (*mirando á uno y otro lado.*)

Dem. Oh! las paredes de Vincennes estan fabricadas para ahogar los suspiros y no para revelar los secretos. Escuchadme por favor.

Enr. Habla.

Dem. Al buscar por ese lado (*á la derecha.*) una salida imposible para reunirme con los mios... llegué á una ventana cuyas rejas daban al campo.

Enr. Y bien?

Dem. Al pié de ellas ví al Duque de Alenzon que hablaba sigilosamente con tres oficiales de la guardia del rey... algunas palabras, y el misterio que en ellas noté, despertaron mi curiosidad.

Enr. Acaba.

Dem. La vida del Rey está en peligro.

Enr. Qué dices?

Dem. Repito las frases del Duque de Alenzon: «Mañana á la noche» dijo «habrá dejado de »existir... Estad prontos, y el trono de Francia »que á mi hermano el Rey de Polonia pertene»ce... será mio... y nuestros los honores y las »riquezas! Sigilo... y constancia.»

Enr. Oh! Qué significa esto? Qué espantoso complot se prepara sordamente? Qué muerte es la del Rey Cárlos, que tan de positivo se anuncia. Continúa pues.

Dem. Nada mas oi, porque en seguida se retiraron de aquel sitio. Loado sea Dios, que he podido revelároslo.

Enr. Mi imaginacion se pierde en congeturas! Me horrorizo al sospechar lo que una voz secreta me anuncia! Cómo seguir el hilo de esa infernal intriga! Cómo salvar al Rey y á la Francia si en efecto estan en tan inminente peligro? Y yo encerrado aqui entretanto... solo! desarmado! Sin mis bravos caballeros!

Dem. Mandad, señor, vuestra es mi vida. Ya os he dicho que quiero morir con gloria.

Enr. Demuy, mi esforzado Demuy...! Es preciso que nuestros ochocientos parciales penetren en Paris esta noche y con todo secreto; que algunos de ellos salgan al encuentro de esos provenzales que se aguardan, y que asimismo los introduzcan en la villa donde permanecerán ocultos. Tú entretanto es fuerza que por algun medio consigas entrar en palacio y ver á la Reina Margarita. Dale esta señal mia, (*le dá una sortija.*) y sin revelarle nada, haz de modo que te oculte con la mayor cautela. Obsérvalo todo, combina una señal cualquiera con los tuyos, y... si la traicion es cierta, si levanta su negro pendon, suene el grito de guerra y salvemos al Rey y á la Francia. Si por el contrario nuestros temores no se realizan... envíame un secreto mensage, y adoptaremos una resolucion definitiva.

Dem. Pero olvidais que no me será posible salir de estos muros?

Enr. Es verdad! Pero no, tal vez haya un medio... Te conoce el gobernador de Vincennes?

Dem. Nunca me ha visto.

Enr. Vas á pasar por uno de mis escuderos.

Dem. Si, si.

Enr. Chsssit! Calla! Alguien viene.

ESCENA IX.

Dichos, el GOBERNADOR, *el* CARCELERO.

Gob. (*á Enrique.*) V. M. se dignará dispensarme... vengo á ponerme á sus órdenes.

Enr. Gracias, señor gobernador. Solo tengo que preveniros que desearia se alojase en mi mismo cuarto mi escudero.

GOB. S. M. el Rey Carlos IX me previno al partir que guardase á V. M. todas las consideraciones compatibles con su situacion. Asi pues, debo manifestar á V. M. que puede en tal sentido mandarme cuanto guste. En cambio me permitirá que le pida una gracia.

ENR. Hablad, caballero.

GOB. El señor procurador general ha llegado en este propio instante, y con la prontitud que S. M. previno, está examinando el proceso verbal de Mr. de Lamole y su cómplice. Ambos reos van á pasar á estas habitaciones, y desearia ahorrar á V. M. la molestia...

ENR. Comprendo.

GOB. V. M. tiene toda la fortaleza por prision... y si gusta ..

ENR. Yo os sigo. (*á Demuy.*) Venid, Gilberto.

(Demuy saluda y sigue á Enrique y al Gobernador que se van por la derecha. El Carcelero asimismo hace una profunda reverencia y se queda en la escena.)

CARC. (*solo.*) Es particular todo cuanto hoy sucede! Lo peor del cuento estaria el que me costase la cabeza! Pero no...! El oro que he recibido y la proteccion que se me ha jurado, me garantizan suficientemente. (*mirando à la izquierda.*) Ola! Ya vienen á entregarme los dos presos.

ESCENA X.

El CARCELERO, LAMOLE *y* COCONAS *entre cuatro soldados, el oficial que los manda trae un pliego abierto que entrega al* CARCELERO.

CARC. (*despues de pasarlo con la vista.*) Entiendo. (*al oficial que en seguida se retira con los soldados.*) Quedan pues bajo mi custodia.

LAM. (*al Carcelero.*) Amigo mio! Un momento! Permítenos hablar un solo instante.

CARC. Pero señores...

COC. Te lo agradeceremos eternamente.

CARC. Bien, bien. Despachaos, y... sobre todo no hableis de politica por Dios.

COC. Diablo! Otras cosas son las que nos interesan ahora.

CARC. Sed breves. (*se pone en el fondo observando si alguien viene.*)

LAM. Oh! gracias! (*esta escena sumamente viva.*)

COC. Dime, Lamole... comprendes tú lo que nos sucede?

LAM. Perfectamente. Hemos sido engañados...

COC. Por ese perverso Duque de Alenzon! Voto á...

LAM. Y... crees que nuestra situacion sea grave?

COC. Mucho lo temo.

LAM. Como nos separamos al prendernos, ignoro... Te han interrogado?

COC. Si, y á ti?

LAM. A mi tambien. Pero... cosa estraña! Apenas me han hablado de la fuga del Rey de Navarra y de la Reina Margarita.

COC. Eso precisamente es lo que me tiene á mi confuso. Todo el interrogatorio ha versado sobre esa fatal figura de cera... Se empeñan en sostener que es la imágen del Rey.

LAM. Tú no habrás descubierto que es la de la Reina Margarita.

COC. Jamás!

LAM. (*estrechándole la mano.*) Querido Anibal!

COC. Reniego de esos sortilegios de amor! Nunca producen nada bueno... Pero... no sabes? Ya se me olvidaba. Segun creo, contamos aqui con algun protector invisible.

LAM. Eso mismo iba á decirte yo.

COC. Cómo! Tienes pruebas...

LAM. Si. Y tú?

COC. Hace poco, y cuando despues de mi interrogatorio me volvieron al calabozo de donde acabo de salir... senti ruido en la puerta, y á poco vi que me deslizaban por bajo de ella un billete.

LAM. Lo mismo que á mi.

COC. Aqui lo tengo. (*lo saca.*)

LAM. Y yo. (*id.*)

COC. Es de la Duquesa, y dice: (*leyendo.*) «No te»mas, Anibal, yo te amo.»

LAM. Pues este otro está escrito por Margarita. Escucha. (*lee.*) «Valor y esperanza.»

COC. Diablo! Pero quien ha podido encargarse de que llegasen á nuestras manos?

CARC. (*enmedio de los dos.*) Yo.

LAM. *y* COC. (*admirados.*) Tú!!

LAM. Qué significa..

CARC. Significa que no puede negarse nada á tan ilustres princesas.

COC. Las has visto?

CARC. Sin duda. Y bien aflijidas por vuestra suerte. Yo me encargué de hacer llegar á vuestras manos sus billetes, y...

LAM. Acaba.

CARC. Y de protejer sus intentos.

LAM *y* COC. Amigo mio!

CARC. Poco á poco. No demos que sospechar.... Dentro de una hora estará todo dispuesto para vuestra fuga.

COC. Bravo!

CARC. Auxiliadas por mi las dos princesas, penetrarán aqui mismo...

LAM. Aqui?

CARC. Y como yo tengo todas las llaves os conduciré á la capilla por un desierto corredor... Esta capilla tiene una puerta que dá al parque, y en esta puerta habrá tres caballos.

LAM. Cómo tres? Vá á seguirnos alguna de esas damas?

CARC. Diantre! No pedis poco! Creeis que voy yo á quedarme aqui?

COC. Voto al diablo! Magnífico! Si, ven con nosotros, mi generoso amigo. Ya deseo verte en nuestra compañia á cincuenta leguas de este maldito encierro. Supongo que los caballos serán buenos.

CARC Los mejores de las caballerizas de la señora Duquesa de Nevers.

COC. Oh! Bien los conozco.

CARC. Tambien habrá otros escalonados en el camino, y... en doce horas estaremos en la Lorena.

LAM. (*á Coconás.*) Conque vamos á verlas!!

COC. Si. Y despues el campo, los bosques, las montañas. Diablo! Nunca he sentido una aficion tan grande hácia todo lo campestre! Oh! Qué gran cosa es el miedo... pero el miedo al aire libre... cuando se lleva una buena espada al cinto, cuando se grita, hurrá, á su caballo, y cuando este corta los vientos herido por el acicate.

CARC. Silencio. (*viendo venir á alguno, Lamole y Coconás se apartan juntos á un lado.*)

ESCENA XI.

Dichos, el OFICIAL.

ARC. (*al Oficial.*) Iba á conducirlos en este momento á su calabozo... (*el Oficial le habla al oido.*) (Cielos!...) Mr. de Lamole...
AM. Que ocurre?
ARC. Dignaos seguirme.
AM. (Hasta luego, Coconás.)
OC. (Adios, adios.) (*estrechándole la mano.*)
ARC. (Y no poder evitar...) (*se vá con el oficial y Lamole por la izquierda.*)

ESCENA XII.

COCONAS *solo*: *la noche se aproxima.*

OC. (*sentándose en un banquillo.*) Diablo! Qué picara existencia! Siempre cayendo de un estremo á otro mayor, y... nunca pisando un terreno seguro!... (*pensativo, pausa.*) Y en qué vendrá á parar esto? Quién es capaz de saber lo que le tiene reservado el destino? Yo por mi parte... Eh? Creo que siento un sordo rumor hácia ese lado. (*señalando hácia donde condujeron à Lamole.*) Si.... Pero ese rumor no se aproxima. Sin embargo, como segun nos dicen, hemos cometido el mismo crimen... es decir... que los dos somos inocentes... no hay que dudar en que lo que al uno le suceda ha de acontecer tambien al otro. (*se oye un gemido sordo y lastimero.*) Ah! (*levantándose al oirlo.*) Me parece haber oido un grito de dolor! (*pausa.*) Será tal vez el viento que silva en los corredores de esta antigua fortaleza. (*se oye otra vez.*) Voto al diablo. No. Es una voz humana, y... esa voz!... Dios mio! Esa voz es (*lanzándose á la puerta.*) la de Lamole! (*momento de silencio, se vuelve á oir el gemido.*) Santos cielos! Estan asesinándolo por ventura? Oh! Socorro! Mi espada! Dónde está mi espada! (*la puerta se abre.*) Ah!!

ESCENA XIII.

Dichos, EL NOTARIO, EL JUEZ, *agentes de justicia*, CABOCHE, *entre ellos el* CARCELERO.

NOT. El conde Anibal de Coconás?
COC. Aqui me teneis.
NOT. Se os va á leer la sentencia pronunciada contra vos.
COC. Antes de pasar adelante os declaro que necesito saber si vive el caballero de Lamole.
JUEZ. Vive.
COC. Oh! respiro! Pues bien, cumplid con vuestro deber, caballero.
NOT. Señor conde, de rodillas.
COC. (*con altanería.*) Qué decis?
JUEZ. Tratais de obligarnos á hacer uso de la fuerza.
COC. (*de rodillas.*) Acabemos.
NOT. (*leyendo.*) «Sentencia pronunciada por el tribunal reunido en la fortaleza de Vincennes contra el conde Anibal de Coconás, acusado y convicto del crimen de lesa magestad, de sortilejio y de mágia contra la persona del rey y de haber con sus consejos perniciosos impelido á la rebelion á un príncipe de la sangre.»
COC. Ese príncipe no necesita que nadie le aconseje para ser el primer intrigante del reino.
JUEZ. Silencio!
NOT. «El tribunal, pues, ha decretado que el susodicho conde Anibal de Coconás sea decapitado en la plaza de Greve...»
COC. Adelante, voto al diablo!
NOT. Y sus bienes confiscados. Ademas, se cortarán sus montes á la altura de seis pies, se arrasarán sus castillos, y se colocarán en el centro de ellos una pilastra con una plancha de cobre en la que se esprese el crimen y el castigo.
COC. Concedo lo de mi cabeza porque la teneis en vuestro poder. . pero en cuanto á mis castillos... Id, voto al diablo, si os atreveis á combatirlos.
NOT. «Será ademas dicho conde Anibal...
COC. Calle! Seré algo todavia despues de que me hayais cortado la cabeza?
NOT. «Será ademas dicho conde Anibal de Coconás, antes de la ejecucion de la sentencia, puesto en el tormento estraordinario.»
COC (*levantándose de repente.*) Miserables! Y para qué?
JUEZ. Para obligaros á descubrir vuestros cómplices y los pormenores de sus maquinaciones...
COC Cobardes, asesinos! Pensais que un caballero como yo cometa semejante villania? Jamás, jamás!
JUEZ. (*á Caboche.*) Cumplid.
COC. Cumplid, el qué?
JUEZ. Cumplid el tenor de la sentencia. (*á Caboche.*)
CAR. (Pobres mozos!)

(Dos soldados agarran á Coconás, le atan los brazos y lo sientan en el sillon del tormento que traen dos ayudantes de Caboche.)

COC. Infames! Atadme! Lacerad mi cuerpo...! Yo os desafio á que me obligueis á pronunciar una sola palabra.
JUEZ. (*al notario.*) Disponeos á escribir su declaracion.
COC. Si, escribe que sois unos traidores, unos villanos!
JUEZ. Os obstinais en no revelar...
COC. Nada; ya os lo he dicho.
JUEZ. Maese Caboche. . El tormento.

(Caboche se adelanta; Coconás le reconoce, pero aquel se hace el desentendido.)

COC. Qué veo!

(Caboche coloca las planchas en las piernas de Coconás desde la rodilla abajo, en seguida las ata y agarra una cuña que se dispone á meter á golpe de un martillo enorme entre las dos tablas que por el lado inferior tiene Coconás puestas y fuertemente unidas.)

JUEZ. Se abre el juicio! Quereis declarar, señor conde, los nombres de vuestros cómplices?
COC. No, no.
JUEZ. Primer golpe ordinario. (*á Caboche.*)

(Caboche levanta su martillo y descarga un golpe terrible sobre la cuña que se introduce entre las dos tablas. La fisonomia de Coconás muestra sorpresa de no esperimentar dolor alguno.)

COC. Calle! (*ap.*)
JUEZ. La cuña ha entrado bien?
CAB. Toda, señor.

Juez. No he visto un cristiano mas duro.

Cab. (*bajándose como para examinar la cuña, le dice en voz baja y rápidamente á Coconás.*) Quejaos, voto al infierno!

Coc. (*id. á Caboche.*) Ah! (*adivinándolo todo.*) Uf! (*quejándose.*)

Juez. Cual era vuestra intencion al penetrar en el bosque donde os han visto esta mañana?

Coc. (*burlándose.*) El echarme á la sombra.

Juez. Segundo golpe! (*Caboche lo dá.*)

Coc. Canalla! (*olvidándose.*) Ay! Oh! Ah! (*acordándose.*)

Cab. (*bajo á Coconás.*) (Mas alto!)

Coc. (*muy alto.*) Ah!! Oh!!!

Juez. Qué haciais en el bosque?

Coc. Tomar el fresco.

Cab. (*bajo.*) (Gritad!)

Coc. Ah! Ay!

Cab. (Confesad algo!) (*bajo.*)

Coc. (Pero qué?) (*id.*)

Cab. (Cualquier cosa.) (*id.*)

Juez. No me oculteis nada. El duque de Alenzon os acusa...

Coc. Si? Pues aguardad. Vine al bosque para favorecer la fuga del duque de Alenzon.

Juez. Dejemos al duque y hablemos del rey de Navarra.

Coc. El duque de Alenzon nos citó; los hugonotes estaban reunidos por el duque de Alenzon, porque el duque de Alenzon...

Juez. Basta, basta.

Coc. No quereis que declare? Pues sabed que el duque...

Juez. No mas he dicho.

Coc. (Toma revelaciones!)

Juez. Qué sabeis del rey de Navarra?

Coc. Nada.

Juez. Y de la figura de cera hallada en casa de Mr. de Lamole?

Coc. Eso es una impostura. Y al duque de Alenzon le consta que cuando él me instigó para...

Juez. Silencio! Se dá por concluido el interrogatorio.

Coc. (Gracias á Dios.)

Juez. Ahora, maese Caboche entregaos del acusado... Lo demas queda ya decidido. Marchemos. (*todos se van menos Caboche que desata á Coconás.*)

ESCENA XIV.

Coconas y Caboche.

Coc. (*ya libre y abrazando á Caboche.*) Hombre generoso! Nunca olvidaré lo que has hecho por mi!

Cab. Silencio... Si os oyeran...

Coc. Pero esas cuñas...

Cab. Son de hierro en la apariencia y de cuero en realidad.

Coc. Que escucho! Y como has tenido la idea de.....

Cab. Al avisarme para que viniese á Vincennes, supe que érais vos uno de los presos y que se os iba por consiguiente á dar tormento. En cierta ocasion yo habia favorecido tambien á un amigo, y quise aprovechar esas cuñas fingidas para mostraros que no olvido que la noche de San Bartolomé no solo me salvasteis la vida, sino que me disteis vuestra mano.

Cab. Y ahora vuelvo á estrechártela.

Cab. Perdonad, señor, pero no podemos permanecer juntos. Solo siento que mañana... Oh! Por qué no he de poder libraros del suplicio como os libré del tormento?

Coc. Quién sabe aun lo que sucederá? Tranquilízate y no pienses en eso por ahora.

Cab. Pero vos me perdonareis si...

Coc. Si, si. No hay que hablar mas del asunto.

Cab. Adios, señor, y él no os abandone.

Coc. Hasta la vista. Adios. (*Caboche se vá.*)

ESCENA XV.

Coconas, *despues la* Duquesa *y* Margarita, *despues* Lamole *y el* Carcelero.

Coc. Mañana! Oh! no. El cielo que tan milagrosamente me ha protejido hoy, no nos negará su ausilio: Si mañana estaremos libres! Libres enteramente! Siento pasos... Esa puerta... son ellas...!

Duq. (*que sale con Margarita.*) Anibal.

Coc. Ah! señoras! Esponeros así para salvar á dos pobres prisioneros!

Duq. Hemos dejado al rey á las puertas de la villa y con las mayores precauciones...

Mar. Pero y el conde de Lamole?

Coc. Está en su calabozo. (*aplica el oido.*) Esperad... Alguien viene.

Duq. Cielos!

Coc. (*mirando.*) Es él!

Mar. Lamole! (*se abre una puerta y sale Lamole pálido y abatido sosteniéndose del brazo del carcelero.*)

Lam. Margarita!! (*con voz desfallecida.*)

Mar. Dios mio! (*al verle en tal estado.*)

Coc. Sangre! (*con dolor.*)

Carc. Ha sufrido el tormento!!

Coc. Misericordia! (*se acerca á él, separa al carcelero y lo apoya en sus brazos.*)

Mar. Infeliz!

Coc. Luego no te ha sucedido lo que á mi!

Lam. Yo no sé mas sino que me falta el aliento... las fuerzas.

Carc. Pronto, pronto; no perdamos un instante! La lluvia cae á torrentes, el viento silba con violencia... los caballos aguardan.

Mar. Lamole... ánimo.

Coc. Alienta, amigo mio. Se trata de salvar la vida!

Duq. Valor, caballero. Un esfuerzo y no mas.

Lam. Si, si. (*hace un esfuerzo vano.*) Ah! me es imposible!

Mar. Desdichada de mi! Yo le arrastré á la lucha y...

Lam. No, no, Margarita: era mi deber..... Anibal... tú que has escapado al dolor del tormento... tú que eres jóven..... que eres amado..... huye, amigo mio, y déjame el consuelo de verte libre.

Carc. (*que ha estado mirando por la ventana.*) Somos perdidos.

Duq. Cómo!

Carc. Acabo de ver los caballos conducidos de diestro por las guardias de la fortaleza!

Mar. Cielos! Pero... los nuestros están á poco pasos de aqui. Que se salven en ellos.

Lam. Huye, Coconás. Huye!

oc. Cómo! Y crees que yo pueda abandonarte? Crees eso de tu amigo!

)uq. (*á Coconás.*) Qué decis?

oc. Digo, señora, que Lamole está imposibilitado de dar un paso; que ni aun al cadalso podrá subir sin el ausilio de un amigo... y que este amigo seré yo, que he jurado y juro de nuevo vivir ó morir con él!

arc. Por piedad! Adoptemos una resolucion cualquiera...

ar. Pero qué hemos de hacer?

arc. No ois ruido en esa puerta?

arc. (*que ha visto abrirse la puerta.*) Nos estaban escuchando!

uq. Ah! Ya es tarde, Margarita. (*la puerta se abre. Aparecen en ella Demuy y Enrique que esclama saliendo.*)

nr. No.

ar. Duq. Coc. Ah!!

ar. Enrique..! Vos! Vos quereis salvarlos á ellos!

nr. Demuy, Mr. de Coconás, y tú... buen hombre.. conducid á Mr. de Lamole por ese corredor secreto que ha servido de entrada á la reina Margarita. Uno de vosotros suba con él en el caballo de la duquesa: los otros dos en el de mi esposa, y... encaminaos á Paris pronta y ocultamente. Vos, señora, aparentad que habeis venido á verme con vuestra amiga y que esos caballos que han cogido son los vuestros. Yo os diré despues lo que debeis hacer. Demuy, tú sabes lo demas. Pronto, señores.

c. Apresurémonos.

r. Partid.

(Demuy y Coconás se llevan á Lamole. El Carcelero los sigue. Enrique cierra la puerta por donde se han marchado.)

ar. Enrique! (*con agradecimiento.*)

r. Si yo os pidiese vuestra vida, Margarita, en pró de la alianza que nos hemos jurado, no me la dariais?

ar. Siempre.

r. Pues bien. No estrañeis que yo sepa cumplir á mi vez mi juramento.

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SESTO.

PERSONAGES EN ESTE ACTO.

El rey Carlos IX.	Mr. de Nancey.
El rey de Navarra.	Demuy.
La reina Catalina.	La Nodriza del rey Carlos.
La reina Margarita.	El gobernador de Vincennes.
La duquesa de Nevers.	Pages, caballeros, cortesanos, hugonotes.
El duque de Alenzon.	
Rene.	
Lamole.	
Coconás.	

La cámara del rey Carlos IX. A la derecha del público una puerta secreta; mas allá otra puerta. A la izquierda una puerta grande, mas allá un balcon. Al fondo una puerta que figura ser la de la alcoba del rey: esta se presenta á la vista del público y dentro de ella una cama suntuosamente adornada. En la escena y casi en medio, una mesa con tapete. Entre la puerta secreta y la otra puerta otra mesa sobre la cual hay un cofrecito de plata. En el fondo y al lado de la alcoba, otra puerta.

ESCENA PRIMERA.

La Duquesa de Nevers, Un page.

Duq. (*saliendo por la puerta de la izquierda y á un page que estará en la escena.*) Avisad inmediatamente al doctor Ambrosio Paré de que el rey se ha empeorado al salir de paseo, y decidle que venga al Louvre en el instante. (*el page saluda y se vá.*) Qué estraña enfermedad! (*viendo salir á Margarita por la puerta junto á la de la alcoba.*)

Mar. Estamos solas?

Duq. Ya sabrás el alarmante estado del rey.

Mar. Si. Todo el mundo se pierde en conjeturas! Mi propia madre no sabe á què atribuir...

Duq. Vienes de su cuarto?

Mar. No. Vengo de ver á nuestros tres proscriptos. Demuy me sigue á muy pocos pasos.

Duq. Qué imprudencia! Despues de que el cielo sin duda protejió su fuga y su secreta introduccion en palacio, despues de que Mr. de Lamole, gracias al doctor Ambrosio Paré, ha recobrado repentinamente sus fuerzas... van á correr un nuevo peligro? Oh! Por qué nuestros dos caballeros no han emprendido la marcha á Lorena?

Mar. Por qué? Porque un destino mas poderoso que mis pasiones me liga á un juramento terrible... Porque he prometido alianza eterna á Enrique de Navarra, y Enrique de Navarra cuenta para salvar á la Francia con Lamole y Coconás.. Mi esposo acaba de escribirme desde Vincennes... y... no hay remedio, Enriqueta. Es preciso que sus instrucciones se cumplan.

Duq. Qué locura!

Mar. Tu eres muy niña aun, y no comprendes los misterios de la suerte. Ademas... el estado del rey... la agitacion que reina en la villa... Todo me hace presagiar que mi esposo... Que la Francia entera corren un gran peligro.

Duq. Pero...

Mar. He aqui á Demuy. Entrad sin recelo. (*Demuy aparece con recelo en la puerta inmediata á la alcoba.*)

Dem. (*saliendo.*) Cómo! Estamos en la misma cámara del rey?

Mar. No temais. Era preciso que viniésemos á ella.

Dem. Y cuáles son vuestros proyectos?

Mar. Esa salida secreta conduce á una puerta que dá á la orilla del Sena. La única llave que de la puerta hay en palacio la tenia el rey. Tomad.

Dem. Y bien?

Mar. Salid cuanto antes del Louvre, y pues esta mañana os di aviso de que vuestros amigos y los provenzales de Mr. de Lamole esperan á las puertas de Paris; poneos al frente de ellos y... esperad al rey de Navarra que irá á buscaros dentro de media hora.

Dem. Pero olvidais que el rey de Navarra está preso en Vincennes?

Mar. No importa. Vos mismo sabeis los ocultos designios que se atribuyen al duque de Alenzon, los temores que esta noche ha infundido la enfermedad del rey... Su único defensor es mi esposo y... deber suyo es salvar á Carlos IX, y á la Francia.

Dem. Es decir que va á fugarse de Vincennes!

Mar. Todo lo tiene ya dispuesto. Apresuraos.
Dem. Comprendo, señora, y voy á cumplir cuanto acabais de mandarme.
Mar. Cerrad bien la puerta por donde salis y conservad la llave. Adios.
Dem. Si vuelvo, señora, sin los mios, será para morir luchando. (*le abre la puerta secreta, Demuy se vá, Margarita cierra otra vez.*)

ESCENA III.

Margarita, Duquesa, *despues el* Rey *y* Mr. de Nancey.

Duq. Y nuestros dos caballeros?
Mar. En mi cuarto. El rey de Navarra me ha prevenido que permanezcan en palacio por si fuese preciso defender al rey de algun peligro.
Duq. Calla! El creo que viene.
Mar. Dios mio! No ves cuan demudado está su semblante? (*mirando las dos la puerta primera de la izquierda.*)
Duq. No sé qué pensar. (*el rey sale apoyándose en Mr. de Nancey. Un paje trae luces que pone sobre la mesa.*)
Car. Mas despacio, Mr. de Nancey... mas despacio!... Calle! Tú aqui, Margarita? (*se sienta ayudado por Mr. de Nancey.*)
Mar. Si. Deseaba informarme de vuestra salud.
Car. Mal... va muy mal, Margarita. He tenido que renunciar á mi paseo, y... para colmo de fastidio... me he visto obligado á recibir un mensaje del parlamento sobre no sé qué impuestos de... Quiero estar solo... dejadme. Ah! (*á Nancey.*) Que monte un oficial á caballo y que vaya á Vincennes. Necesito ver inmediatamente á Enrique de Navarra.
Mar. (Cielos!)
Car. Deseo que me haga compañía. El solo me distrae de mis sufrimientos. Todos los demas..
Mar. (Vá á imposibilitar su fuga! Dios mio!) Pero no seria lo mejor que descansaseis esta noche y mañana...
Car. No, no. Ahora mismo. Obedeced. (*Nancey saluda y se vá.*) Y vosotras, retiraos. Adios, Margarita, adios, Enriqueta.
Mar. Hasta luego.
Car. O hasta mañana.
(Margarita y Enriqueta saludan y se van por la puerta inmediata á la alcoba cerrando tras si.)

ESCENA IV.

El Rey *solo. Echa agua de un jarro que hay sobre la mesa y bebe.*

Si.... Todos me cansan...! Todos aumentan mi sombrio padecer..! Solo Enrique me habla lealmente solo él me... (*mira á un lado y á otro.*) Cosa mas estraña! Dónde está mi fiel compañero? No le he visto desde ayer... ni me acompañó á la caza, ni ha venido á hacerme las caricias de costumbre. (*se levanta.*) Acteon! (*llamando.*) Acteon! En dónde diablos se ha metido? (*busca por uno y otro lado.*) Es particular...! (*levanta el tapiz de la mesa y descubre al perro echado sobre un ferreruelo.*) Calle! Aqui, Acteon, aqui. No oyes?... Pero... me engañan mis ojos? Está muerto! Muerto! Y echado sobre mi ferreruelo!.. (*pausa.*) Ah! Pobre Acteon! Ha querido morir sobre ese objeto que te recordaba un amigo!! No sé que pensar! Antes de anoche estaba bueno, me acompañó como de costumbre, volvió aqui trayendo mi libro de caza, y... Veamos. (*se arrodilla y se pone á examinar al perro.*) Los ojos cristalizados! La lengua roja! Qué enfermedad tan rara! Y... qué es lo que tiene aun en la boca? Un papel... y en el sitio en que este papel se halla... la inflamacion es mas violenta, la piel está destrozada como si la hubieran empapado en vitriolo.... (*saca el papel, lo desdobla y lo examina*) Qué es esto... Un fracmento del libro de caza! (*se levanta.*) Cielos!! Estaria ese libro envenenado? Ah! Todo lo comprendo! Y yo que he vuelto cada hoja con el dedo llevándolo antes á la boca... Estos vértigos, estos dolores que sufro! Misericordia, Dios mio! Misericordia! Ola! Mr. de Nancey! Ola!!... (*gritando.*)

ESCENA V.

Dicho, Mr. de Nancey.

Nan. Señor...
Car. Que corran inmediatamente al puente de San Miguel! Que conduzcan aqui á maese Renato, el Florentino!! Lo ois? de grado ó fuerza es preciso que venga á mi presencia. Os doy diez minutos no mas. Corred al punto!
Nan. Señor... La casualidad secunda vuestro deseo, porque... acabo de verle entrar en las habitaciones de la Reina Catalina.
Car. Llamadle, traedle aqui en el momento. (*Mr. de Nancey se vá.*) Oh! Aun cuando tenga que dar tormento á todo el mundo, yo sabré de dónde viene ese libro, yo sabré...
Nan. Acabo de encontrar á maese Renato en el corredor...
Car. Que entre. (*sale Renato, Nancey saluda y se vá.*)

ESCENA VI.

Carlos *y* Renato.

Car. (*á Nancey.*) Cerrad la puerta (*Nancey cierra.*)
Ren. (Qué será esto?) (*turbado,*) V. M. me ha mandado venir..
Car. Si. Vos sois un hábil químico, no es cierto?
Ren. Señor...
Car. Y acerca de algunas materias sabeis mas que los mejores médicos...
Ren. V. M. exajera...
Car. No. Mi madre me lo ha dicho. Por otra parte... tengo confianza en vos y os prefiero á cualquier otro para haceros una consulta. Acercaos. (*levanta el tapete de la mesa.*) Examinad ese perro y decidme de qué ha muerto.
Ren. (*se inclina y examina el cuerpo de Acteon.*) Advierto en él muy tristes síntomas, señor.
Car. Si, ese perro ha muerto envenenado.
Ren. Mucho lo temo.
Car. Y podriais adquirir la certeza de esa presuncion?
Ren. No tengo necesidad de adquirirla, porque... la poseo ya. Todas estas señales hasta indican qué clase de veneno ha sido.
Car. Decidlo.
Ren. Un veneno mineral.

Ar. (Oh!) Y... qué esperimentaria un hombre que inadvertidamente hubiese gustado ese veneno?

En. Una gran pesadez de cabeza... ardores internos, y... agudo dolor en las entrañas.

Ar. Y tendria sed?

En. Una sed inestinguible.

Ar. (Si, si. Eso es!) (*vuelve á echar agua y á beber.*)

En. Por qué me hace V. M. esa pregunta?

Ar. Nada os importa. Respondedme. Cuál es el contra veneno para...

En. Seria preciso antes asegurarse de las materias... Tiene V. M. alguna idea de cómo se haya envenenado este perro?

(r. Se ha comido una hoja de cierto libro...

En. (*sobresaltado.*) De un libro?

(r. Si.

En. Y... ese libro, lo tiene V. M.? (*el Rey abre el cofrecito de plata y le enseña el libro á Renato.*)

Car. Helo aqui.

Ren. (*retrocediendo.*) (Qué veo!)

C. Ved cuál ha sido la hoja. (*le enseña una hoja rota por la mitad.*)

R. Permítame V. M. que rompa otra, y...

C. No, no. La misma será mejor. (*rompe lo que quedaba de hoja y se la dá á Renato.*)

R. (*acerca la hoja á la bujia y la quema.*) Ese animal ha sido envenenado con una mistura de arsénico.

C. En qué lo conoceis?

R. En el olor de esta hoja. (*teniéndola ardiendo en la mano.*)

C. Y bien. Cuál es el contra veneno? (*Renato vuelve la cabeza negativamente.*) Cómo! No encontrais ninguno!

R. Señor. Es un veneno terrible!

C. Oh!!!... Está bien. Decidme ahora si conoceis este libro. (*se queda con los ojos clavados en los de Renato.*)

R. (*aterrado.*) Yo!!!

C. (*pone las manos sobre los hombros de Renato y mira de hito en hito queriendo leer en su semblante: Renato se vá inclinando poco á poco hasta caer de rodillas.*) Tú le conoces, vive Cristo! Al verle has hecho un movimiento de terror.

R. Ah! Yo juro á V. M....

C. Renato... Tú envenenaste á la Reina de Navarra con guantes perfumados... Tú envenenaste tambien al príncipe de Porcian con el humo de una lámpara... tú asesinaste al padre del capitan Demuy...! Renato! te juro por mi nombre que he de mandar arrancarte las carnes con tenazas ardiendo... si no me dices á quién pertenece ese libro.

R. Y... si confieso la verdad, señor... quién me garantiza la vida?

C. Yo.

R. Me dá V. M. su palabra?

C. Mi palabra de Rey... y de caballero.

R. Ese libro, señor... es mio.

C. Tuyo!

R. Si.

C. Y cómo ha salido de tus manos?

R. Porque me lo pidió la Reina madre...

C. La Reina! Y... cuando se lo diste... estaba envenenado? Di la verdad.

R. No señor.

C. Con qué objeto te pidió ese libro? Tú lo sabes.

Ren. Con el de hacerlo entregar al Rey de Navarra que habia pedido á S. A el Duque de Alenzon una obra de ese género para estudiar la caza de las aves.

Car. (Ah! Ya no me queda duda de lo que esto significa! Ese libro llegó á estar en las manos de la victima... yo se le quité... Hay un destino y me tocó el sufrirlo!) Ah! (*vacila.*)

Ren. Qué tiene V. M.?

Car. Nada... Dame de beber. Renato... yo me abraso!

Ren. Cómo! Señor! (*comprendiéndolo todo: el Rey le hace una seña imperiosa para que calle.*)

Car. Toma una pluma y escribe en ese libro.

Ren. (*tomandola.*) Qué?

Car. Lo que voy á dictarte: «Este manual de »caza fué dado por mi á la Reina madre Cata»lina de Médicis.» Pon tu firma.

Ren. (*firmándolo.*) Ya está.

Car. Te he prometido que nadie atentará contra tu vida y lo cumpliré. Pero... (*haciéndole con el dedo señal de que calle.*)

Ren. Os lo juro por lo mas sagrado.

Car. Ahora... sé que me has dicho que no hay contra veneno .. pero... en fin. Tú no dejarias tampoco morir á tu padre ni á tu hermano si se hubiesen envenenado como lo está ese perro ... algo intentarias por salvarle.... algo.... Qué le darias? Habla. (*Renato mueve negativamente la cabeza y Carlos con desesperacion dice.*) Nada!!!

Nan. (*saliendo.*) Señor... S. M. la Reina madre.

Ren. Ah! que no me vea aqui.

Car. Bien, bien. Ese corredor secreto. Apresúrate. (*le abre la puerta secreta, Renato se vá por ella, Nancey por donde vino, y el Rey se queda solo.*) Ocultemos este libro. (*encerrándolo en el cofrecito de plata y echando la llave que se guarda en el bolsillo.*) Ocultemos á todo el mundo la horrorosa verdad que acabo de saber! Muera yo... pues lo dispone el cielo.... pero sálvese mi nombre, sálvese el trono de Valois de la deshonra, sálvese en fin de la negra execracion humana!! (*cae en el sillon.*)

ESCENA VI.

El Rey Carlos, *la* Reina Catalina.

Nan. (*anunciando.*) S. M. la Reina Catalina.

Car. (Mi sangre se hiela!)

Cat. (*sale, Nancey se retira.*) He sabido, Carlos, que tu indisposicion ha tomado un carácter mas grave, y vengo á informarme yo misma de tu estado.

Car. (*mirándola con terror.*) Vos, señora, venis...

Cat. Sin duda. Y á juzgar por lo que veo, tu imaginacion influye demasiado en la enfermedad que padeces. Ya te dije que la sangre de los que con sus infernales sortilegios conspiraban contra tu existencia, era el remedio seguro de....

Car. Mas sangre todavia!.... Oh!.... Cuán caro cuesta á mis súbditos, señora, el entrañable amor que me profesais! Por ventura, en vuestras noches de insomnio, en vuestras horas de soledad... no veis ese espantoso número de víctimas hechas al poder de una palabra vuestra? No veis la sombra de esos mártires que sacri-

ficó vuestro odio... No veis á mi pobre Coligni, al esforzado Almirante, levantar sobre mi cabeza la mano que yo estreché traidoramente aquella funesta noche?

CAT. Carlos!

CAR. Esa, señora, y no otra es la causa de mis males... Esos son los verdaderos sortilegios! El cielo vengó siempre á la inocencia, y... el cielo me castiga.

CAT. Qué dices?

CAR. Digo que este sudor rojo y copioso que baña mi frente. es la sangre de los hugonotes! Digo que los sufrimientos que padezco son los sufrimientos de la muerte.

CAT. Tú! (*sorprendida.*)

CAR. (*sonriendo amargamente.*) No era eso lo que vos esperábais. No es cierto?

CAT. Cómo!

CAR. Habeis hecho bien en venir, señora, porque la ocasion es solemne, y acaso mañana seria tarde. Pero á nuestra entrevista debe asistir otra persona.

CAT. Quién?

CAR. Mi hermano.

CAT. Y qué tiene que hacer el Duque de Alenzon...

CAR. He dicho mi hermano, mi hermano Enrique.

CAT. El Bearnés!

CAR. Si.

CAT. Ah! Si á tal estremo ha llegado tu demencia... por fortuna existo todavia... Enrique es criminal... Te he presentado pruebas. Esa figura de cera que puse en tus manos, revela suficientemente su crimen y perecerá.

CAR. Madre!

CAT. Si. La Reina Catalina de Médicis sabrá suplir tu vergonzosa debilidad.

CAR. Soy Rey, señora, y vive Dios!...

CAT. Eres un Rey á quien los sueños de la imaginacion hacen creer enfermo y sin fuerzas. Eres un Rey abrumado por el peso de una corona que no puedes sostener, y yo que la conservé un dia para entregártela fuerte y poderosa, no consentiré que hoy caiga á mis pies rota y menospreciada. Carlos, tu hermano el Rey de Polonia vendrá á tomar posesion de la herencia de tu padre.

CAR. Quereis imponerme una abdicacion! Ah! No la necesitais! Pero si aun os alhagase la idea de una regencia... esta no será para vos... sino para Enrique á quien he mandado llamar.

CAT. A Enrique! Yo á mi vez daré orden de que le vuelvan á un calabozo! (*dirijiéndose á la puerta junto á la alcoba.*)

CAR. (*levantándose.*) Señora! Deteneos! (*Catalina abre la puerta y se encuentra con Margarita.*)

CAT. (*al verla.*) Margarita!

MAR. Madre mia!

(Catalina silenciosa é imponente ase á Margarita de la mano, la trae con violencia á la escena. Margarita queda inmóvil, el Rey en pie sosteniéndose en la mesa, Catalina dominando á los dos hijos con la vista.)

CAT. (*á Margarita en tono sosegado pero imponente.*) Qué haciais en esa puerta?

MAR. Yo...

CAT. Responded. (*Carlos con los ojos fijos en las dos.*)

MAR. Pues bien... os escuchaba.

CAT. Para qué?

MAR. Porque queria hablar á Carlos, porque queria justificar á mi esposo.

CAT. Silencio!

CAR. No, no. Dejadla que hable. Yo lo quiero, yo lo mando.

CAT. Carlos!

CAR. Tú sabes que una de las pruebas que se presentan contra él... es una figura de cera...

MAR. Si... lo sé, hermano mio, y ya es preciso que se averigue la verdad.

CAT. (Pero la verdad es tu perdicion, infeliz!) (*á Margarita.*)

MAR. Y qué me importa si lo salvo?

CAT. Habla. Esa figura se ha encontrado en casa de Mr. Lamole.

MAR. Si. Pero á él solo pertenece.

CAR. Tiene un manto real y una corona.

MAR. Si, si. Pero esa figura es la representacion de una mujer y no de un hombre.

CAT. Imprudente!

CAR. Y la aguja que le atraviesa el corazon... L. M. escrita en la banderola...

CAT. Esa letra quiere decir muerte.

MAR. No, no.

CAR. Cómo!

MAR. Esa letra quiere decir Margarita.

CAT. Desdichada! (*asiéndola de la mano y haciéndola caer de rodillas.*)

MAR. Perdon!

CAR. Ah! Todo lo comprendo! (*pausa.*)

CAT. Ahora que has revelado tu crimen, adivinarás cuál puede ser tu castigo.

MAR. Muera yo, pero sálvese Enrique! Porque habia jurado salvarle, madre mia!

CAT. Si, pero el cielo no perdona una culpa porque otra se castigue, y yo...

CAR. (*poniendose enmedio y levantando á Margarita.*) Y vos para evitarme que os pruebe esa verdad terrible... vais á esperar en vuestro cuarto á que os llame de nuevo.

CAT. Cómo!

CAR. Os he dicho que tengo que hablar á mi hermano Enrique; os he dicho que estoy cerca á la muerte...

CAT. Y me negais el derecho que tengo para permanecer á vuestro lado como madre y como Reina?

CAR. Es que... vos no sois mi madre.

CAT. Carlos!

CAR. No! no es madre quien quita el ser al mismo á quien se lo diera!

CAT. (*violentamente agitada.*) Qué has dicho?

MAR. Hermano mio!

CAR. Miradme bien, señora. Mirad este rostro lívido, desencajado!

CAT. Acaba, por piedad!

CAR. Voy á hacerlo, puesto que vuestra tenacidad me obliga á ello. Tomad esta llave.

CAT. (*cojiéndola.*) Esta llave...

CAR. Abrid aquel cofrecito de plata.

CAT. Pero, qué significa...

CAR. Abridlo. Yo lo mando.

CAT. No sé... (Mi cuerpo se estremece...) (*yendo á la mesa.*)

MAR. No puedo comprender...

CAR. Silencio, Margarita. (*entretanto Catalina abre el cofrecito.*)

CAT. Qué veo!

(Al fijar la vista dentro del cofre, se queda aterrada.)

temblando con la vista fija adentro, y la mano estendida sin atreverse á introducirla.)

CAR. Por qué temblais? Introducid en él vuestra mano. Ahi debe haber un libro!

CAT. Si! *(con horror.)*

CAR. Un libro de caza. Traédmele.

CAT. *(cojiéndolo temblando se queda con él en la mano.)*

CAR. Leed lo que hay escrito en su primera página.

CAT. *(leyendo.)* Renato!

CAR. Las hojas están ya despegadas... Alguno ha leido en este libro mas de lo que debia... Yo me muero, señora! *(con violenta desesperacion.)*

(Carlos cae desfallecido en el sillon. Catalina da un grito y se oculta con sus manos el rostro.)

MAR. Vacila!

CAR. Dios es justo!

CAT. Hijo, Carlos!

MAR. Pierde el sentido! Socorro! Mr. de Nancey! *(se dirije á la puerta y la abre.)*

CAT. Cielos! Piedad de mi! *(al lado de su hijo.)*

ESCENA VIII.

Dichos; MR. DE NANCEY, ALENZON, *la* Nodriza *del rey.*

MAR. Alenzon! Mr. de Nancey! El rey se muere!

ALEN. Hermano!

NER. Hijo mio!

MAR. Conducidlo á su lecho.

NAN. Ya vuelve en si.

CAR. Enrique! Yo quiero verle! Que venga el rey de Navarra.

ALEN. Apoyaos en mi.

CAR. No, no. Berta, Berta...

(Berta, Nancey y Catalina se llevan al rey hácia la alcoba. Alenzon se vá con ellos y cierran. Al mismo tiempo Enrique aparece en la puerta de la izquierda, Margarita lo vé y se vuelve á él.)

ESCENA IX.

ENRIQUE, MARGARITA, *despues* ALENZON.

MAR. Enrique! Enrique! acudid, el rey está espirando!

ENR. Qué escucho!

MAR. Os llama! Quiere teneros á su lado!

ENR. Ah! Y el duque de Alenzon?

MAR. En esa alcoba.

ENR. Pero Demuy, Lamole...

MAR. Demuy ha partido en busca de los suyos. Temeis que vuestros enemigos se adelanten á levantar la cabeza?

ENR. No me habeis dicho que el rey Carlos se muere? Ellos preveian este suceso... ellos quizá son la causa. Pero... puesto que el duque está ahí.. lo sabré... *(se adelanta á la alcoba. El Duque de Alenzon sale con Nancey.)*

ALEN. A donde vais?

ENR. A ver á S. M. que me ha mandado venir.

NAN. No se pasa.

ENR. Mr. de Nancey!

NAN. Son las órdenes de S. M. la reina madre.

ENR. En Francia no dicta órdenes mas que el rey Carlos IX.

ALEN. Cumplid lo que se os ha mandado.

MAR. Alenzon!

ALEN. *(á Nancey.)* Dónde están los guardias suizos?

NAN. Esperando vuestras órdenes, Sr. Duque. *(Alenzon sale precipitadamente por la puerta izquierda.)*

MAR. Qué intentará?

ENR. Paso, Mr. de Nancey, en nombre de S. M. Carlos IX.

NAN. Señor...

ENR. Paso, ó vuestra cabeza responderá de las consecuencias.

NAN. Al menos disculpadme vos mismo.

ENR. Retiraos á vuestro puesto.

MAR. *(sola.)* Qué va á suceder aqui? Enrique está solo! El duque de Alenzon va á volver sin duda con la guardia suiza para llevar á cabo algun tenebroso designio. Demuy no viene! Oh! es preciso salvar al rey de Navarra. Gilona! Gilona!

(La doncella aparece en la puerta junto á la de la alcoba. Margarita le habla al oido. Gilona se vá precipitadamente. Margarita vuelve á la escena fijando la vista en la puerta de la izquierda.)

La antecámara se llena de caballeros y de oficiales de palacio. Sin duda saben ya el estado del rey. Ah! Cada momento que pasa aumenta los peligros que amenazan á Enrique. Si, veo á los amigos de mi hermano Alenzon recorrer los grupos de cortesanos. Hablar acaloradamente. *(volviendo á mirar por la puerta donde se fué Gilona.)* Cuanto tardan! Evitaré que nos sorprendan, puesto que si me separo de aqui, puede salir Enrique sin que yo le vea y... *(Lamole y Coconás salen por la puerta inmediata á la alcoba.)* Gracias á Dios.

ESCENA X.

MARGARITA, LAMOLE, COCONAS, *despues* ENRIQUE.

LAM. Nos habeis en efecto mandado venir á este cámara?

MAR. Si, Lamole, si.

COC. Gilona nos ha dicho cuanto sucede.

MAR. Pero no os ha dicho que el duque de Alenzon ha ido en busca de sus parciales, y que el rey de Navarra peligra ahora mas que nunca.

LAM. Aqui estamos los dos para morir por él.

MAR. Morir, Lamole! No era ese el porvenir que soñamos un dia.

LAM. Porque olvidábamos... Vos que erais aliada, y yo que era amigo del rey Enrique...

MAR. Fatalidad!

COC. Pero, hablad, señora. Demuy no ha partido en busca de los nuestros?

MAR. Si, mas la cólera y ambicion de Alenzon no dará treguas para nada.

LAM. Entonces solo nos queda el medio... *(se abre la puerta de la alcoba y sale Enrique cerrándola y con un pergamino en la mano.)*

MAR. Enrique!!

ENR. Señores... Vuestra presencia no puede ser mas oportuna. Ha llegado el momento de obrar.

COC. Y bien?

ENR. *(llamando.)* Mr. de Nancey.

MAR. Cuál es vuestro intento? *(aparece Nancey.)*

ENR. Colocad centinelas en esa puerta y que no se permita entrar á nadie.

Nan. Pero... en nombre de quien me da V. M. esa orden?
Enr. En mi nombre. Soy regente de Francia. (*mostrándole el pergamino.*)
Mar. Qué escucho! (*movimiento de Lamole y Coconás.*)
Nan. Señor... Como leal vasallo, mi deber es advertiros que vuestras órdenes van á ser ineficaces. Todas las antesalas están llenas de cortesanos y capitanes cuyo principal objeto es quitáros la vida, y no aguardan para ello mas que la llegada de S. A. el duque de Alenzon, que ya se acerca al frente de la guardia suiza. Mi resistencia y mi autoridad, señor, son inútiles.
Mar. Dios mio!
Enr. Cumplid mis órdenes. Vuestro deber es morir en el puesto que se os ha confiado.
Nan. Sereis obedecido. (*saliendo y cerrando.*)
Lam. Pero es imposible, señor, que permanezcais en palacio un solo instante.
Mar. Vuestra muerte es segura.
Enr. Lo veo: pero no hay ya medio alguno de evitarlo. Fuerza es que mi destino se cumpla.
Coc. Todavia, señor, nos queda un recurso.
Enr. Hablad.
Coc. Que salgais á reuniros con Demuy y que volvais á la cabeza de sus gentes. Apostados estaban en las puertas de la villa y tal vez podais encontrarlos á pocos pasos del Louvre.
Mar. Si, si. Es el único medio.
Enr. Imposible.
Lam. Reflexionad que se trata de vencer; reflexionad que dentro de estos muros no queda ya esperanza. Al menos, señor, probemos nuestra suerte.
Enr. Pero como salir de palacio!
Mar. Y Demuy que se llevó la llave de esa puerta!
Lam. Hagamos el último esfuerzo y espada en mano busquemos una salida.
Enr. Pero... con este traje... voy á ser conocido.
Lam. Yo me encargo de evitarlo. Venid, señor.
Mar. Tal vez podais ganar la puerta qne da frente á San German y por ella...
Enr. En efecto.
Lam. Apresuraos. Dos leales os acompañan.
Enr. Margarita! Dad mi último adios á vuestro pobre hermano, y pedid al cielo que arme mi brazo con el rayo de su justicia.

(Vase con Coconás y Lamole por la puerta inmediata á la alcoba; Lamole que se vá el último, se vuelve desde el umbral á Margarita.)

Lam. Adios, señora!
Mar. Lamole! Lamole! Protejedlos, Dios mio! (*rumor en la antecámara.*) Ese rumor..... Ese ruido de armas... Oigo la voz de Mr. de Nancey. Sin duda quiere impedir que penetren en esta cámara! Crece el tumulto! Cielos! Qué será? (*se abre la puerta.*)

ESCENA XII.

Margarita, Alenzon, Mr. de Nancey, el Gobernador de Vincennes, Caballeros, Cortesanos; *despues la* Nodriza.

Alen. Adelante, señores. La hora es llegada.
Mar. A dónde vais?
Nan. Señor duque. Como príncipe de la sangre habeis abusado de vuestro poder al entrar aqui.
Alen. Y quién se atreve á replicarme? Dónde está el rey de Navarra?
Mar. El rey de Navarra está nombrado regente de Francia, el rey de Navarra llegará á ocupar el trono de Carlos IX.
Alen. Mil rayos! Buscadle! (*á los suyos.*)
Mar. Señores, veremos quién se señala primero como traidor! (*los caballeros y cortesanos vuelven la vista y miran por el balcon señalando con el dedo con rumor confuso.*)
Alen. Qué es eso?
Gob. Mirad.
Alen. El es! Enrique que sale huyendo con otros dos!
Mar. Enrique!
Alen. Si, veo desde aqui su capa de amaranto! La pluma blanca de su birrete! Fuego, mis suizos! Fuego sobre la capa de amaranto! (*figurando gritar á la guardia que está en la calle.*)
Mar. Piedad! Piedad!
Alen (*se oye una pequeña descarga.*) Fuego!
Mar. Ah! (*dando un grito.*)
Nan. Qué habeis hecho? Señor...
Alen. (*mirando.*) Enrique ya no existe.
Mar. Socorro!
Alen. (*á un caballero.*) Volad, que conduzcan su cuerpo aqui inmediatamente. (*vase un caballero.*) Ahora... Yo diré al Rey mi hermano.. (*se dirije á la alcoba, la nodriza sale á su encuentro cerrando.*)
Ber. Deteneos, señor! El Rey ha muerto!
Todos. Ah! (*Margarita corre y entra en la alcoba del Rey.*)
Alen. Carlos ha muerto! Pues bien! Mia será su corona.
Ber. Vuestra!
Alen. Si.
Gob Señor! Olvidais que vuestro hermano el Duque de Anjou es el que debe reinar con el nombre de Enrique III?
Alen. Mi hermano es Rey de Polonia y tiene ya satisfecha su ambicion.
Nan. Paso, señores, paso!
Alen. Ah! Ya me veo libre (*viendo entrar un grupo de soldados trayendo un cadáver envuelto completamente en una capa de amaranto, y al cual colocan sobre un sofá á la vista del público.*) del único enemigo que podia contrarestar mi poder! Qué se hicieron, condenado Bearnés, las profecias que te aseguraban el trono de Francia? Ese trono es ya mio.
Gob. Jamás! Mr. de Nancey, anunciad la muerte del Rey Carlos y proclamad á Enrique de Anjou.
Alen. Cómo!
Gob. La guardia suiza os ayudaba porque cuando vos se propuso la muerte del Rey de Navarra pero de antemano estaba dispuesta á favor del legítimo heredero.
Alen. Oh! me han vendido!
Ber. Mr. de Nancey, cumplid con el deber de buen vasallo.
Nan. El Rey Carlos IX ha muerto! El Rey Carlos IX ha muerto! Viva el Rey Enrique III.
Todos. Viva! (*el hombre envuelto en la capa se levanta haciendo el esfuerzo último, y desembozándose se descubre el rostro: es Lamole y grita: se oyen clarines.*)
Lam. Viva el Rey Enrique IV. (*cae muerto.*)

Coc. (*oculto entre la multitud saca su espada y grita.*) Viva el Rey de Francia y Navarra!
Alen. Traicion! (*sacando él y los suyos las espadas.*)
Todos. Traicion!
Coc. Alto ahi.... Traidores cortesanos! Llegó vuestra hora! Estais cercados por todas partes! Oid! Ya entran en palacio las huestes del Bearnés.
Alen. Seguidme, amigos!
Dentro. Viva Enrique IV. (*la puerta secreta se abre, entra Demuy con varios hugonotes; Enrique por la de la izquierda con el trage de Lamole y con otros hugonotes.*)
Enr. Atrás!
len. Cielos! (*todos retroceden asustados.*)
em. Venganza!
nr. No, no. Jamás celebremos nuestros triunfos con la sangre de las vítimas! Abrid esa puerta! (*abren la de la alcoba.*)
ar. (*saliendo.*) Enrique...! Vive... Ah! (*viendo á Lamole.*)
nr. Nada sacrificábais al amor de un esposo, Margarita, y Dios... quiso que lo perdiérais todo por la fé de un aliado.
(Se vuelve y señala á la alcoba. Se vé al Rey muerto su lecho y á Catalina á los pies arrodillada, y con la cabeza inclinada sobre una mano de su hijo que tiene entre las suyas.)
Volved la vista, señores. Al pie de ese yerto cadáver llora una madre presa del dolor y del remordimiento! Dejemos al cielo su perdon ó su castigo!
Dem. Señor... qué decis?
Enr. Que en tanto aqui intentamos vengarnos cobardemente, hay un pueblo oprimido á quien volver su honor y su libertad. Demuy, lo primero es el pueblo, lo primero es su gloria y su grandeza! No la empañemos, no, con el rencor ni la venganza!
Dem. Viva Enrique de Navarra!
Enr. Amigos! Compañeros! Bendecid al cielo que nos ha dado la victoria!

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1848.

Imprenta de D. Vicente de Lalama.

Calle del Duque de Alba, n. 13.